

verano 2021

***Cuadernos de  
Encuentro***

145



# EN ESTE NÚMERO

	<u>Pág.</u>
<b>A vueltas con la democracia a la vista,</b> <i>Emilio Álvarez Frías</i> .....	3
<b>Líder y liderazgo,</b> <i>Luis Fernando de la Sota</i> .....	9
<b>La Guerra Civil Española: Un pasado atragantado,</b> <i>Arnaud Imatz</i> .....	13
<b>Ratzinger y la dialéctica de la secularización,</b> <i>Luis Buceta Facorro</i> .....	21
<b>Los efectos colaterales de la pandemia: Secuelas y enseñanzas,</b> <i>Arturo Pretel Pretel</i> .....	27
<b>V Centenario de la Batalla de Villalar</b> (Segunda parte), <i>José María Nieto Vigil</i> .....	33
<b>Orfandad,</b> <i>Manuel Parra Celaya</i> .....	44
<b>El totalitarismo en Orwell,</b> <i>Ricardo Martínez Cañas</i> .....	49
<b>Lo tenemos crudo,</b> <i>Augusto Bruyel</i> .....	61
<b>Multiculturalismo o interculturalismo,</b> <i>Alberto Buela</i> ... ..	67
<b>Elogio al transfuguismo,</b> <i>José María Méndez</i> .....	70
<b>La discreción de los buenos,</b> <i>Antonio Flores</i> .....	73
<b>Ancianidad, dependencia y sistema familiar de cuidados,</b> <i>Ana Belén Díaz Cortés</i> .....	77
<b>Mártires,</b> <i>Enrique del Pino</i> .....	83
<b>Caminos hacia la montaña,</b> <i>Diego Fernando Cámara López</i> .....	85
<b>El Evangelio de Tomás,</b> <i>Joaquín Albaicín</i> .....	89
<b>Los niños y la música marcial (2),</b> <i>Antonio Mena Calvo</i> ..	91
<b>Libros</b> .....	94
<b>Cuenca,</b> <i>Luis López Anglada</i> .....	99



## **Cuadernos de Encuentro**

2ª ÉPOCA  
Nº 145 - Verano 2021

EDITA:

CLUB DE OPINIÓN ENCUENTROS  
C/. Santovenia, 19  
28008-MADRID  
www.clubopinionencuentros.org  
secretaria.encuentros@yahoo.es

DIRECTOR

Emilio Álvarez Frías

JUNTA DE GOBIERNO:

PRESIDENTE

Luis Fernando de la Sota Salazar

VICEPRESIDENTE

Antón Riestra Pita

SECRETARIO GENERAL

Fausto Heras Marcos

TESORERO

Gerardo Hernández Rodríguez

VOCALES

Luis Buceta Facorro

Fernando Cadalso Preciado

José Manuel Carabaña Ortega

Gonzalo Fernández Suárez de Deza

Carlos Giménez de la Cuadra

Adolfo Iranzo González

Jesús Martínez Martínez

Fernando Ortíz Monteoliva

CONSEJO ASESOR

Antonio Diosdado Serrano

Dalmacio Negro Pavón

Luis Suárez Fernández

Juan Velarde Fuertes

Impreso en Artes Gráficas DEAN, s.a.

Depósito Legal: M-13837-1988

El **Club de Opinión Encuentros**, a través de actividades relacionadas con la cultura y el pensamiento, aspira a contribuir a la formación de una corriente regeneradora en España acorde con los tiempos actuales. Siendo un Club con vocación de «encuentro» de los españoles, admite en las páginas de sus publicaciones, en sus tertulias y conferencias, los juicios de cuantos se encuentran en esta línea, sin que ello suponga asumir las distintas opiniones.

# A VUELTAS CON LA DEMOCRACIA A LA VISTA

**EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS**

---

No es que hayamos tomado tierra a la democracia. ¡Dios nos lo perdone si es así! Simplemente que la vemos tan volátil, tan manejable, tan a gusto de quien mande o ansí mandar, tan acomodaticia a todas las circunstancias que puedan darse en la vida de las personas y de las instituciones, que da mucho para pensar; y como consecuencia no son pocas las veces que uno se halla dándole vueltas a la sesera tratando de encajar dónde situar lo que le rodea y qué se encuentra alojado en la pura definición de democracia.

Ya tratábamos de acomodarlo, en el comentario que hacíamos en el número anterior de *Cuadernos de Encuentro*, como muy frecuentemente en el ámbito de los truhanes de las más variadas especies. Pero eso es poco. La cosa es mucho más amplia y complicada. Alcanza espacios mundiales. Es la forma más habitual de gobernar los estados. Diría que se puede considerar como primera manera a tener en consideración en el orden mundial cuando se trata de presidir un país, una institución, hasta el punto de que nos empieza a atosigar. Presentándonos la duda de si, por la facilidad que ofrece para la manipulación, no brindará demasiada resistencia en adquirir categoría de democracia universal de difícil control, de pérdida de libertad para los que no participan en su gestión, lo que podemos apreciar, en la medida de lo actual, por la coerción que día a día se va observando en el discurso de la vida personal y colectiva, pues es evidente la imposición de forma de vida, de entender la historia y la cultura, del ejercicio de la propia voluntad por personas que por sí, o de acuerdo con otros, nos obligan a seguir, sin posibilidad de exponer nuestra opinión, ni de poder elegir variantes distintas a las costumbres que se van imponiendo.

Pongamos dos ejemplos para aclarar nuestro punto de vista. Lo encontramos fácilmente si nos fijamos en cómo se desarrollan las relaciones bancarias estos días y cómo ha de entenderse uno con la Administración Pública. Cada día es más difícil encontrar el momento de dialogar con un empleado de Banco; estamos obligados a recurrir a la informática aunque se tengan pocas nociones de ella; si deseas aclarar algún problema primero has de pasar por todos los números a los que te mande el teléfono al que llames hasta que surja dónde te pueden solucionar el problema que tienes, sin que al final lo consigas; y para tener una entrevista personal has de pedir hora y aclarar para qué tipo de gestión la quieres. Si hablamos de la Administración Pública, sucede algo parecido, con lo que cualquier tarea se convierte en eterna hasta que se llega al punto donde puede estar tu solución, si es que lo encuentras, y en ese momento te puedes topar con que únicamente te aclaran lo que has de hacer, lo que te lleva a iniciar un nuevo calvario.

Y no digamos si estamos pensando en lo que la democracia es dentro de la política. Fundamentalmente tiene visos de ser una palabra de mucho ringorrango con la

que se llenan no pocas bocas cuando la piden a gritos para ti. ¿Y con ello que te dan? Apenas nada: el derecho a votar cuando los que mandan deciden que es conveniente o necesario celebrar un plebiscito. El resto de la democracia queda para aquellos a quien concediste el voto, que la dedican a ocupar todos los espacios que se presentan ante su codicia para conseguir todo aquello que cabe en sus deseos y ambiciones y, por dejadez de los demás, que ya no pintan nada en la democracia, se les deja hacer cuanto anhelan.

Por tanto, en ese acaso, que suele ser muy frecuente cuando se sale de un espacio de libertad; y si se mira hacia el resto de la comunidad, puede surgir la controversia, momento en el que la interpretación y el uso de la democracia se suele escapar de lo comprendido en el vademécum del comportamiento al que han de someterse todos los súbditos, de cualquier calidad que sean, con lo que nacen otros ambientes, surgen diferentes formas de comportarse los protagonistas que entran en liza, se destroza la democracia en uso porque, claramente, brota la imagen de la dictadura que se encuentra en el interior de los contendientes, dando lugar a la implantación de un totalitarismo personificado que ya existía pero que estaba encubierto con las habilidades del o de los truhanes. Y aquello que más enarbola la democracia, la libertad de los individuos –que normalmente no existe salvo en teoría cuando se echa mano del concepto de «libre albedrío» con el que vinimos al mundo en el sentido de ser responsable de nuestros actos–, se quiebra como una fina pieza de cristal de la Real Fábrica de la Granja de San Ildefonso.

Aunque parezca que no es frecuente, que se da en pocas ocasiones, y que solo tiene lugar en el entorno político más elevado, no es así. No es difícil encontrar que en casi todos los lugares donde se agrupan nuestros semejantes y funciona la democracia –siempre es aconsejable suponer la misericordia en algunos casos– germinan los celos, la rivalidad brota por doquier y a veces hasta el rencor se apodera de las almas, cuando no la ambición, la suposición de que uno es capaz de hacerlo mejor, o el simple deseo de figurar, que no es baladí, pues tras él se encierran no pocos apetitos difíciles de saciar.

En este caso se hallan todos los grupos que han de acudir a la democracia como medio para la elección de sus dirigentes, pues, pensar en otro sistema o procedimiento, serían más o menos de fortuna, y los resultados serían fruto de la casualidad y probablemente no los más indicados. Tal es el caso de las asociaciones, los consejos de administración, los partidos políticos, los sindicatos, los clubs deportivos, los Ateneos, probablemente hasta las Reales Academias, y los simples agrupamientos para hacer algo en común. Siempre hay alguien que destaca o desea destacar, bien representando a algún grupo de entre los electores, bien representándose a sí mismo.

La práctica de la democracia, como ya hemos insinuado, cuando toca lo colectivo, está implantada en casi todo lo que nos rodea y muy fundamentalmente en los diferentes estadios de la política. Por más que los actores que se mueven en el contexto correspondiente aboguen por la libertad de acción, de pensamiento, de ejercicio de la voluntad o el deseo mediante el voto, lo cierto es que, desde el momento en el que surge la necesidad de recurrir a la elección de alguien, brota la duda de cómo se ha de manejar el interesado. En ese instante, salvo que se obre a lo loco tirando por la calle de en medio sin reflexión alguna, se valora quién puede ser el más representativo, el más documentado en la materia, el que puede poner en el servicio requerido mayor

dedicación y esfuerzo en consonancia con lo que se pretende, el que exhiba las ideas más claras, quien presente el mejor programa, etc. Y en ese etcétera hay que incluir el poder del grupo que tiene mayoría, pues aunque sea de indocumentados, el valor del voto les da irremediamente el poder. En este tanteo inicial hay que tener presente que, de forma soterrada al principio, y agresivamente al final, suelen surgir las diferencias. Y lo que puede empezar como un cambio de ideas, la discusión de los diferentes puntos de vista que se aportan entre amigos, puede llegar a exteriorizar aspectos francamente broncos y desagradables. Somos así. El ser humano en no pocas ocasiones olvida sus principios y saca a relucir lo más bajo que puede encontrar.

Parece lógico que, en todos los campos, pero en el de la política muy especialmente, los candidatos deberían presentar sus propuestas con gran claridad, documentadas lo más posible, con los complementos adecuados en función de los enfoques que se proyecte dar a los problemas que se pretendan solucionar mediante los programas que se sugieran, lo que debería tener notable difusión entre quienes han de emitir el voto para enfocar la decisión con mayor juicio. Incluso, aunque parezca excesivo, el votante debería tener conocimiento de cada una de las personas que aparecen en las papeletas de votación, pues, para regir los designios de un país, no vale cualquiera, y por ende no se debe dotar con indocumentados que carezcan de los conocimientos adecuados, sin historial alguno, los puestos a cubrir. Si en los candidatos se va a depositar un aval, este ha de contar con plena confianza de que va a responder, de acuerdo con los acontecimientos, a las inclinaciones, los deseos y las necesidades de quien emite el voto.

Por el contrario, lo que viene a suceder es frecuentemente lo contrario: que, frente a esa claridad que supuestamente debería existir, lo que suele acaecer en la política de partidos políticos al uso –fundamentalmente los de izquierda y muy frecuentemente los que irrumpen ex novo– es que sacan a relucir aquello que el partido pretende imponer al margen de lo que pueda necesitar el país. Y, por ende, si los fines perseguidos son distintos, el conjunto del Parlamento elegido probablemente no seguirá la ruta adecuada, sino que cada uno tirará de las riendas en una dirección distinta, surgiendo el enfrentamiento que puede llegar a extremos sorprendentes e increíbles.

Así, los candidatos no intentan ofrecer un programa sensato de actuación benéfico para los votantes y el propio conjunto del país; su oferta está plagada de latiguillos prometedores de novedades no fundamentadas en el buen hacer para conseguir las metas que esperan los electores, sino que los postulantes aprovechan todos los deseos que se supone en la mente de los incautos que procuran atraer a sus filas, pero sin ánimo de cumplir, pues en no pocos casos son irrealizables. Y ofrecen cosas que no son prioritarias para la nación.

Caso claro es el que se está produciendo en España con el enlace Pedro Sánchez-Pablo Iglesias más los despojos recogidos en variadas siglas, algunas tan perniciosas como las que encubren los separatismos, incluso de algunos que han apoyado sus actuaciones en la violencia y la muerte. No hace mucho pudimos leer en la prensa digital un artículo de la Abogada y periodista Guadalupe Sánchez que reflejaba así el trabajo realizado por esa troupe: «Los contrapesos del Estado de Derecho se diluyen de la misma manera que desaparecían las ovejas en las granjas de la aldea. Hay casi tantas tropelías como días de mandato: el nombramiento de la ministra de Justicia Dolores Delgado como Fiscal General, decisiones que afectaban a los derechos y libertades de los españoles fundadas en informes de comités de expertos inexistentes, el



*La democracia en Atenas*

uso propagandístico del CIS, la monitorización de las redes sociales aprovechando la emergencia sanitaria, la destitución de altos mandos de la Benemérita que se negaron a informar a Interior de las investigaciones que realizaban por orden de un juez, la prórroga de seis meses del estado de alarma que les permite gobernar en una situación de excepcionalidad constitucional, la creación de un “ministerio de la verdad”, las iniciativas legislativas que pretendían el asalto al poder judicial, los decretos pandémicos que atentan contra el derecho a la tutela judicial efectiva y la propiedad privada legalizando la okupación de viviendas, la reducción o eliminación de los controles en el reparto de ayudas y los fondos europeos, la vulneración del derecho de los padres a elegir la educación moral de sus hijos y la supresión de los centros de educación especial mediante la aprobación de la Ley Celaá, un proyecto para reformar los delitos contra la libertad sexual que vulnera la presunción de inocencia de los acusados varones, una ley de memoria democrática que pretende coartar la libertad de expresión o, esta última semana, el uso del preámbulo de una Ley Orgánica modificativa del Código Penal para tildar de antidemocrático al anterior gobierno del Partido Popular. Y seguro que aún me dejó muchas en el tintero». Es un resumen que, incluso sin mencionar temas como el aborto, la eutanasia y el empeño puesto en que los españoles, desde la tierna infancia, puedan elegir el sexo con el que vivir, está claro que queda al margen de las necesidades actuales de los españoles y España.

Todo ello, en esos países que van siendo controlados por el totalitarismo social

comunista, manejado con la batuta de un progresismo que no se termina de ver por ninguna parte, toda vez que la gente que ellos controlan no llega a disfrutar de ningún progreso, sino que van degenerando paso a paso bajo el control de dictadores, como es fácil ver en los estados que han padecido o están padeciendo esos gobiernos.

En España se percibió a partir del asalto que se produjo por parte de Pedro Sánchez al Gobierno de la Nación, en el que ha montado un régimen comunista dictatorial con ánimo de continuar por esa senda hasta que sabe Dios dónde, sobre todo desde que hizo el maridaje con Pablo Iglesias y su Podemos. Camino que en buena medida han podido llevar adelante gracias al covid-19, pues con sus decretos y disposiciones han conseguido aprobar leyes apenas sin controversia, mientras desatendían por incapacidad cómo hacer frente a la pandemia. En el desbarajuste en el que se encuentra el país podemos asegurar que la democracia existente en España en este momento es la del punto tercero de los tres que puede haber, según el jurista y politólogo Maurice Duverger, es decir, la unión del punto 3 con el origen en el 2, que caracteriza una dictadura: 1. que el régimen se instale y se mantenga por la fuerza, especialmente la militar; 2. *que sea arbitrario, es decir, que suprima las libertades y controle las decisiones de los órganos arbitrales o jurisdiccionales;* y 3 *que sea considerado ilegítimo por una gran parte de los ciudadanos.* Es decir, en España se han suprimido arbitrariamente las libertades y están controlados los órganos legislativos y jurisdiccionales por Pedro Sánchez y toda la patulea de gentes que ha metido en la Administración del Estado. Situación que es considerada ilegítima por gran parte de la población del país.

Entre esas formas de entender la democracia y ejercer la libertad surge el enfrentamiento, en no pocas ocasiones francamente desagradable, que es lo que sucede en España como ha quedado de manifiesto en la reciente campaña electoral por la Comunidad de Madrid. Difícil será que podamos recoger toda la mendicidad que se ha manejado, las miserias que se han utilizado, las vergüenzas que se han tratado de poner de manifiesto, las mentiras que se han manipulado, la violencia que se ha utilizado y los medios que se han enarbolado para machacar al «enemigo».

De poco sirvieron a Pedro Sánchez y Pablo Iglesias las artimañas montadas, con el asesoramiento del lince Ivan Redondo quien desde la oscuridad manejó los hilos para que la oposición se diera el batacazo. Fue una derrota total lo acontecido en el debate de Telemadrid, aunque se hartaran de provocar a Isabel Ayuso que apisonó a Pablo Iglesias sin mover una pestaña, y otro tanto supo hacer Rocío Monasterio por más que tildaran a VOX de ultraderechista y se empeñaran en que había que sacrificarlos, masacrarlos porque eran perjudiciales, dañinos y nocivos para España. Pena resultaba escuchar a Ángel Gabilondo que presentaba la impresión de no saber dónde se encontraba; y producía grima ver cómo se desmelenó Mónica García increpando a Isabel Ayuso sobre las medidas tomadas en Madrid contra la pandemia –que han sido elogiadas por otros países– olvidando los trapicheos del gobierno de la nación con las mascarillas, la ropa de los profesionales que atendían los hospitales, etc., las compras realizadas a través de empresas mediadoras que no tenían ni oficina, las primas pagadas por los transportes y distribución de todo lo que se importaba sin tener en cuenta las empresas nacionales,... de cuyas carencias y defectos ella misma fue afectada por pertenecer al colectivo sanitario que se estaba entregando a solucionar el problema, y no por culpa de la Ayuso. Sentimos el papel de Edmundo Bal y sus buenas intenciones, pero el camino tomado por Ciudadanos es un error.

Pandemonio que montaron de nuevo en la Cadena SER aprovechando un comentario de Rocío Monasterio sobre las cartas conteniendo una bala enviadas a Iglesias, Marlaska y la directora general de la Guardia Civil. Sin duda lo llevaban preparado y su actitud provocadora dio lugar al rifirrafe que se articuló por iniciativa de Pablo Iglesias y que continuó en todo lo que quedaba de campaña electoral.

Realmente da aversión encontrarse con esta gente que provoca, insulta, denigra, avasalla si puede, al opuesto con tal de conseguir sacar adelante su proyecto. Esto no es la democracia que el mundo debe desear, que deben querer todos los pobladores del satélite Tierra. Evidentemente, cualquier persona sensata no debe considerar que los postulados de Pablo Iglesias y Pedro Sánchez son los más idóneos para la mejor convivencia de los humanos. En todos ellos no se ve la creación, sino la destrucción.

A Dios gracias, como en algunas ocasiones sucede, el buen vasallo de Madrid valoró a tiempo las ofertas que ofrecían unos y otros, como tenía que hacer, y se inclinó por la que ofrecía el buen señor, es decir Isabel Diaz Ayuso y Rocío Monasterio, cada una con sus particularidades, que consiguieron imponerse a las ofertas de la izquierda encaminadas a la destrucción de España. De tal importancia fue la derrota que inclinó a Pablo Iglesias a despedirse de la política en todos los campos –aunque con el pensamiento en la oferta de un empleo donde podría seguir soltando su bilis– (oferta que posteriormente fue negada por el responsable de la firma en cuestión), cosa que tendrá que hacer también Ángel Gabilondo, pues está claro que este no es campo donde ejercer sus preferencias –y al que, al parecer, también le tienen preparado un buen lugar para descansar mientras le llega la jubilación– .

Y llegamos al final sin poder asegurar si la democracia es el mejor sistema de gobierno. Lo es, como otras muchas cosas, según se ejerza, según se lleve a la práctica, según intenten utilizarlo para dirigir los estados o las instituciones. Fundamentalmente cuando el Gobierno esté dirigido por un buen señor, como reza el Cantar del Mío Cid cuando este pasara por Burgos, sobre el año 1080, camino del exilio:

Ya por la ciudad de Burgos el Cid Ruy Díaz entró.  
Sesenta pendones lleva detrás el Campeador.  
Todos salían a verle, niño, mujer y varón,  
a las ventanas de Burgos mucha gente se asomó.  
¡Cuántos ojos que lloraban de grande que era el dolor!  
Y de los labios de todos sale la misma razón:  
«¡Qué buen vasallo sería si tuviese buen señor!»

A España le falta hoy día el buen señor que recuerde la bonhomía a los vasallos que han perdido las buenas cualidades que los ornaran en otros tiempos. ●



# LÍDER y LIDERAZGO

## Actualmente en España un bien escaso

**LUIS FERNANDO DE LA SOTA**

---

Con el resultado espectacular de los comicios que acabamos de celebrar en la Comunidad de Madrid, y el triunfo apabullante de Isabel Ayuso como candidata del Partido Popular, no se puede dudar de que va a tener diversas e importantes consecuencias en la vida política en España a nivel nacional, a las que luego me referiré, pero antes, quisiera hacer unas reflexiones y consideraciones sobre la importancia del líder y del liderazgo, esa rara y envidiable cualidad, con la que nacen algunas personas.

La RAE, define al líder como «una persona que es seguida por otras que se someten libremente a su autoridad». Liderazgo, «condición del líder o ejercicio de dicha función» y ya por último lidiar como «batallar, luchar o contender»,

Pero yo creo que habría que ampliar más esas definiciones y esos conceptos, porque entiendo que por lo que se define e identifica a un líder, sea cual sea su sexo, es por estas tres cualidades:

- Por tener las ideas muy claras y los objetivos muy definidos;
- Por pensar, crear, inventar, imaginar o intuir, proyectos originales frescos y viables, y facilidad para explicarlos con precisión;
- Y por poseer una gran dosis de seducción, entusiasmo e ilusión que con el ejemplo o la palabra sea capaz de transmitirla.

Respecto al primer tema, el de las ideas, me acuerdo de lo que nos decía un viejo profesor de que aquel que no es capaz de exponer una idea en un folio, o la tiene muy confusa o no la tiene. Y no se refería solo a la capacidad de síntesis, que ya de por sí es una virtud como nos tiene dicho Gracián.

Y también me viene a la memoria un librito que leí del director de recursos humanos de una muy importante empresa, en la que daba una serie de curiosos consejos a los que después tenían la labor de evaluar y elegir aspirantes a un puesto de trabajo, entre los que destacaban los de desconfiar de los currículum muy extensos, ya que seguramente estaban inflados artificialmente, o aquellos que daban muchas vueltas a las contestaciones a preguntas concretas del examen cayendo en contradicciones.

Naturalmente, hay varias clases de líderes o liderazgos y de diferentes categorías, que destacan en múltiples y también diferentes actividades, unas más importantes y decisivas que otros.

Y también hay que tener en cuenta que el Líder, nace, pero también se va formando y fortaleciendo con el ejercicio. No basta con tener ideas y objetivos, es preciso madurarlos, contrastarlos, valorar su viabilidad y su oportunidad, y una vez cubierta esa necesaria etapa, ser capaz de tomar la decisión, en ocasiones difíciles, de dar el paso

definitivo y ponerlos en práctica, con seguridad y sin titubeos, afrontando el riesgo de equivocarse, pero con espíritu de lucha y teniendo fe en el éxito.

Y por último y eso es fundamental, e insistiendo en lo dicho en lo anterior transmitir esa ilusión esa seguridad y ese espíritu de lucha y de triunfo a todos aquellos a los que quiera convencer o guiar y muy especialmente a aquellos que van a colaborar en su proyecto. Y ha de hacerlo y demostrarlo con su quehacer diario de trabajo, de dedicación, de confianza, de seriedad y de rigor.

Todo eso es lo que caracteriza a un auténtico líder. Sabiendo que también hay otros prefabricados, que al descubrirse su falta de autenticidad, pierden pronto su prestigio con sus mentiras sus incumplimientos y su falta de ejemplaridad como bien observamos hoy en España.

Pero lógicamente no es fácil encontrar estas personas con estas virtudes y cualidades, y de ahí la mediocridad de nuestra clase política en su conjunto, hasta el extremo que ya hay muchos españoles que dudan de que existan en nuestra actual sociedad.

Pero como dicen en Galicia, haberlas haylas, claro que haylas,

¿Cómo vamos a dudar de ello, cuando conocemos auténticos capitanes de empresa que dirigen exitosas compañías, empresarios que algunos desde la nada, han levantado auténticos gigantes económicos y comerciales con miles de trabajadores a su cargo y triunfando en nuestro país y en el extranjero, o competentes y afamados profesionales de la cátedra, la jurisprudencia, la sanidad, la economía, la ingeniería o la construcción y el urbanismo? ¿E incluso bajando un poco el nivel, los miles de jóvenes emprendedores que han creado sus propias pequeñas o medianas empresas, a veces con pocos estudios y muy escasos de capital y ayuda, tratando de emular a esos otros ejemplos de jóvenes en el extranjero que han triunfado y hoy son dueños de emporios de millones y de poder?

Pues claro que los tenemos, lo que pasa es que muchos de ellos, con buena predisposición, dudan o se resisten a dar el paso de incorporar su esfuerzo y sus capacidades al servicio público de su país, por dos problemas que gravemente lo dificultan:

- Por un lado, las estructuras de nuestros partidos políticos actuales, que aunque a veces quieren presumir de apertura y transparencia en su cuadros, al final son un corsé que limita la independencia de sus militantes y representantes castigando u orillando a todos aquellos que se atreven a pensar por su cuenta, destacar en algo o apuntar alguna crítica a sus respectivas cúpulas.
- Y por otro, ese sentir generalizado de que nuestra sociedad no tiene remedio, que está aborregada, como inerme y sin respuesta a todo lo que le echan sin capacidad de resistencia o reacción.

Y esto incluso parece reflejarse también, en ese empeño actual de definirnos como «rebaño» en lugar de cómo «grupo» cuando se hace referencia a la inmunidad de sectores numerosos de infectados o vacunados.

Aunque el vocablo no es nuevo, ya lo utilizaba en el siglo pasado el escritor inglés Aldeus Huxley que hablaba del hombre rebaño o la sociedad rebaño para definir y criticar una sociedad intoxicada y reducida a rebaño, acomodaticia y sin ofrecer resistencia, con una disminución del aprecio por la verdad, practicando o aceptando la mentira organizada en propaganda inculcando el odio y la vanidad, con frases que podrían estar refiriéndose a los males que nos afligen hoy en España.

Y se preguntan si merece la pena el esfuerzo, e incluso el sacrificio de esa pérdida de independencia y de prestigio, y por supuesto de dinero, el embarcarse en una aventura política incierta y poco rentable.

Y salvo honrosas excepciones, se produce esta mediocridad general de nuestra clase política que estamos sufriendo en la que no sé lo que destaca más si su ineptitud, su incultura, o las dos cosas a la vez.

Y no siempre ha sido así. Si retrocedemos a parecidas fechas en el siglo pasado, en las que España se encontraba viviendo una situación de gravedad y violencia bastante peor que la actual, en la política destacaban personajes de muy diversa ideología y formación, pero que atraían, enardecían y en definitiva lideraban a multitudes de seguidores.

Recordemos entre otros a José Calvo Sotelo, José María Gil Robles, Manuel Azaña, Indalecio Prieto, Alejandro Lerroux, La Pasionaria o Largo Caballero, además de un largo etc. de intelectuales, y profesionales de la cátedra o el derecho, como Ortega, Marañón. Unamuno, José Antonio Primo de Rivera, Clara Campoamor, etc. que demostraban no solo esa capacidad de convocatoria, sino también la fuerza de sus ideas y propuestas que se reflejaban en disputadas urnas sino que luego sus seguidores lucharon y muriendo por ellas en las trincheras pocos años después.

¿Y qué decir de la posterior etapa española del llamado franquismo o la Transición?

En el primer caso, sin entrar a distinguir o valorar ideologías, que no es la intención de este artículo, destacaron personajes de la talla de Fernando María Castiella, José Antonio Girón, Fernández Cuesta, Silva Muñoz, Ullastres, López Rodó, Fernández Miranda, Cruz Martínez Esteruelas o Fernando Suárez.

Y en el segundo, los nombres de Fraga, Herrero de Miñón, Otero Novas, Areilza, Fuentes Quintana, Marcelino Oreja, Calvo Sotelo, Alfonso Osorio, Jaime Lamó de Espinosa, Eduardo Navarro o Gabriel Cisneros.

A todos les pueden juzgar e incluso criticar por sus ideas sus adscripciones o militancias políticas, pero lo que nadie puede poner en duda es que tenían y demostraron en sus diversas etapas de gobierno una altura intelectual, una formación profesional y un conocimiento de la Administración del Estado, a años luz de lo que hemos estado llegando poco a poco, haciendo buena la conocida anécdota del torero al que le preguntaban cómo era posible que a un compañero suyo le hubieran nombrado Gobernador Civil y responde lacónico aquello de «Pues degenerando».

Pero volvamos a lo de los líderes y a su liderazgo.

Repasando y sin irnos demasiado lejos en el tiempo, tenemos ejemplos de lo que decía al principio, de personas que en momentos determinados y a la vista de graves e importantes problemas de carácter político, económico, étnico, social, de carácter bélico o de supervivencia, toman la decisión de dar un paso adelante, y encabezan y protagonizan acciones para bien o para mal, que ese es otro tema, y dedican su esfuerzo e incluso su vida para afrontarlos.

Tenemos los casos de Hitler, Mussolini, Churchill, Lenin, Ghandy. Mandela, Mao Tse Tung, Lutero Khing o la Madre Teresa, por poner algunos nombres, todos ellos insisto, que para bien o para mal, nadie puede negar que tenían una capacidad de liderazgo incontestable,

Pero sin necesidad de referirnos a los grandes nombres de líderes que surgen con muy poca frecuencia, aparecen otros más modestos, que parece que

nacen de la nada, pero que tienen una enorme importancia y son decisivos en momentos puntuales de la pequeña historia.

Es el caso o más bien el fenómeno de Isabel Díaz Ayuso, una mujer sin grandes dotes oratorias, con un bagaje cultural correcto pero mediano, que incluso de vez en cuando no ha sido afortunada en algunas expresiones, en una etapa muy difícil y con pocos recursos que se le han estado escatimando permanentemente desde el gobierno y atravesando una pavorosa pandemia, en un par de años de realizar una gestión seria, tenaz y eficaz, se ha ido haciendo un nombre, y se ha ido ganando la confianza de los madrileños.

Que resume esas cualidades con las que iniciaba este artículo.

Sin aspavientos, ni demagogias, bajando impuestos, construyendo en tiempo record un hospital, compaginando la salud con la situación laboral de empresas y trabajadores, defendiendo la educación libre y concertada, el derecho de los padres a rechazar para sus hijos la imposición de teorías sexistas de pensamiento único, sin insultos ni descalificaciones personales, que le han valido ese respaldo popular obtenido el pasado martes.

Pero su triunfo no se debe solo a estos logros de buena gestión sino también a que muchos madrileños que políticamente estaban desilusionados, con la moral muy baja, que no se veían representados como ellos deseaban por ningún partido, se han visto de pronto sorprendidos por esta mujer que valientemente le ha plantado cara al poderoso gobierno y al presidente

Sanchez, que venía disfrutando de un largo paseo triunfal, satisfecho con la debilidad y los enfrentamientos cainitas de la oposición.

Y lo ha hecho sin complejos criticando sus mentiras e incumplimientos y ha encendido la esperanza de que este sea solo el principio, demostrando que se puede batir a la izquierda radical, y que contra su manido y falso eslogan del no «pasarán», se puede decir lo que la Celia Gámez en su tiempo; ¡Que ya hemos pasao!

Y esto es como ella dice un antes y un después, porque aparte de ser un deseable revulsivo para los españoles adormilados, se adivinan a corto o medio plazo movimientos telúricos de todavía desconocida intensidad, en el campo del Frente Popular; porque tras los indicios de la marcha, más bien la huida, de Iglesias al regazo de Roures, y el silencio de Sánchez, empiezan a sonar las señales de alarma en las baronías socialistas ante el temor, ya casi pánico, de que el fenómeno Ayuso=Madrid, se contagie a todos sus feudos en próximas elecciones.

El día 4 ha sido un día histórico, y que ojalá lo sucedido en Madrid sea el ejemplo para toda España, para que reaccionemos todos, y también exijamos a los partidos políticos, incluido al Partido Popular que se dejen de milongas, de complejos y de egos inadmisibles y actúen con audacia y generosidad, por el bien de España y que cambien de rumbo y aprendan del ejemplo de Isabel que nos ha alegrado el día.

Laus Deus. ●

# LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA: UN PASADO ATRAGANTADO

**ARNAUD IMATZ**

Historiador, doctor en Ciencias Políticas y diplomado en Derecho y Ciencias Económicas (Tomado de *La Nef*, nº334, marzo de 2021).

Traducción: Esther Herrera Alzu

Durante mucho tiempo, la España de los años 1975-1985 fue considerada como el ejemplo «histórico», «único», casi perfecto, de transición pacífica de un régimen autoritario hacia la democracia liberal. Era el modelo unánimemente reconocido y alabado por la prensa internacional occidental. Desde entonces, ha pasado mucho tiempo. La idílica imagen no ha parado de deteriorarse con los años, dejando paso a los silencios y, después, a las críticas acerbas de numerosos «observadores» y «especialistas» políticos. Algunos, entre los más serios, no dudan en reactivar los viejos estereotipos de la eterna Leyenda Negra, con cinco siglos de existencia, que creíamos definitivamente enterrada desde el final del franquismo. Pero, ¿cuál es la parte de realidad y cuál la de ficción en este oscuro panorama que se nos describe?

## La España de hoy

España aparece débil, vacilante e impotente: nunca ha estado tan cerca de la implosión. Los nacionalismos periféricos, los separatismos que la desagarran son cada vez más virulentos. La economía del país sufre de graves males: falta de competitividad, deterioro de la productividad, rigidez del mercado de trabajo, tasa de desempleo más elevada de la UE (en particular, la de los jóvenes, con muchos titulados obligados a exiliarse), coste excesivo de las fuentes de energía, sistema financiero mermado por la irracionalidad del crédito, déficit público considerable, plétora de funcionarios en las diversas autonomías, despilfarro del dinero público... la lista de los problemas es muy larga. Antes de la muerte del dictador, Francisco Franco, durante la primera fase del «milagro económico» (1959-1975), España estaba en el octavo lugar de las potencias económicas mundiales, puesto que conservó hasta la crisis de 2007. Pero, después, ha ido retrocediendo singularmente hasta el decimocuarto lugar.

A esto se añade el efecto desastroso de la pandemia de coronavirus y la gestión deplorable de la crisis sanitaria. El presidente Sánchez y los portavoces de Moncloa dijeron en primer lugar: «El machismo mata más que el coronavirus»; después, afirmaron triunfalmente: «Hemos enterrado al virus». Pero el efecto de la propaganda política solo es para un tiempo. La dura realidad de los hechos ha terminado, como siempre, por imponerse. Se sabe que el balance provisional es de los más calamitosos: un hundimiento del PIB (-12%); destrucción de más de 620.000 empleos; más de cuatro millones de desempleados oficiales, con una tasa de más del 40% de paro entre la juventud; el sector hotelero abandonado y al borde de la ruina; retroceso del turismo a un nivel más bajo que hace veinte años; una recesión que es la más fuerte del mundo

occidental tras Argentina y una mortalidad añadida ligada a la covid-19 que se eleva a 60.000 o 110.000 personas (según las fuentes).

Dicho esto, conviene precisar que la pandemia, acontecimiento mundial, grave pero coyuntural, no ha hecho más que agravar una crisis general preexistente. Hay que insistir en el rol de un factor estructural, determinante en la involución reciente del país: la incapacidad de la clase o la oligarquía política (tanto a derecha como a izquierda) que no ha sido nunca tan mediocre, corrupta e irresponsable. El segundo gobierno de Pedro Sánchez (2020-), coalición del partido socialista, el comunista y Podemos (partido «populista» de extrema izquierda, proinmigracionista, cuyos líderes reivindican a la vez a Lenin, Marx y el régimen venezolano, habiéndoles financiado este último mientras estaban en la oposición), no es más que la expresión o el final de un proceso de deterioro, degeneración, servidumbre y pérdida casi total de soberanía, que se ha acelerado desde comienzos de siglo.

Por supuesto, habría que situar el caso español en una perspectiva global. Todas las democracias occidentales están hoy expuestas a los peligros como son la revolución cultural, lo políticamente correcto, la nueva religión secular postcristiana y la emergencia del “totalitarismo light”. Pero, para no desviarnos del tema, nos ceñiremos al rol y la parte de responsabilidad de la clase política española. No sabríamos captar la naturaleza y amplitud de esta responsabilidad en el colapso general, político, social, económico y moral (pero también en el suicidio demográfico; la tasa de fecundidad es la más baja de la UE: 1,17 e incluso 1,23 si se incluye el índice de natalidad de los inmigrantes), por no hablar de algunos hechos clave de la transición democrática y de comienzos de siglo XXI. Este recordatorio permitirá comprender mejor por qué todo lo que se refiere a la Guerra Civil se ha convertido en un tema de división más violento hoy que hace quince años, cuando el tiempo debería haber contribuido a rebajar las pasiones.

### **Del espíritu de la transición democrática a la vuelta de la mentalidad de la Guerra Civil**

Un punto es indiscutible: es la derecha franquista (mezcla compleja y sutil de tradicionalistas, monárquicos conservadores y liberales, falangistas, republicanos conservadores, demócrata-cristianos, radicales de derecha y tecnócratas) la que tomó la iniciativa de instaurar la democracia. Esta transición democrática no fue una conquista de los enemigos de la dictadura: fue una elección deliberada de la gran mayoría de aquellos que habían sido sus principales líderes. La inteligencia política de la izquierda (el PSOE de González y el PCE de Carrillo) fue la de renunciar a sus reivindicaciones maximalistas para tomar la vía del reformismo y unir así sus fuerzas al proceso democrático comenzado por la derecha franquista.

Los hechos hablan por sí solos: el decreto-ley que autorizaba las asociaciones políticas fue firmado por Franco en 1974, un año antes de su muerte. La ley para la Reforma Política fue aprobada por las antiguas Cortes franquistas el 18 de noviembre de 1976 y ratificada por referéndum popular el 15 de diciembre de 1976. La ley de Amnistía fue aprobada por las nuevas Cortes democráticas el 15 de octubre de 1977. Recibió el apoyo de la casi totalidad de la clase política (en particular, el de los líderes de PSOE y PCE). No olvidemos la presencia en las Cortes de la primera legislatura

de personalidades exiliadas de extrema izquierda tan significativas como Santiago Carrillo, Dolores Ibárruri (la Pasionaria) o Rafael Alberti. Finalmente, fue el Congreso (órgano constitucional) el que aprobó la Constitución actual, que fue después ratificada por referéndum el 6 de diciembre de 1978 (con un 87% de votos a favor).

La Transición democrática se basaba en una total conciencia de los fracasos del pasado y la voluntad de superarlos. No se trataba de olvidar y, todavía menos, de imponer el silencio a historiadores y periodistas, sino de dejarles debatir y rechazar que los políticos se apropiaran del tema para sus luchas partidistas. Dos principios impulsaban ese espíritu de «transición democrática», hoy denunciado, tergiversado y caricaturizado por las izquierdas: el perdón recíproco y la concertación entre gobierno y oposición. Era entonces inconcebible que políticos de derecha o de izquierda se insultaran tratándose de «rojo» o «fascista».

Un primer endurecimiento en las polémicas partidistas se produjo en las elecciones generales de 1993. Pero la verdadera ruptura se situó tres años más tarde, en 1996, cuando el PSOE de González (en el poder desde catorce años antes pero con problemas en las encuestas) jugó voluntariamente la carta del miedo, denunciando al Partido Popular (PP), partido neoliberal y conservador, como un partido agresivo, reaccionario, amenazador, heredero directo del franquismo y del fascismo. Los españoles todavía se acuerdan de un célebre vídeo electoral del PSOE que representaba al PP como un *dóberman* rabioso y sanguinario.

Durante toda la década de 1990, un verdadero tsunami cultural, neosocialista y postmarxista sumergió el país. Los numerosos autores autoproclamados «progresistas», defensores todos del Frente Popular de 1936, inundaron las librerías de libros, ocuparon las cátedras universitarias, monopolizaron los grandes medios y ganaron ampliamente la batalla historiográfica. La nación, la familia y la religión se convirtieron en los objetivos privilegiados de la propaganda semioficial. Paradójicamente, esta situación se mantuvo con los gobiernos de derecha de José M<sup>a</sup> Aznar (1996-2004). Obsesionado por la economía («¡España va bien!»), Aznar no prestó interés a las cuestiones culturales; es más, buscó el dar bazas ideológicas a la izquierda. A decir verdad, muchas personas de derechas le daban la razón cuando rendía homenaje a las Brigadas internacionales (compuestas al 90% de comunistas y socialistas marxistas), o cuando condenaba el franquismo, incluso el alzamiento del 18 de julio de 1936 (sabiendo que él mismo es hijo de un falangista y que fue en su juventud un admirador declarado de José Antonio, militante de la falange independiente y disidente). La derecha «más estúpida del mundo» (como se suele decir en Francia) asentía también cuando alababa al presidente del Frente Popular, Manuel Azaña, masón, ferozmente anticatólico, uno de los tres principales responsables del desastre final de la República y del desencadenamiento de la Guerra Civil, con el republicano católico Niceto Alcalá-Zamora y el socialista Francisco Largo Caballero, el «Lenin español». Los líderes del PP, regularmente e injustamente acusados de ser los herederos del franquismo y del fascismo, creían poder desarmar al adversario y encontrar su salvación en una continua profesión de fe antifranquista. Craso error que terminaron por pagar veinte años más tarde, cuando surgió, en 2019, el partido populista Vox en la escena política.

Pero, en los años 2000, lo imprevisible iba a producirse fuera de la derecha política. En nombre de la libertad de expresión, opinión, debate e investigación, un grupo de historiadores independientes, teniendo a la cabeza al norteamericano Stanley Payne

(ver sobre todo *La guerre d'Espagne. L'histoire face à la confusion mémorielle*, un libro incompresiblemente agotado y no reeditado en Francia desde hace años) y el excomunista Pío Moa (autor de *best-sellers* como *Los mitos de la Guerra Civil*, un libro vendido a más de 300.000 ejemplares, sin editar en Francia, que demuestra sobre todo que el levantamiento socialista de 1934 fue el antecedente directo del alzamiento nacional del 18 de julio), pero también toda una pléyade de universitarios, entre los que un buen número de profesores de Historia de la Universidad CEU San Pablo de Madrid, se levantaron contra el monopolio cultural de la izquierda social-marxista. Algunos años más tarde, otros trabajos imprescindibles fueron publicados como los de Roberto Villa García y Manuel Álvarez, sobre los fraudes y las violencias del Frente Popular durante las elecciones de febrero de 1936, de César Alcalá sobre las más de cuatrocientas «checcas» (centros de tortura organizados por los diferentes partidos del Frente Popular en las grandes ciudades durante la Guerra Civil), o las investigaciones de Miguel Platón sobre el número de ejecuciones y asesinatos en los dos campos (57.000 víctimas entre los nacionales y no «nacionalistas», como se suele decir equivocadamente en Francia, y 62.000 víctimas entre los frentepopulistas o republicanos) y sobre el número de las víctimas de la represión franquista de la posguerra (22.000 condenas a muerte, la mayor parte conmutadas por penas de prisión). Citemos también la obra de referencia, aunque mucho más antigua, de Antonio Montero, sobre la terrible persecución religiosa (cerca de 7.000 religiosos asesinados de 1936 a 1939; 1.916 mártires de la fe beatificados y 11 canonizados por los papas entre 1987 y 2020, a pesar de las presiones de las autoridades españolas).

Poco después de su llegada al poder, en 2004, más que contribuir a borrar los rencores, el socialista José L. Rodríguez Zapatero, amigo declarado de los dictadores Fidel Castro y Nicolás Maduro, reavivó considerablemente la batalla ideológica y cultural. Rompiendo con el estilo moderado del socialista González, escogió deliberadamente reabrir las heridas del pasado y fomentar la agitación social. En 2006, con la ayuda de un diputado maltés, Leo Brincat, hizo aprobar por la comisión permanente, actuando en nombre de la asamblea del Consejo de Europa, una recomendación sobre «la necesidad de condenar el franquismo a nivel internacional». Desde el final del mismo año, diversas asociaciones «para la recuperación de la memoria» registraron denuncias ante el Juez de instrucción de la Audiencia Nacional, Baltasar Garzón. Pretendían denunciar un «plan sistemático» franquista «de eliminación física del adversario» «mereciendo el calificativo jurídico de genocidio y crimen contra la humanidad». Garzón, juez de sensibilidad socialista, se declaró inmediatamente competente pero fue desautorizado por sus homólogos y finalmente condenado por el Tribunal Supremo a diez años de «inhabilitación» profesional por prevaricación.

### **La Ley de Memoria Histórica de 2007**

Un año más tarde, en 2007, viéndose en la imposibilidad de hacer callar las numerosas voces discordantes de historiadores y periodistas, Zapatero y sus aliados escogieron, con la iniciativa de los comunistas de Izquierda Unida, recurrir a la ley «memorial». La Ley de Memoria Histórica, aprobada el 26 de diciembre de 2007, se justificó como una «defensa de la democracia», contra una posible vuelta del franquismo y de las «ideologías de odio». En realidad, es una ley discriminatoria y sectaria, en nada demo-



crática. Reconoce y amplifica justamente los derechos a favor de los que sufrieron persecuciones o violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura (normas que ya fueron aprobadas por leyes de 1977, 1980, 1982 y 1984) pero, al mismo tiempo, acredita una visión maniquea de la Historia contraviniendo la ética más elemental.

La idea fundamental de esta ley es que la democracia española es la herencia de la Segunda República (1931-1936) y del Frente Popular (1936-1939). Según el razonamiento, la Segunda República (con el Frente Popular), mito fundador de la democracia española, fue un régimen casi perfecto en el cual el conjunto de los partidos de izquierda tuvo una acción irreprochable. La derecha sería, en definitiva, la única responsable de la destrucción de la democracia y la guerra civil. Para coronar el conjunto, poner en cuestión esta mentira histórica sería una apología expresa o disfrazada del fascismo.

Esta ley realiza una mezcla absurda entre el alzamiento militar, la Guerra Civil y el régimen de Franco, todos ellos hechos muy distintos que suponen interpretaciones y juicios diferentes. Exalta a las víctimas y los asesinos, los inocentes y los culpables cuando están en el bando del Frente Popular y únicamente porque son de izquierdas. Confunde los muertos en acción de guerra y las víctimas de la represión. Echa al olvido a las víctimas «republicanas» que murieron a manos de sus hermanos enemigos de izquierdas. Apoya cualquier trabajo cuyo objetivo sea demostrar que Franco realizó



*Estragos de la guerra*

deliberada y sistemáticamente una represión sangrienta durante y después de la Guerra Civil. Finalmente, reconoce el legítimo deseo de muchas personas de poder localizar el cuerpo de su antepasado, pero rechaza implícitamente este derecho a quienes estaban en el bando nacional bajo el pretexto de que han tenido el tiempo de hacerlo durante el franquismo.

Teóricamente, esta ley tiene como finalidad honrar y recuperar la memoria de todos aquellos que fueron víctimas de injusticias por motivos políticos o ideológicos durante y después de la Guerra Civil pero, en realidad, con perversidad, rechaza reconocer que, bajo la República y durante la Guerra Civil, muchos crímenes fueron cometidos en nombre del socialismo marxista, del comunismo y del anarquismo, y que esas monstruosidades pueden ser calificadas también de crímenes de lesa humanidad (así es, sobre todo, en el caso de las masacres de Paracuellos del Jarama y de las «checas», y de las hecatombes durante la persecución de los católicos). Desde su promulgación, la Ley de Memoria Histórica ha sido, por otro lado, sistemáticamente interpretada únicamente a favor de representantes y simpatizantes del bando republicano o frentepopulista y de sus descendientes.

La vuelta al poder de la derecha, tres años después de la crisis económico-financiera de 2008, no cambió en nada la situación. El presidente Mariano Rajoy (2011-2018), antiguo registrador de la propiedad convertido en político profesional rodado pero desprovisto de todo carisma, se contentó con seguir el precepto bien conocido de los neoliberales: no tocar las reformas culturales o sociales «progresistas», sino defender primero, y antes de cualquier cosa, los intereses y las ideas económicas y financieras de los eurócratas y la oligarquía mundialista. Rajoy no se atrevió a derogar ni modificar la ley memorial. Un amigo, filósofo argentino de humor agudo, resumía su ideología con estas palabras: «Lo importante es la economía... y que mi hijo hable inglés». Pero hay que añadir que esta actitud cortoplacista ha sido compartida por gran parte de su electorado. Históricamente, las derechas españolas han estado siempre marcadas por la huella del catolicismo, pero en una sociedad secularizada, en la que la jerarquía de la Iglesia no opone resistencia sino que, al contrario, todos los días da ejemplo de renuncia, abdicación y sumisión, el electorado de derechas se encuentra inevitablemente pasivo, apático, desamparado, sin protección. Buen gestor en período de calma, pero desprovisto de las cualidades de hombre de Estado, Rajoy se reveló incapaz de afirmar su autoridad en plena tempestad. Derrotado políticamente por el referéndum de independencia de Cataluña (2017), organizado por los separatistas sin la menor garantía jurídica, cayó finalmente con ocasión de una moción de censura (2018) después de la implicación del PP en diversos escándalos de corrupción.

### **Hacia la nueva Ley de Memoria Democrática de 2021**

Con la aprobación de la Ley de Memoria Histórica, se abrió la caja de Pandora. Elegido presidente en junio de 2018, el socialista Pedro Sánchez no tardó en realizar la demostración. Para conservar el poder, Sánchez, que representaba la tendencia radical del PSOE opuesta a los moderados, aceptó los votos de la extrema izquierda y de los independentistas cuando había jurado, antes de las elecciones, no hacerlo jamás. Arribista, aliado por oportunismo a Podemos y al PC/IU, regularmente ha tenido que dar bazas a sus socios más radicales (incluidos los nacionalistas-independentistas) mientras se

arreglaba con Bruselas y Washington, que tenían intención de dar el alto en cuanto se sobrepasara la línea roja en materia económica.

El primer gobierno socialista de Sánchez se comprometió, desde el 15 de febrero de 2019, a proceder lo más rápido posible a la exhumación de los restos de Franco enterrado cuarenta y tres años antes en el altar de la Basílica del Valle de los Caídos. El 15 de septiembre de 2020, menos de un año después de haber realizado el traslado de las cenizas, a pesar del caos de la pandemia y el carácter prioritario de la gestión sanitaria, el segundo gobierno de Sánchez, una coalición de socialistas, comunistas y populistas de extrema izquierda (PSOE-PC/IU-Podemos) decidió aprobar, lo antes posible, un nuevo anteproyecto de ley de memoria democrática, para derogar la Ley de Memoria Histórica de 2007. En nombre de la «justicia histórica» y del combate contra «el odio», el «franquismo» y el «fascismo», el gobierno entendía promover la reparación moral de las víctimas de la Guerra Civil y del franquismo y «garantizar a los ciudadanos el conocimiento de la historia democrática».

Este anteproyecto de ley contempla más precisamente: la creación de una fiscalía especial en el Tribunal Supremo competente en materia de reparación de las víctimas; la aprobación de fondos públicos para la exhumación de las víctimas de franquistas enterradas en fosas comunes y su identificación a partir de un banco nacional de ADN; la prohibición de la Fundación Francisco Franco y de todas las «instituciones que empujan al odio»; la anulación de los juicios pronunciados por los tribunales franquistas; el inventario de los bienes expoliados y las sanciones económicas para aquellos que los hubieran confiscado; la indemnización de las víctimas de trabajos forzados por las empresas que hubieran beneficiado de su mano de obra; la revocación y la anulación de todas las condecoraciones y títulos nobiliarios concedidos hasta 1978; la eliminación y retirada de todos los nombres de calles o edificios públicos que recordaran simbólicamente al franquismo; la actualización de los programas escolares para tener en cuenta la verdadera memoria democrática y para explicar a los alumnos «de dónde venimos» con el fin de que «no perdamos nunca jamás nuestras libertades»; la expulsión de los monjes benedictinos guardianes del Valle de los Caídos; la exhumación y retirada de los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera; la desacralización y «resignificación» de la Basílica del Valle de los Caídos, para reconvertirla en cementerio civil y museo de la Guerra Civil; finalmente, según la vicepresidenta Carmen Calvo, se realizaría una «reflexión» sobre la posibilidad de la destrucción de la inmensa cruz situada encima del templo. Para completar, se prevén multas de 200 a 150.000 euros para reprimir todas las infracciones de la ley.

En un lenguaje típicamente *orwelliano*, la vicepresidenta Carmen Calvo subrayó que este texto favorecerá la «coexistencia» y permitirá a los españoles «reencontrarse en la verdad». La realidad es, sin embargo, trágica: este anteproyecto renueva y refuerza la utilización de la Guerra Civil como arma política. Discrimina y estigmatiza a la mitad de los españoles, borra a las víctimas de la represión frentepopulista, rechaza la anulación incluso simbólica de las sentencias pronunciadas por los tribunales populares republicanos e ignora completamente la responsabilidad de la izquierda en algunas de las atrocidades más horribles cometidas durante la Guerra Civil. Solo la visión «progresista» del pasado definida por las autoridades es democrática; la historia de los «otros» tiene que desaparecer como en el caso de la historia manipulada de la Unión Soviética.

Sin embargo, no podríamos «reencontrarnos en la verdad», como dice Calvo, apartando de un plumazo toda investigación histórica rigurosa. Al revés de lo que dice la vicepresidenta, el alzamiento militar de julio de 1936 no está en el origen de la destrucción de la democracia. Es al revés, el alzamiento se produjo porque la legalidad democrática había sido destruida por el Frente Popular. En 1936, nadie creía en la democracia liberal y las izquierdas menos que nadie. El mito revolucionario compartido por todas las izquierdas era el de la lucha armada. Ni los anarquistas (que se habían sublevado en 1931, 1932 y 1933), ni el partido comunista (un partido estalinista) creían en la democracia. La mayoría de los socialistas, con su líder más significativo en la figura de Largo Caballero, el «Lenin español», defendía la dictadura del proletariado y el acercamiento con los comunistas. El PSOE era el principal responsable del golpe de octubre de 1934 contra el gobierno de la República del radical Alejandro Lerroux.

Un solo ejemplo basta para ilustrar el carácter revolucionario de la corriente entonces mayoritaria en el seno del PSOE. El 17 de febrero de 1934, la revista *Renovación* publicaba un «decálogo» de las Juventudes socialistas (movimiento dirigido por el secretario general Santiago Carrillo, que se fusionó con las Juventudes comunistas en marzo de 1936). En su punto 8 se podía leer: «La única idea que hoy debe tener grabada el joven socialista en su cerebro en que el Socialismo solamente puede imponerse por la violencia, y que aquel compañero que propugne lo contrario, que tenga todavía sueños democráticos, sea alto, sea bajo, no pasa de ser un traidor, consciente o inconscientemente». ¡No puede haber mayor claridad! En cuanto a las izquierdas republicanas del jacobino Manuel Azaña, se habían comprometido con el levantamiento socialista de 1934, por lo que tampoco podían ser consideradas como demócratas. Añadamos también que, desde su llegada al poder en febrero de 1936, el Frente Popular no dejó de atacar la legalidad democrática. El Frente Popular español era extremista y revolucionario. El Frente Popular francés era, en comparación, moderado y reformista. Esa es la triste realidad que el gobierno socialista español busca hoy en día a esconder en vano detrás de una espesa cortina de humo.

El anteproyecto de ley de memoria democrática de la coalición social-comunista no es solo antidemocrático o autoritario; es propiamente totalitario. Con la continuación de la «reeducación» en lo que concierne al pasado, ataca gravemente la libertad de expresión y de enseñanza. Es anticonstitucional, pero eso a sus redactores les importa poco en la medida en que, a más largo plazo, desean imponer otra constitución más «revolucionaria» y, de paso, acabar con la monarquía.

Además de dicha ley de memoria democrática, el gobierno español de Pedro Sánchez tiene la intención de llevar al Parlamento todo un conjunto de proyectos de ley (sobre la eutanasia, el aborto, la educación, la ideología de género, etc.) que chocan de frente con la concepción cristiana de la vida. Las autoridades españolas solo buscan la paz a través de la división, la agitación, la provocación, el resentimiento y el odio; la justicia tiene la forma del rencor y la venganza. España parece hundirse inexorablemente en una crisis global de una dimensión dramática. ●

# RATZINGER Y LA DIALÉCTICA DE LA SECULARIZACIÓN

**LUIS BUCETA FACORRO**

Doctor en Ciencias Políticas, Licenciado en Derecho, y diplomado en Psicología y Sociología, Catedrático

El dialogo que tuvo lugar en la Academia Católica de Baviera, la tarde del 19 de Enero del 2004, entre el entonces cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para Doctrina de la Fe y teólogo de reconocimiento internacional y el filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas, miembro destacado de la segunda generación de la Escuela de Frankfurt, exponente del pensamiento laico de raíz ilustrada y valedor de la «ética del discurso, del dialogo o comunicativa», sigue constituyendo una riqueza inconmensurable para entender la urdimbre de la modernidad y postmodernidad. En pasada ocasión me ocupé de la glosa del contenido de la exposición de Habermas, y ahora trato de hacerlo de la de Ratzinger, con lo que pienso dilucidar la pugna fundamental, a la que se enfrentan las sociedades postmodernas, aunque personalmente creo que se ha venido desarrollando desde lo que se conoce como el pensamiento ilustrado.

El tema planteado para el dialogo entre Habermas y Ratzinger fue el siguiente: «Sí el Estado liberal secularizado necesita apoyarse en supuestos normativos prepolíticos, es decir, en supuestos que no son fruto de una deliberación y decisión democrática, sino que lo preceden y lo hacen posible». En su amplia toma de posición, Habermas responde negativamente, porque, en síntesis, el Estado liberal democrático secularizado es capaz de alcanzar sus presupuestos normativos sin necesidad de recurrir a tradiciones religiosas o cosmovisivas, mediante el adecuado dialogo participativo de los ciudadanos. La posición de Ratzinger contraria y positiva a la pregunta, aunque con coincidencias con Habermas, es el objeto del presente análisis. Como señala Leonardo Rodríguez Dupla, prologuista de la obra que presenta este encuentro (*Dialéctica de la Secularización*. Editorial Fondo de Cultura Económica de España, 2008, Madrid), entiende que según Ratzinger: «el encuentro de las culturas en un mundo globalizado, sumado al poder destructivo de la técnica humana, hacen necesario encontrar una base ética común que regule la convivencia de los hombres y los pueblos». Busca, como refleja en el título de su intervención, «Lo que Cohesiona el Mundo. Las Bases Morales y Prepolíticas del Estado».

Ante los desarrollos históricos que a ritmo acelerado estamos viviendo, en su opinión, aparecen dos factores sintomáticos de una evolución más rápida que en tiempos pretéritos. «El primero es el surgimiento de una sociedad de dimensiones mundiales [...] el otro es el crecimiento de las posibilidades que tiene el hombre de producir y destruir; lo que plantea, mucho más allá de lo habitual, la cuestión del control jurídico y moral del poder». A estos dos factores pensando en una «ética mundial», como propuso Hans Küng, se encuentra otro tercer factor: «En el proceso del encuentro y la compenetración de las culturas han saltado por los aires las certezas éticas hasta

ahora». La quiebra de estas certezas afecta a que es bien y el porqué es preciso realizarlo «incluso en perjuicio propio». Y aquí, Ratzinger, parte de un principio categórico sobre la imposibilidad de la ciencia: «Una conciencia ética renovada no puede ser producto del debate científico». Aunque es evidente que los descubrimientos científicos han cambiado la imagen del hombre y del mundo, por lo que han influido en dar al traste con las antiguas certezas morales, la ciencia tiene una responsabilidad respecto al hombre, y la filosofía, «tiene la responsabilidad de acompañar críticamente el desarrollo de cada ciencia y de analizar críticamente conclusiones apresuradas y falsas certezas sobre lo que es el hombre, de donde viene y por qué existe, o, dicho de otra manera, de depurar los resultados científicos del elemento no científico que a menudo se mezcla con ellos, así se mantendrá la mirada abierta a la totalidad a las dimensiones posteriores de la realidad del hombre, de la que en la ciencia solo se pueden mostrar aspectos particulares». Esta particularidad de la ciencia, entendemos, que pone límites de la responsabilidad de la ciencia y al mismo tiempo, el pensamiento sobre la totalidad del ser humano implica un control por parte de la filosofía, de elementos que no son propios del conocer científico.

Desde la realidad de la estructura del sistema social y político que en la sociedad humana convive y se desarrolla, analiza lo que es el poder y el derecho, partiendo de que «es tarea concreta de la política poner el poder bajo el escudo del derecho y regular así su recto uso. No debe tener vigencia el derecho del más fuerte, sino más bien la fuerza del derecho». El ordenamiento jurídico de la sociedad ha de estar por encima de toda sospecha de arbitrariedad para poder vivir en libertad, pues «la libertad carente de derecho es anarquía y, por tanto, es destrucción de la libertad». No puede haber sospecha de que el derecho es producto del arbitrio de los que tienen el poder. Surge la pregunta, por tanto, de cómo nace el derecho para evitar sospecha de arbitrariedad.

De entrada, señala, que el problema está resuelto «mediante los instrumentos de la formación democrática del consenso que no tiene como instrumentos indispensables más que delegación, por un lado, y por otro, la decisión de la mayoría. Pero también las mayorías pueden ser ciegas o injustas». Este principio mayoritario y su posibilidad de manifiesta injusticia, conduce a la cuestión de «si hay o no algo que no puede convertirse en derecho, es decir, algo que es siempre injusto de por sí, o viceversa [...] algo que precede a cualquier decisión de la mayoría y que debe ser respetado por ella». La afirmación categórica de Ratzinger es que «hay valores permanentes que brotan de la naturaleza del hombre y que, por tanto, son intocables en todo lo que participan de dicha naturaleza». En nuestra época, estos valores permanentes han quedado plasmados en las distintas declaraciones del hombre, «sustrayéndolo al juego de las mayorías». Pero, desgraciadamente, no todas las culturas reconocen esta evidencia, y pone de ejemplo, de un lado, el Islam, que ha formulado sus propios derechos humanos distintos y contradictorios con los de occidente; por otro, China que con una cultura actual impregnada de occidente, el marxismo, se pregunta, y yo diría ataca y rechaza, si los derechos humanos formulados por occidente son una invención del propio occidente «que hay que contrastar». Parece claro que los valores permanentes que brotan de la naturaleza del hombre, según expresa Ratzinger, son, según mi entender, los derivados de su condición de ser creado por un Ser superior. Esta concepción cristiana, encarnada con el pensamiento griego y el concepto del derecho y de ciudadanía

de Roma, constituye el fundamento, el «ethos» de la Civilización, aunque no perfecta, alcanzada en occidente.

Sin entrar en definiciones del poder en cuanto tal, Ratzinger, lo que plantean son las nuevas formas de poder, que han surgido a partir del final, 1945, de la Segunda Guerra Mundial. Señala las siguientes:

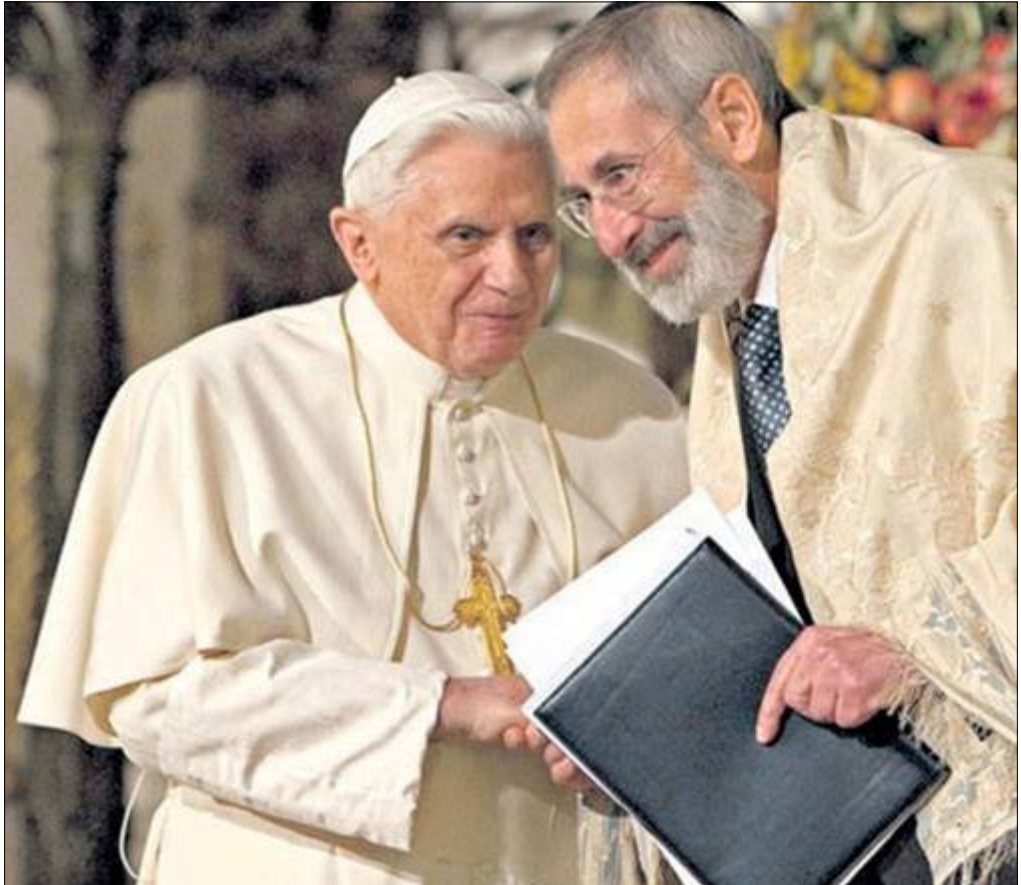
1. «El Hombre se vio de repente con capacidad no sólo para destruirse a sí mismo, sino también la tierra». La invención de la bomba atómica y las series posteriores aún más destructivas, hizo que predominó el miedo, y el miedo detuvo un posible conflicto nuclear, entre los dos grandes bloques. Ante esta situación, se plantea qué mecanismos políticos pueden ser eficaces para detener la posible utilización de este poder destructivo. De hecho, el miedo, ante la posible propia destrucción, si se ponía en marcha la destrucción del otro, llevó a la limitación recíproca de poderes, y esta «limitación recíproca de los poderes y el miedo a sucumbir resultaron ser fuerzas de salvación».

2. «El miedo ante un terror omnipresente», que pueda estar presente por doquier, y que pone de manifiesto que «el hombre no necesita un gran conflicto para hacer el mundo inhabitable». La acción terrorista, que implica que «unos criminales puedan tener acceso a los grandes potenciales de destrucción y hagan que el mundo se precipite en el caos, fuera de los ordenamientos políticos». Presenta como ejemplo los entonces mensajes de Bin Laden, que es inquietante que trate que el terror se otorgue una legitimación moral, al presentar la acción terrorista como «defensa de la tradición religiosa contra la impiedad de la sociedad occidental». Ante esta pretensión de justificación, «si el terrorismo se nutre también de fanatismo religioso», considera necesario la cuestión que suponen las preguntas siguientes: «¿Es la religión fuerza de curación y salvación, o no será más bien un poder arcaico y peligroso que construye falsos universalismos induciendo a la intolerancia y al error? ¿No deberíamos poner la religión bajo la tutela de la razón y dentro de unos límites adecuados?». Y aún, plantea una última pregunta que considero de relevancia: «¿Es verdad que la gradual eliminación de la religión, su superación se ha de considerar como progreso necesario de la humanidad, capaz de permitirle hallar el camino de la libertad y de la tolerancia universal?».

3. «El hombre es ya capaz de hacer hombres, de producirlos, por así decir, en probeta». Esta capacidad no es solo que el hombre se convierte en un producto, sino también, con esas posibilidades de la ciencia surge la tentación «de construir el hombre perfecto, la tentación de hacer experimentos con el hombre», dejando de ser «un don de la naturaleza o de un Dios creador», se convierte en un producto, pura materia, basura que permite deshacerse de ella.

Me atrevo a considerar, como en nuestros días, 2021, tan alejados de 2004, cuando Ratzinger afronta este tema, si no podríamos añadir, ante la pandemia del coronavirus, que ha surgido otro tenebroso poder, que como nos presenta Gabriel Albiac en su artículo «La Profecía», (*ABC*, 2 Febrero 2021), rememorando una contestación a la prensa de Jacques Lacan, sobre la crisis y angustia de los investigadores de laboratorio de elite, establece como ejemplo: «todas estas bacterias con las que hacemos cosas maravillosas, supongamos que un día, después de que hayamos conseguido hacer de ellas un instrumento sublime de destrucción de la vida, aparezca un tipo que las saque del laboratorio». Esta hipótesis la formuló en 1974. Consiguientemente, Albiac, advierte que estamos en una «era en la cual la potestad de las ciencias experimentales

para manipular el mundo, se anuncia ya por encima de cualquier barrera ética, y cuya capacidad para destruirlo empieza a ir mucho más allá de la vieja literatura de ciencia-ficción». Ante todo esto, considero de completa actualidad la cuestión planteado entonces por Ratzinger, de «si hay que considerar la religión como una fuerza moral positiva», surgiendo la duda de la fiabilidad de la razón y si no habría que poner a la razón bajo observación.



De aquí surge su búsqueda sobre los presupuestos del derecho. Ya en la Grecia antigua, surgió la idea de un derecho que procediese de la naturaleza, de la esencia del hombre. Después, el descubrimiento de América, supuso el encuentro «pueblos ajenos al entramado de la fe y el derecho cristiano», que era el modelo de derecho hasta entonces. El que ante estos pueblos «paganos», no había coincidencia con el sistema jurídico de los pueblos cristianos, ello no quería decir que carecieran de normas que regularan su vida, o bien, «existía un derecho por encima de todos los sistemas jurídicos que muestran que los hombres son hombres y los une entre sí. Con gran sorpresa, por mi parte, porque los españoles nos caracterizamos por no apreciar lo que representan nuestros estudiosos y pensadores, Ratzinger se apoya en Francisco de Victoria que desarrolló la idea del *«ius Gentium»*, el derecho de los pueblos, donde la palabra



gentes se asocia a la idea de paganos, no cristianos. «Se trata de una concepción del derecho como algo previo a la concreción cristiana del mismo y que debe regular la justa convivencia entre todos los pueblos». De la misma forma, ante la fractura debida al cisma que dividió la «comunidad de los cristianos en diversas comunidades contrapuestas entre sí, a veces de modo hostil», fue necesario «desarrollar una noción de derecho previa al dogma, una base jurídica mínima que no se apoyase en la fe sino en la naturaleza, en la razón humana». Así surgió, con Grocio y Pufendorf, entre otros, la «idea del derecho natural como derecho de la razón, que valora la razón como órgano de la construcción de un derecho común por encima de las fronteras de la fe». Pero este instrumento dejó de ser fiable, por el nuevo concepto de naturaleza de la teoría evolucionista por lo que fue desechado. El último elemento, nos dice Ratzinger, que ha quedado del derecho natural, «son los derechos humanos, los cuales no son comprensibles sino se acepta previamente que el hombre por sí mismo, simplemente por ser pertenencia a la especie humana, es sujeto de derechos, y su existencia misma es portadora de valores y normas que hay que descubrir, no que inventar».

Aunque entiende que los derechos deben completarse con «una doctrina de los deberes humanos y los límites del hombre», estamos, en definitiva, ante la cuestión de si puede existir un derecho de la razón aplicable a todos los hombres y a su lugar en el mundo. Esta cuestión hay que plantearla a escala intercultural, indispensable para afrontar la discusión acerca del hombre, «que no se puede entablar pura y simplemente entre cristianos ni únicamente dentro de la tradición racionalista occidental». Para los cristianos la perspectiva tiene que ver con la creación y el Creador, pero, de hecho, hay que reconocer que tanto la cristiana como la racionalista occidental son aceptadas en determinados sectores de la humanidad, y aunque suponen una quiebra en occidente y se presentan como polos opuestos, están más o menos cerca o lejos entre sí, con capacidad de rechazo entre ellas, pero también de aprender la una de la otra. Son culturas concurrentes y, por mi parte añadiría que, le guste o no, la cultura laica rigurosamente racional, que Habermas presenta, se fundamenta y tiene su base en las grandes proposiciones del cristianismo; la ilustración es fruto del y desde el cristianismo. Paralelas a la cultura occidental, sean cuales sean sus tensiones, Ratzinger presenta el ámbito de la cultura islámica, el ámbito cultural indio, del hinduismo y el budismo, las culturas tribales africanas y, también las culturas tribales latinoamericanas. Todas ellas, sin dejar de mantener su propia identidad, han sido «interpeladas» e «incitadas» por teologías cristianas. Ahora bien, todas estas últimas, «ponen en cuestión la racionalidad occidental, pero también la pretensión universal de la revelación cristiana». Ante «la falta de universalidad de facto de las dos grandes culturas de occidente, la cultura de la fe cristiana y la de la racionalidad laica, por más que ambas, cada una a su modo, influyan en todo el mundo y en todas las culturas», Ratzinger, saca una conclusión de escala global: «No existe la fórmula universal racional o ética o religiosa en la que todos puedan estar de acuerdo y en la que todo pueda apoyarse. Por eso mismo la llamada “ética mundial” sigue siendo una abstracción». Con este panorama, formula la gran pregunta: «¿Qué hacer, entonces?».

Desde esta pregunta y partiendo de que en gran parte está de acuerdo con Habermas, en lo que respecta a la sociedad postsecularizada, la disponibilidad para aprender y la limitación por ambas partes, termina su exposición resumiendo su visión personal en dos tesis:

1. «En la religión hay patologías altamente peligrosas que hacen necesario considerar la luz divina de la razón como una especie de órgano de control por el que la religión debe dejarse purificar y regular una y otra vez, cosa que ya pensaban los Padres de la Iglesia». Pero, también, hay «patologías de la razón» como ha expuesto sobre la arrogancia de la ciencia no menos peligrosas. «Por eso también a la razón se le debe exigir a su vez que reconozca sus límites y que aprenda a escuchar a las grandes tradiciones religiosas de la humanidad». Si se emancipa totalmente, si renuncia a aprender, se vuelve destructiva. Por ello, nos dice: «Yo hablaría de una correlación necesaria de razón y fe, de razón y religión, que están llamadas a parificarse y regularse recíprocamente, que se necesitan mutuamente y deben reconocerlo». Considero que en este momento es adecuada la cita de Albert Einstein: «La ciencia sin la religión está coja; y la religión sin la ciencia, ciega».

2. Dentro de una necesaria concreción, en un contexto intercultural, «los dos agentes principales en esta correlación son la fe cristiana y la racionalidad occidental laica [...] ambas caracterizan la situación mundial como ninguna otra fuerza cultural». Sin caer en un falso eurocentrismo ni en ninguna forma de arrogancia occidental la cultura occidental debe estar dispuesta a «escuchar y desarrollar una auténtica correlación también con esas (otras) culturas. Es importante darles voz en el intento de una auténtica correlación polifónica en la que se abran a la esencial relación complementaria de razón y fe, de modo que pueda crecer un proceso universal de purificación en el que al final puedan resplandecer de nuevo los valores y las normas que en cierto modo todos los hombres conocen e intuyen, y así pueda adquirir nueva fuerza efectiva entre los hombres lo que mantiene cohesionado el mundo».

Con estas dos tesis termina Ratzinger su exposición en el encuentro con Habermas, sobre la dialéctica de la secularización, encuentro que abre un luminoso camino para entender la lucha hegemónica en la sociedad postsecular, que afecta a la dignidad, integridad y libertad de las personas. Relacionar en un análisis comparativo ambas intervenciones sería muy fructífero para dilucidar el proceso civilizador de occidente, frente a las diversas culturas existentes. Personalmente, como cristiano, español y europeo, sigo creyendo, sin arrogancia eurocentrista, ni desprecio a ninguna cultura, que la luz de la Civilización viene de Europa y sigue siendo su misión universal. Es tarea que Dios mediante afrontaremos en otra ocasión. ●

## Los efectos colaterales de la pandemia:

# SECUELAS Y ENSEÑANZAS

**ARTURO PRETEL PRETEL**

Médico

No es tarea fácil mostrar, desde mi perspectiva, cuáles son y serán las repercusiones de la pandemia en la humanidad, en nuestra patria, en nuestras vidas. Reflexionar sobre qué heridas dejará en nuestra cosmovisión como ejes de la creación y reyes-emperadores de nuestro mundo; qué enseñanzas extraer de esta tragedia y qué pedagogía aplicar en nuestras vidas. Un magisterio en negativo de lo que se ha hecho mal y hay que corregir y un aprendizaje de lo positivo, que lo ha habido y más de lo que en principio podríamos pensar. Porque, sin duda, esta situación que vivimos dejará secuelas que irán acordes con nuestra vivencia personal y como sociedad de todo lo acaecido y, en buena medida, de las reflexiones que hayamos hecho individual y colectivamente.

El primer efecto al que podemos referirnos está en el ámbito de las creencias, de la fe: esta larga y dura experiencia ¿mermará o acrecentará la fe de los creyentes? No dudo que tiene que servir para reforzar la certeza de que estamos en manos de Dios, de que somos frágiles y vulnerables y de que somos libres y en esa misma libertad está nuestra fragilidad ante circunstancias imprevisibles e incontrolables por nosotros. Las circunstancias vividas han sido un tiro en la línea de flotación de la soberbia en la que estaba instalada nuestra sociedad y, dentro de ella, nuestra ciencia. Como ya hemos comentado en anteriores ocasiones estábamos empezando a creer, ya con una firmeza preocupante, en el progreso ilimitado y en la posibilidad de controlar demasiados procesos biológicos. Y, cuando nos estábamos instalando en una supuesta invulnerabilidad, viene este «bichito», cual plaga bíblica, a poner en su sitio a la sociedad ensoberbecida, a los científicos y a los *gurús* y creadores del pensamiento posmoderno. No ha sido el cambio-calentamiento-enfriamiento-climático, o yo que sé de exageraciones; no ha sido la *pacha mama* la que se ha enfadado ante nuestras reales y tan exageradamente amplificadas agresiones y el reiterado intento de culpabilizar al hombre como único y punible actor de su, según dicen interesadamente, futuro apocalíptico. No, no ha sido eso: lo que nos ha puesto en jaque no ha sido fruto de ese mesianismo social ecologista-maltusiano-autoflagelado; ha sido un VIRUS que, oh, asombro!, ninguno de esos videntes contemplaban en su elegía apocalíptica y del cual no podemos culpabilizar a la parte de la sociedad que nos interesa demonizar. Y, oh, cielos!, de nuevo no hemos sido capaces de controlarlo inicialmente y ha desconcertado y humillado a los grandes *conducators* de la globalización. De repente nos hemos enfrentado a algo de lo que no podemos echar la culpa a nadie, por más que algunos se hayan empeñado, sino a la propia biología y a la vulnerabilidad del ser humano ante la enfermedad causada por agentes biológicos frente a los que no existen barreras naturales ni ofrecidas por la medicina para defendernos. De aquí saldrían las primeras enseñanzas extensibles a todos los procesos relacionados con la naturaleza física del hombre: saber que estamos en manos de Dios, que la biología tiene sus reglas, influidas pero no determinadas por el devenir humano y que somos y seguiremos siendo vulnerables, mal que nos pese.

De la mano de esto y como secuela reconfortante, se está produciendo un enorme –y resalto mucho lo de enorme– avance desde el punto de vista biomédico: el desarrollo de las vacunas frente al coronavirus. Siempre se ha dicho que las guerras, aun con sus secuelas de muerte y destrucción, han sido el escenario fundamental para gran cantidad de avances positivos para el género humano. Pues bien, esta guerra, esta maldita epidemia, está siendo, después del reconocimiento de nuestra fragilidad, el caldo de cultivo de un avance que puede ser decisivo para el futuro de la humanidad. La implementación de la tecnología del desarrollo de las vacunas de ARN mensajero sin duda va a suponer un antes y un después en el tratamiento de un gran número de enfermedades, fundamentalmente en el ámbito de la oncología y de las enfermedades neurodegenerativas. El salto adelante es inmenso y el futuro es esperanzador. Ha tenido que ser la urgencia, la angustia y las prisas por desarrollar una vacuna eficaz, las que han impulsado a los investigadores, que ya estaban trabajando en esta apuesta terapéutica, a acoplarla al desarrollo de la vacuna, comprobar su viabilidad y ratificar su eficacia. En otras palabras, la tecnología del ARN mensajero, tan absurda e inculta-mente manipulada por los negacionistas, es, una vez superada la humillación, la gran contribución de la ciencia y de la misma epidemia al futuro de la humanidad.

Es en nuestra vida cotidiana, en el diario, en las relaciones humanas y en nuestra relación con el entorno social y familiar donde esta pandemia más nos ha afectado. El aislamiento, la falta de interacción social y familiar nos está pasando factura a todos y sus secuelas permanecerán en el futuro. El miedo y la incertidumbre hacen estragos, no solo en nuestra autoestima, sino también en nuestro posicionamiento en los entornos familiares, sociales y laborales. Todos, de una manera u otra, sufrimos mentalmente por la pandemia. Convendría escucharnos unos a otros desde esta pre-misa, comprender nuestras razones y la de los demás, empatizar con el sufrimiento desde distintas perspectivas. No todos estamos dotados de la misma capacidad para el estoicismo ni tenemos las mismas necesidades. Aquello que constituye un bien o una actividad esencial para unos no lo es para otros. El confinamiento primero y el aislamiento preventivo y precautorio que todos hemos seguido y que ha sido recomendado por las autoridades, nos ha hecho ver y padecer estas realidades. El teletrabajo, en el ámbito laboral, ha realizado nuestras contradicciones, nuestros desvelos y nuestras carencias al adoptar este sistema antinatural de vida.

Porque el miedo atenaza, el miedo humilla, el miedo destruye. Y muchas personas no han sabido o no han podido, por su estructura psicológica, sustraerse del miedo y transformarlo en cautela y prevención y les ha minado, alterando su percepción de lo que les rodea y de sus relaciones sociales y con el entorno. La tasa de síndromes depresivos y trastornos obsesivo compulsivos, además de otras alteraciones mentales, se ha disparado y en muchos casos están siendo mal tratados o incluso no tratados, con la repercusión que esto tiene en la salud individual y social. Estamos asistiendo a un aumento de la tasa de suicidios, ya contrastada, con lo que eso supone como termómetro de la salud mental de una sociedad. Abandonos, separaciones y divorcios y malos tratos han aumentado, con lo que esto significa de índice de conflictividad social. Según estudios rigurosos un 25% de la población española ha sentido mucho miedo a morir debido al SARS-CoV-2, un 75% ha estado muy preocupado por la posibilidad del contagio de un ser querido y el 35% ha llorado por culpa de la pandemia. En medio de esta incertidumbre, de esta angustia y del llanto, la alegría de vivir ha

abandonado a muchos, nos hemos alejado de los demás, se ha deshumanizado la sociedad por terror a morir del virus.

Han sido las sociedades en las que la vida está más volcada en la vida social, aquellas en las que la vida está en la calle y en las relaciones sociales, como la nuestra, la cultura católico-mediterránea, las que más han sufrido en estas circunstancias y las que más han padecido estos efectos. Pero, al mismo tiempo, son las mejor dotadas para la regeneración, para hacer de la necesidad virtud y sobreponerse a las consecuencias del aislamiento y del miedo. Su capacidad para volver a poner en marcha las redes de relaciones sociales, de superar la soledad y de ver la luz de la vida, es mayor que otras dentro de la misma Europa y de culturas y religiones menos preparadas y empáticas.

Estas vivencias individuales se han trasladado a nuestra alma social y comunitaria y, por interpolación, han alcanzado el ámbito político. El uso por parte de las autoridades de las circunstancias de la pandemia y la utilización torticera de la enfermedad para la lucha partidista, ha superado lo razonable no solamente en nuestra patria; hemos visto esta misma actitud en otros lugares histórica y geográficamente próximos como arma de lucha política. Y esto debe producirnos una gran zozobra, pues ni siquiera una agresión a la naturaleza humana de estas dimensiones, ha ayudado a que la sensatez y el afán de servicio de muchos gobernantes salgan a la luz.

La gestión de la pandemia ha dejado muchos claroscuros con respecto al buen hacer de organismos y organizaciones supranacionales que en gran medida regulan en la sombra nuestras vidas y dejará con seguridad, como secuela, una gran desconfianza de la población sobre su estructura, gobernanza y, en algún sentido, utilidad. Si, como se ha puesto de manifiesto, no han sido lo competentes que se les suponía en la prevención y tratamiento de esta emergencia sanitaria, la ONU, la OMS y la Unión Europea verán comprometido su prestigio. Esto debería llevar necesariamente, si queremos aprender de los fracasos, a que se haga un replanteamiento de su *modus operandi* y de su estructura de poder, tras la pérdida de autoridad que han sufrido. En el caso de la ONU y sus agencias especializadas, la creciente dependencia de las grandes potencias emergentes, que claramente utilizan a estas instituciones para ampliar su influencia económica e ideológica, ha distorsionado la respuesta. Con respecto a la Unión Europea, que cuenta con instituciones técnicas de indudable prestigio y buen hacer, como la Agencia Europea del Medicamento (EMA), ejemplo de rigor y eficacia, sus gestores políticos y la burocracia bruselense se han encargado de distorsionar y enfangar su labor. La gestión de la movilidad, confinamientos nacionales y fronteras y el trámite de la compra y distribución de vacunas, está en el «debe» de la UE y tendría que llevar a un replanteamiento, como en tantas otras cosas, de su papel. Como secuela positiva, el papel de la EMA nos debe enorgullecer a los europeos, que podemos presumir de su nivel indiscutido e indiscutible frente a otras agencias reguladoras, más prestigiosas hasta hace muy poco tiempo, que han tenido que ir por detrás, en varias ocasiones, de la nuestra.

Internamente, aparte de la gestión del gobierno, que no es objeto de este escrito, lo que se ha puesto en evidencia en negativo es la estructura misma del Estado. El hecho de que la Salud Pública no sea una competencia de la Administración Central ha tenido unas consecuencias tan funestas que, si no fuera ya de por sí un disparate, rondaría el calificativo de criminal. La gestión de la alerta pandémica, la toma de decisiones



asistenciales con criterios distintos y a veces hasta contrapuestos, la desigual administración de las compras de material sanitario, la dispar gobernanza de las residencias de mayores y un largo etcétera, son el corolario de lo que la estructura autonómica del Estado nos ha deparado. Como pequeño atenuante ante el deficiente manejo del Gobierno Central algunas autonomías han podido enmendar sus errores en algunas materias y su gestión ha sido más exitosa en esas áreas concretas. Pero el disparate de trocear una emergencia sanitaria en función de intereses partidistas frente a un patógeno que no conoce de colores políticos y de peculiaridades regionales, no tiene perdón. La miopía de los gobernantes ha sido proverbial. En vez de llamar a la unión desde arriba y hacia abajo se ha potenciado la rencilla, el recelo y la desunión, cuando toda la inteligencia debería estar al servicio de combatir la enfermedad. Aún la gestión de la vacunación se está utilizando de manera partidista. El Estado de las Autonomías ha dejado patente su ineficacia en esta tragedia y en lo relacionado con la salud y la igualdad de acceso a los servicios públicos de todos los españoles. Se ha confundido la gestión descentralizada de los recursos y la toma de algunas decisiones de proximidad con la creación de 17 sistemas sanitarios distintos y con un afán de distinción que entorpece la eficacia y la eficiencia del sistema. La enseñanza positiva es que nuestro sistema sanitario, aun con estos palos puestos en sus ruedas, funciona muy bien y es de una calidad incuestionable. Tenemos una sanidad, pública y privada, de un alto

nivel, como corresponde a nuestro lugar en el mundo. Y unos profesionales competentes y bien adiestrados, con medios e instalaciones suficientes y modernas. Y tenemos el orgullo de haber construido el hospital especializado en urgencias sanitarias más moderno que está cumpliendo su cometido a la perfección y está siendo un referente mundial. Entre otros servicios, cuenta con la Unidad de Cuidados Intermedios Respiratorios (UCIR) más avanzada y con más camas del mundo. Este hospital nos lo dejará la pandemia y, fruto de la experiencia adquirida por sus profesionales, propiciará una asistencia de indudable calidad a las generaciones futuras.

Hay que señalar, en este estudio de las cicatrices que nos va a dejar esta situación, una crítica nada compasiva a las fuerzas sociales autodenominadas *progresistas* por su falta de empatía con los desfavorecidos por esta epidemia, por el abandono de la «gente» a la que dicen proteger y por el aprovechamiento de las circunstancias vividas para querer avanzar en su agenda de amoralidad y de destrucción de los principios básicos de la ley natural. Durante estos meses esas fuerzas han distraído el esfuerzo colectivo, que debería haber estado centrado en superar la crisis sanitaria y la crisis social por la masiva destrucción de empleo y brutal caída de la actividad económica y se han dedicado, entre otras cosas, a ahondar en los ataques a la unidad de la patria echándose permanentemente en manos de los separatistas y siguiendo sus dictados siniestros; se han dedicado a caldear la calle en apoyo de energúmenos provocadores, antisociales y blasfemos que en cualquier país civilizado merecerían estar en la cárcel; se han dedicado a ahondar en destructivos debates de ideología de género, en preparar leyes que espantan a las más radicales de las feministas históricas. Y no han estado al lado de los más desfavorecidos, han pasado de puntillas sobre las colas del hambre y han tenido que ser las instituciones privadas y religiosas de apoyo social las que ayuden a los que se han quedado sin nada. Y lo que es peor, han tenido la vergüenza de promover y aprobar una vergonzosa ley de eutanasia. En definitiva, esas *fuerzas progresistas* se han dedicado a llevar a cabo la agenda posmoderna, el leninismo 4.0, en terminología del pensador anglosajón James Lindsay: la cultura de la ofensa y la cultura de la muerte. Y les tiene que pasar factura y parece que les empieza pasar. Ojalá que una secuela de la pandemia sea que nos «vacunemos» frente a estos desalmados de la ingeniería social.

Y retomando la dimensión más arraigada en el ser humano, la personal y con sentido social, si ha habido una institución representativa que con toda probabilidad va salir reforzada de esta epidemia y que ha mostrado su fortaleza durante su desarrollo, ésta es la familia. Unos grandes perjudicados por la COVID 19 han sido los niños y adolescentes, que han visto truncadas muchas de sus actividades sociales de relación en edades en que el compartir vivencias en los ámbitos escolares y grupales tiene una enorme importancia en el desarrollo y la maduración de la persona. La preocupación de muchos padres por los cambios de humor y de carácter de los hijos les ha intranquilizado sobremanera y han asistido con desasosiego al aislamiento y la apatía en que ha sumido a muchos el confinamiento, con su consecuente limitación de las relaciones sociales y las actividades culturales y deportivas. Estas circunstancias van a suponer un enlentecimiento en la maduración de muchos niños. Por su parte, los ancianos, los grandes afectados por la epidemia, han sufrido como pocos sus efectos. Una de las grandes lecciones que nos debe dejar la pandemia es la redefinición de la muerte en soledad. En la del hospital o en la de la residencia. Una cuestión que mere-

cerá una profunda reflexión es el hecho de que las personas mueran solas, sin sus seres queridos. Estas muertes en soledad son una de las tragedias que ha provocado mayor desconcierto, tanto en las familias como en los profesionales de la salud. Hay que buscar soluciones en el sistema sanitario y en el sistema de protección social. Fallecer en soledad no es una opción, tenemos que preparar el sistema para que esto no ocurra.

Pues bien, ancianos y niños nos han demostrado la importancia de la familia y el papel tan fundamental que ha jugado ésta en medio de la tragedia y el papel de futuro que tiene asignada para superar las cicatrices de tan temible circunstancia. Los estudios del antropólogo A. del Campo, profesor de la Universidad de Sevilla, sintetizan y analizan con enorme clarividencia este papel: el modelo individualista ha salido bastante mal parado de esta crisis. Hay quien pensaba que la felicidad estaba en uno mismo, en las experiencias rápidas, en el mirarse al ombligo. La soledad nos ha mostrado que somos más vulnerables, que ni el Estado, ni la Ciencia, ni el consumismo hedonista han funcionado. Ahora se comprende por qué existen las familias en todas las culturas. No hay ninguna que hegemonícamente sea de individuos solos porque el ser humano necesita unidades empáticas muy cercanas, que estén ahí, pase lo que pase. Nada es nuevo: en circunstancias de crisis, las redes de solidaridad familiar son esenciales.

La familia, como entidad natural de protección y convivencia, se ha encargado con éxito de que esos niños y adolescentes no hayan perdido la posibilidad de abrazarse y besarse, de acercarse y de mostrarse cariño y comprensión. Muchos que no los valoraban han descubierto esos «modelos tradicionales de relación». Y qué decir de los mayores, acogedores y protectores del resto de los miembros de la familia en otro tipo de crisis. Se han visto arropados, queridos y cuidados hasta el extremo por los suyos ante su extrema vulnerabilidad. La familia amplia, la familia grande, la familia protectora, amorosa, fuerte y útil, ha sido el gran ejemplo, sustento y consuelo de todos. Seguro que futuras epidemias se afrontaran mejor si la familia es fuerte.

La pandemia dejará huellas, es evidente, pero cicatrizarán más rápidamente y mejor si ponemos en marcha estos resortes de que disponemos en nuestra sociedad. ●



# V CENTENARIO DE LA BATALLA DE VILLALAR

## (Segunda parte)

### **JOSÉ MARÍA NIETO VIGIL**

Doctor en Filosofía y Letras. Licenciado en Geografía e Historia, Estudios superiores de Teología y Egiptología.

Era la madrugada del martes 23 de abril de 1521, día de san Jorge. La jornada amanecía con malos augurios y peores presagios para las huestes comuneras que, desde el castillo de Torrelobatón (Valladolid), iniciaban un repliegue militar hacia la ciudad de Toro (Zamora), en manos de la Comunidad. Apenas a unos ocho kilómetros de distancia, en Peñaflor de Hornija (Valladolid), acampaban las tropas imperiales allí concentradas desde el domingo 21 de abril. El III condestable de Castilla, Iñigo Fernández de Velasco, había iniciado su marcha desde la ciudad de Burgos, sin perder tiempo, para encontrarse con el IV almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Velasco, legítimo propietario de la fortaleza conquistada y ocupada por los comuneros desde hacía dos meses. Los grandes señores del Reino de Castilla también allí se encontraban dispuestos a imponer la ley y el orden de su rey, la flor y nata de cada Casa quisieron hacerse visibles, presentes, de manera incondicional.

El II duque de Medinaceli (Juan de la Cerda y Bique), Beltrán II de la Cueva y Toledo (III duque de Alburquerque); los condes de Haro (Iñigo Fernández de Velasco y Mendoza), II de Benavente (Alonso Pimentel y Pacheco), Alba de Liste (Diego Enríquez de Guzmán), Osorno (García Fernández Manrique), III conde de Castro (Rodrigo de Mendoza y de la Cerda), II conde de Cifuentes (Alonso de Silva y Acuña), Miranda (Francisco de Zúñiga Avellaneda y Velasco); III marqués de Astorga (Álvar Pérez de Osorio) y II marqués de Denia (Bernardo de Sandoval y Rojas); Garcí Alonso de Ulloa (señor de Castroquemado), Rui Díaz de Rojas (comendador de Castilleja de la Cuesta), Rodrigo Ronquillo (Comendador de Santa Cruz de la Zarza), Francés de Beaumont (Corregidor de Asturias), así como innumerables hombres notables y gentilhombres que no querían perder la oportunidad de vengarse y hacerse acreedores del reconocimiento de Carlos, el rey y emperador, en forma de cargos, títulos, prebendas e indemnizaciones, que desde luego recibirían como muestra de gratitud por parte del soberano.

El lunes, día 22, fue un día tranquilo que, sin embargo, desperdiciaron los de Torrelobatón, limitándose a enviar patrullas de reconocimiento y, que por el contrario, benefició al enemigo acampado en Peñaflor, que veía incrementar su ejército con la llegada de los refuerzos aportados por los más distinguidos señores del Reino de Castilla.

Juan de Padilla, capitán general de la tropa comunera –el pueblo de Valladolid no había querido que fuera Pedro Lasso de la Vega y Guzmán (Señor de la Cuerva y regidor

de Toledo, hermano del insigne poeta y militar Garcilaso de la Vega que, a diferencia de su hermano, lucharía a favor del rey)– dio la orden de iniciar una desesperada retirada. Los ánimos de los sublevados estaban decaídos, cansados de luchar, sin cobrar su soldada se sentían intimidados y amenazados por la presencia del enemigo, mucho más organizado y mejor armado. Algunos hombres incluso se proponían desertar y volver a sus casas. El camino a recorrer era largo y complicado. Alrededor de cincuenta kilómetros de distancia. Se quería ganar Toro y evitar Tordesillas, en manos de los realistas. La adversidad aumentó a consecuencia de la pertinaz y constante lluvia que caía durante aquella aciaga jornada. La marcha era lenta, demasiado lenta, y caótica. Además, los leales al emperador ya habían advertido la salida de Torrelobatón de los comuneros. Era la oportunidad que estaban esperando para darles caza con su poderosa y bien pertrechada caballería. Todo era cuestión de tiempo y, precisamente eso, era lo que no tenían los comuneros, tiempo. El encuentro militar entre ambos bandos no podría ser evitado por los sediciosos. Todo se presentaba adverso para los intereses de los comuneros. La desigualdad era manifiesta y evidente.

Así pues, con unos seis mil hombres (400 lanzas y 1.000 escopeteros) y algunas piezas de artillería, abandona la seguridad de la fortaleza y emprende el camino hacia su inevitable derrota. Tras pasar Villasexmir, San Salvador y Gallegos, decide plantar batalla dando orden de despliegue a sus tropas. Sabía que la caballería realista se les echaba encima. El desorden, el campo embarrado por la fuerte lluvia caída, la falta de comunicación con su vanguardia que avanzaba en dirección a Villalar, fueron factores determinantes en el resultado de la batalla. Su objetivo inicial era aguantar la acometida en Vega de Valdetronco, sin embargo sus tropas proseguían su avance hacia Toro, no atendiendo a sus órdenes, carentes de disciplina. El caos era absoluto, el pavor a los realistas también. Los presagios se iban convirtiendo en triste realidad.

Al frente de los realistas estaba como jefe de la infantería Gutierre de Quijada, Miguel de Herrera (Alcalde de la fortaleza de Pamplona) y Baltasar Alonso Grajal (Alcalde de Grajal de Campos). No habían demorado su orden de persecución.

Es así como llegan al lugar conocido como «Puente el Fierro», un basto campo situado en las inmediaciones de Villalar, a la que querían llegar a toda costa para poder desplegar su artillería y garantizar una mejor defensa. No pudo ser. Los realistas se lo impidieron de manera eficiente. El encuentro resultó demasiado fácil para la caballería leal a Carlos, compuesta por entre 400 y 600 lanceros. Apenas si hubo resistencia. La tropa comunera, maltrecha, cansada y aterrada tempranamente depuso las armas. Las bajas sufridas se sitúan entre 200 y 1.000 hombres. El escenario era propicio para entablar la definitiva y victoriosa carga de la caballería real.

Muy pocos llegaron a alcanzar la población de Villalar, algunos huían en dirección a Toro perseguidos por los caballeros del conde de Haro. Los jefes comuneros fueron apresados casi de inmediato, pese al arrojo de Padilla en batirse como un soldado. Cuando llegó la infantería del condestable, la refriega había cesado.

Comenzaría a partir de entonces la represión, la «otra Guerra de las Comunidades». Aunque Toledo resistiera hasta la huida de María Pacheco, el 4 de febrero de 1522, la Junta no volvería a reunirse. El desánimo y el hundimiento cundió entre las gentes en las tierras al norte de la sierra de Guadarrama irían, poco a poco, cayendo en poder de los realistas, sin resistencia, honor ni ninguna gloria. Muchos huirían como alma que lleva el diablo hacia otros lugares.

## Apresamiento de los caudillos comuneros

El primero en ser apresado fue Francisco Maldonado, capturado por el capitán de la Guardia del rey, Francés de Beaumont, primogénito de Juan de Beaumont, canciller mayor de Navarra, y de Luisa de Monreal. Miembro de uno de los linajes, junto al agramontés, que dominaban el reino navarro, el beamontés. Casado con Beatriz Ycart, distinguida dama de la reina Isabel I, «la Católica». Carlos V le encomendó, como corregidor de Asturias (1517-1520), el cometido de someter a obediencia al obispo Diego de Muros III, deán de Santiago de Compostela, obispo de Mondoñedo y Oviedo. Como recompensa por el éxito de su empresa le fue concedido el hábito de Santiago en 1518. Siempre, durante la guerra de las Comunidades, estuvo a las órdenes de los regentes, el almirante de Castilla y el condestable. Ya se había distinguido en su lealtad al emperador por los refuerzos navarros aportados contra el indómito conde de Salvatierra, Pedro López de Ayala, mariscal de Ampudia (Palencia) y señor de los valles de Ayala, Llodio, Arceniega, Arrastaria, Urcabustaiz, Cuartango, Orozco, Valdegovia, Morillas y Orduña, que sería nombrado capitán general del norte por los comuneros, con amplios poderes políticos, tributarios y administrativos. Su nombramiento fue fechado en abril de 1521. De este notable comunero hablaremos en otro artículo con motivo de la celebración del V Centenario de la batalla de Villalar.

Juan Bravo fue hecho cautivo a continuación. Primo de María Pacheco, esposa de Padilla, puesto que era hijo de María de Mendoza, miembro por tanto de la familia de Mendoza e íntimo amigo de Padilla. Fue reducido, después de prestar una dura resistencia por Alonso Ruiz de Herrera, hombre de armas de la capitanía de don Diego de Castilla, que iba delante del alférez que portaba su estandarte, Hernando Ruiz de Salas. Lo hizo bajar de su cabalgadura y subirse a la del herido Alonso Ruiz. Inmediatamente lo llevó ante el IV almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Velasco, señor de Medina de Rioseco y III conde de Melgar, quien ordenó que se le llevara ante el capitán de la guardia. Alonso Ruiz, cuerallano de origen (Cuellar, Segovia) recibió por la captura del jefe comunero la nada desdeñable cantidad de 100.000 maravedíes. Su servicio al rey continuó durante la guerra de Navarra, siendo un soldado ejemplar por sus méritos militares que ahora no vienen al caso.

Finalmente caería preso Juan de Padilla, jefe único de todas las tropas comuneras desde el 11 de marzo de 1521 a instancias de la Junta. Su lucha en Villalar fue valiente y decidida. Sin temer el acoso de las tropas imperiales ni a la desbandada de las huestes comuneras, a las que trataba de arengar y dirigir, fue capturado por Alonso I de la Cueva y Benavides, de la casa Albulquerque, capitán de caballos de Carlos I, señor de la villa de Bedmar (Jaén), caballero de la Orden de Santiago, después de que el corajudo caudillo comunero derribara del caballo a don Pedro de Bazán y Zapata, III vizconde de Palacios de Valduerna, señor de La Bañeza. Alonso de la Cueva, como trofeo de guerra, llevó el pendón de Padilla a la iglesia de la Asunción de Bedmar, lugar del que fue su último comendador.

Según el historiador, Fray Prudencio de Sandoval, clérigo benedictino y obispo de Tuy y de Pamplona, en su obra *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, de manera muy jocosa señala que derribar del caballo a don Pedro de Bazán fue tarea sencilla, puesto que venía cabalgando a la jineta y su condición era de «gordito» y «rosado». Sea como fuere, Padilla combatió de manera enconada.

El trato recibido por sus captores no fue especialmente cordial, cortés ni amistoso. Todo lo contrario, se le asestó un tajazo en la cara. El almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Velasco le tenía especial animadversión, dado los daños patrimoniales que le había causado en su fortaleza de Torrelobatón, lo mismo que el II duque de Benavente, Alonso Pimentel y Pacheco, que vio asoladas sus propiedades en Cigales (Valladolid) por parte de Juan de Padilla.



*Lugar en el que se desarrolló la Batalla. Situado en la zona conocida como Puente El Fierro, cerca de Villalar.*

Finalizada la refriega, cuyo resultado fue de entre doscientas y mil bajas por ambas partes, entre mil y seis mil prisioneros (esta última cifra parece excesiva), desertores huidos camino de sus lugares de origen, algunas gentes refugiadas desesperadamente en la cercana villa de Villalar, restos de una maltrecha y desorganizada tropa comunera que se batía en retirada hacia Toro, perseguida por la caballería del IV conde de Haro, Iñigo Fernández de Velasco y Mendoza, la jornada concluía con una rotunda e incontestable victoria de los ejércitos imperiales congregados. Los soldados rasos hechos prisioneros fueron obligados a entregar las armas y, según parece, fueron puestos inmediatamente en libertad. Por su parte, los capitanes comuneros fueron trasladados a la cercana y segura fortaleza de Villalbarba, a la espera de su inminente y certera condena a muerte y posterior ejecución. Los caudillos sublevados eran conscientes de que la suerte de sus vidas estaba echada.

### **Tribunal**

Estuvo configurado por los alcaldes Cornejo, Salmerón y Alcalá, en presencia de Adriano de Utrecht (1459-1523), futuro papa Adriano VI (1522-1523), regente de Castilla en ausencia de Carlos I. El juicio fue breve, como no podía ser de otra manera, dados

los delitos imputados y ya señalados como muy graves. La firme y decidida voluntad del emperador no permitió sino hacer una referencia a los hechos probados y a la culpabilidad de los autores de los mismos. No había normativa que aplicar más allá de la expresada por Carlos I en el edicto de Worms, ni tampoco cabía más argumentación o fundamentación jurídica que señalar en el fallo del tribunal. Era inapelable.

Los delitos más graves y relevantes son incluidos bajo las categorías de lesa majestad divina (delito o agravio contra Dios) y de lesa majestad humana (delito de orden público de agravio y lesión contra el rey y su reino). Para esta última categoría se identifica el delito de traición imputado.

La condena ya estaba prevista y anunciada, no lo era por vía judicial, lo había sido por vía gubernativa. Solamente restaba proceder a la captura y posterior ejecución. Así pues, no hubo proceso alguno, hubo un simulacro –nunca una pantomima– sin las formalidades judiciales de rigor en procesos distintos, sin juicio ni derecho a defensa se dictaron las sentencias que cabía esperar, dado lo notorio de los delitos cometidos. Cualquier otra fórmula no era posible, todo estaba probado y demostrado. Los cargos estaban eximidos de cualquier probanza ordinaria por parte del tribunal.

### **Edicto de Worms: crónica de una sentencia anunciada**

Firmado en Worms el 17 de diciembre de 1520, pequeña ciudad alemana situada a orillas del Rin, en la actual región de Renania-Palatinado, donde se encontraba entonces una vez proclamado emperador el 26 de octubre del mismo año en Aquisgrán.

El edicto, relativo al levantamiento comunero, dejó meridianamente claro el destino de los sublevados. Es sin duda alguna el antecedente que explica la rapidez de la ejecución de los capitanes de la Comunidad apresados durante la batalla de Villalar, caecida cuatro meses después, en aquel inolvidable 23 de abril de 1521.

Es un documento que consta de cuatro piezas en pliego de folios de ocho hojas en el que Carlos I pone de manifiesto, demostrando su permeabilidad a las quejas reiteradas de los señores de Castilla y de sus gobernantes en su ausencia, el desarrollo de la revuelta comunera, los hechos y los excesos cometidos por la Junta comunera. De manera clara, se alude a los reiterados intentos reales, en forma de concesiones a sus súbditos, para evitar que el conflicto continuara, tratando de conseguir una paz tan deseada como necesaria.

De manera rotunda y categórica, establece las bases jurídicas de la responsabilidad penal que quiere exigir a sus súbditos rebeldes sublevados. Es la marga respuesta imperativa a las pretensiones de que el emperador aceptara las propuestas contenidas en la llamada Ley Perpetua, considerada una evidente subversión del poder político. Días antes, firmaría una carta real declarándoles traidores en respuesta contundente al desacato de sus imperiales y reales pretensiones.

El rey se presenta, con todo el simbolismo posible y revestido de su plena y absoluta autoridad y jurisdicción sobre los territorios de su imperio, más en concreto sobre los territorios en los que se ha producido la sublevación. Expresa que hace uso de sus plenas facultades como gobernante y señor de todos sus reinos. Se señala y formulan acusaciones de Lesa Majestad y las penas a imponer como castigo, que no son otras que la pena capital, es decir, la de la pena de muerte. Para hacer efectivas sus disposiciones, se dota y mandata a los gobernantes para proceder a la condena de los hechos

notorios de extrema gravedad. El documento va firmado con todas las formalidades de rigor por Francisco de los Cobos, secretario de Su Majestad.

El emperador se dirige a sus súbditos levantados contra su autoridad y anuncia las instrucciones que se deben seguir, dirigidas a virreyes y gobernadores para la persecución de los protagonistas de los delitos, de los daños causados que confirman su notoriedad de los mismos. Exige que se actúe con el mayor rigor posible al ser delitos de orden público y atentados contra la autoridad del rey, su señor.

Está dirigido a los principales comuneros: Don Antonio de Acuña, obispo de Zamora; a Pedro Lasso de la Vega, Juan de Padilla, Pedro de Ayala, Fernando de Ávalos, vecinos de la ciudad de Toledo; a Juan de Mendoza, hijo de Don Pedro González de Mendoza, a Pedro Maldonado y Francisco de Maldonado, vecinos de la ciudad de Salamanca; a Juan Bravo, vecino de la ciudad de Segovia; a Juan de Zapata, vecino de la ciudad de Madrid. A ellos sigue una larga lista de miembros de las Comunidades con varios oficios y lugar de procedencia.

Así pues, los capitanes comuneros capturados en Villalar eran conscientes y concededores de su inevitable destino, la muerte. Esto explica la celeridad con la que se actuó contra los cabecillas de la sublevación.

Gobernaba como regente en Castilla, Adriano de Utrecht. Como gobernador de los reinos hispánicos actuó Iñigo Fernández de Velasco y Mendoza, IV conde de Haro, III condestable de Castilla y II duque de Frías. Camarero y copero mayor de Carlos I. En él recaía el mando supremo del ejército. Rechazó la propuesta comunera de no aceptar tal designación de regente en ausencia del rey. Lo rechazó categóricamente, contestando tajantemente que serviría al rey hasta las últimas consecuencias, dado que su casa familiar se había construido al servicio de los reyes de Castilla. Un hombre leal al emperador y reconocido por sus servicios a su soberano. El IV almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Velasco, señor de Medina de Rioseco y III conde de Melgar, era el oficial del rey de Castilla al frente de la Armada. También él desempeñó su encomienda con rectitud y fiel servicio al rey.

Los protagonistas de la sedición y los autores de la represión real conocían sus responsabilidades en el momento en el que se produce la batalla de Villalar. En el peligroso juego político cada cual representó el papel que la historia les había reservado, unos como sublevados vencidos y ajusticiados, los otros como autoridad real delegada como vencedora.

### **Sentencia y condena de los capitanes comuneros**

Se encuentra en el castillo de Simancas en donde se ubica el Archivo General de Simancas (AGS). Dependiente del Ministerio de Cultura de España, es Patrimonio de la Humanidad (2017) dentro de la categoría de Memoria del mundo. Es el primer archivo oficial de la Corona de Castilla, aunque quizás tuviera como precedente al del castillo de La Mota de Medina del Campo, desde donde llegaron los primeros documentos a Simancas. Fue fundado, en 1540, por el ya proclamado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rey de Germania y Rey de Italia (26 de octubre de 1520-24 de febrero de 1558) Carlos I de España y V de Alemania.

En 1545 fue nombrado, por su Sacra Cesárea Majestad Católica, o Real Majestad según su tratamiento dignatario, como tenedor (encargado del archivo por instruc-

ción real), al licenciado Antonio Catalán. Aunque apenas estuvo dos años al frente de tamaña responsabilidad, custodió, recopiló y guardó todas las escrituras allí depositadas. Su labor fue sumamente eficiente en la recogida de documentación referida a la Corona Real, Patronato y Patrimonio Real de distintos depósitos documentales (Audiencias, Contadurías, Secretarías, Embajadas, Corregimientos....) y lo fue no sólo para su guarda y custodia, sino para hacer posible en el futuro la labor de los historiadores, aunque desde luego esa no fuese su pretensión.

Con anterioridad, en su condición de fortaleza y prisión, fue el escenario de la ejecución de otros ilustres líderes comuneros. Pedro Maldonado Pimentel, señor de Babilafuente, capitán comunero de Salamanca y procurador de esta ciudad, representante de la misma ante la Santa Junta en Ávila, primo de Francisco Maldonado, fue ejecutado en Simancas el 14 de agosto de 1522. Aunque fuera apresado en Villalar, en su defensa saldría el II duque de Benavente, Alonso Pimentel y Pacheco, conde de Mayorga, señor de Allariz, Milmanda y Arroyo del Puerco, adelantado mayor de León y comendador de Castrostafe en la Orden de Santiago. Nada más y nada menos que uno de los primeros Grandes de España. La relación de parentesco, a través de su madre, Juana Pimentel, era de sobrino respecto al notable dignatario. Esta circunstancia sólo demoró la ejecución *in situ*, pues sus delitos eran acreedores de la pena capital. Posteriormente, el 23 de marzo de 1526, Antonio Osorio de Acuña, obispo de Zamora, el más enfervorizado y radical jefe comunero, sería ajusticiado en el mismo lugar después de su vano intento de huida y de haber asesinado al alcaide de la fortaleza, Mendo de Noguero. Su forma de ejecución fue el garrote vil. Tanto uno como otro fueron exceptuados del Perdón General, o Perdón de Todos los Santos, promulgado por Carlos I el 1 de noviembre de 1522.

Dentro de la colección del Patronato Real se encuentra la sentencia y condena de Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado. Es un documento de dos pliegos (cuatro folios) que se haya incompleto. Está compuesto de los traslados de todas las sentencias impuestas a los principales cabecillas, a saber Alonso de Saravia, Pedro Pimentel, licenciado Bernaldino y Francisco de Mercado entre una amplia relación de condenados.

La transcripción del texto de la sentencia es la siguiente que, por razones obvias, mantengo en el castellano antiguo con el que fue escrita:

En Villalar a veynte e quatro días del mes de abril de mil e quinientos e veynte e un años, el señor alcalde Cornejo, por ante my Luys Madera, escrivano, recibo juramento en forma devida de derecho de Juan de Padilla, al que fue preguntado sy a sydo capitán de las Comunidades e sy a estado en Torre de Lobatón (actual Torrelobatón. Valladolid) peleando con los gobernadores de estos reynos contra el servicio de sus megestades, dixo que es verdad que ha sido capitán de la gente de Toledo y que ha estado en torre de Lobatón, con las gentes de las Comunidades e que a peleado contra el condestable e Almirante de Castilla, gobernadores de estos reynos, e que fue en prender a los del Consejo e Alcaldes de sus majestades.

Lo mismo confesaron Juan Bravo e Francisco Maldonado aver seydo capitanes de las gentes de Segovia e Salamanca.

Este dicho día los señores alcaldes Cornejo e salmerón e Alcalá dixerón que declaravan e declararon a Juan de Padilla, a Juan Bravo e Francisco Maldonado por culpables en aver seydo trydores de la corona real de estos reynos. En pena de su maleficio dixerón que los condenavan e condenaron a pena de muerte natural e a confiscación de sus bie-

nes e oficios para la Cámara de sus majestades como a traydores. E firmaronlo doctor Cornejo, e Licenciado García Fernández. El licenciado Salmerón.

E luego, incontinente se executó la dicha sentencia e fueron degollados los suso dichos [...].

No había defensa, no existía escapatoria ante una sentencia dictada meses antes, cuando el Edicto Real de Bormes o Worms, el 17 de diciembre de 1520, el emperador ya había manifestado de manera explícita la suerte que correrían los comuneros. Las gravísimas acusaciones vertidas entonces, conocidas por los bravos capitanes, por descontado, hacían presagiar su fatal y terrible desenlace. Por otra parte, el edicto de excomunión de los comuneros, promulgado por el cardenal y regente del reino de Castilla, Adriano de Utrecht, en nombre del entonces papa León X (1513-1521), no alivió las expectativas de un posible perdón *in extremis*. Nada ni nadie podían o quería cambiar el destino sellado, haberlos hecho acarrearía gravísimas consecuencias. La condena a muerte era una crónica de una muerte anunciada desde el mismo momento del levantamiento, agravado por los infructuosos intentos de capitulación ofrecidos por Carlos V.

### Ejecución

Se efectuó *in situ*, de manera inmediata, *incontinenti* decía el documento del traslado de la sentencia a los procesados. No se quería esperar, se pretendía atemorizar, alec-



Obelisco dedicado a María Pacheco, Francisco Maldonado, Juan Bravo y Juan de Padilla. Plaza de España de Villalar de los Comuneros.



cionar al pueblo y publicitar la autoridad real, incontestable por otra parte. Era un castigo ejemplarizante y de enorme carga política para aquellos que osaran levantarse contra su señor el rey. Ése era el objetivo, prevenir cualquier intento de insubordinación al orden establecido por Su Majestad. La exposición de las mutilaciones corporales, la confiscación de bienes y oficios, el sometimiento a la deshonra y vergüenza pública en los rollos de justicia y picota, y la ejecución en sí misma, eran las lecciones que se debían aprender. Pura pedagogía del miedo.

Entre la comunicación de la sentencia y la ejecución, transcurrió muy poco tiempo. Unas escasas horas durante las cuales los jefes comuneros pudieron escribir su carta de despedida a sus esposas y familia. Posteriormente, cada uno en sagrada confesión encomendarían su alma al confesor, en este caso un monje franciscano.

Juan de Padilla escribió a su esposa, María López de Mendoza y Pacheco, más conocida como «La leona de Castilla», que se encontraba en Toledo. Juan Bravo lo hizo a María Coronel, su segunda esposa, hija de Abraham Seneor, regidor de Segovia, hombre rico y acaudalado, que se encontraba en Segovia. Su primera esposa se llamó Catalina del Río, fallecida tempranamente. Francisco Maldonado hizo lo propio con su cónyuge, Ana Abarca, hija del conocido médico de la reina, Fernán Álvarez Abarca. Se encontraba en Salamanca.

Se encontraban en Villalar a donde habían sido trasladados desde la fortaleza de Villalbarba, a diez kilómetros de distancia, donde pasaron unas horas una vez hechos prisioneros. De este castillo no existen restos en la actualidad, tampoco del rollo de justicia. Una torre vigía parece haberse reconvertido en parte de la actual iglesia de San Miguel Arcángel. El 24 de abril, Don Pedro de la Cueva y Velasco, miembro de la Casa Alburquerque, señor de Torregalindo y Portillejo, caballero de la Orden de Santiago, recogió a los reos y los llevó a Villalar. Nada más y nada menos que su custodia se encomendó al hijo de Beltrán de la Cueva y María de Velasco, hija del III condestable de Castilla, Iñigo Fernández de Velasco y Mendoza.

Montados en mulas encubiertas de negro, es decir, cubiertas de telas de lana negra, escenificaban un cortejo fúnebre sin caballos, animal digno de ser montado por un caballero. El escarnio cuidaba el último detalle. En tanto, el pregonero, a viva voz, proclamaba el delito cometido y la muerte impuesta como condena. En la plaza se instaló el cadalso y en un extremo un estrado para que los grandes del reino, los más insignes señores de Castilla, presenciaran la ejecución. El pueblo también había sido convocado, pero con un propósito bien distinto. Los señores contemplaban el fin de un temor, casi ansioso y profundamente rencoroso. El pueblo asistía atemorizado, intimidado y sin ganas de réplica, en profunda y resignada sumisión.

El método de ejecución fue la decapitación, de mayor distinción que otras condenas capitales como la horca o el garrote vil. Los jefes comuneros no eran unos cualquiera. Eran por condición social y distinción militar, prohombres del patriciado urbano de sus respectivas ciudades, amén de su grado de líderes del movimiento sublevado. El instrumento utilizado no fue el hacha, como aparece en el cuadro del pintor alicantino, Antonio Gisbert Pérez, en el que un verdugo exhibe la cabeza de Juan Bravo, mientras con la mano derecha sostiene una poderosa hacha. No, se empleó una gran espada de formidables dimensiones, puesto que la muerte a cuchillo o espada estaba reservada para los condenados de mayor notabilidad.

Ya desde la época de Alfonso X «el Sabio» se establecieron diferentes modalidades

de ejecución según la honorabilidad del reo. Se daba una mayor relevancia a la ejecución, haciéndola más honorable. Para el común del pueblo llano, la horca era el método más habitual de proceder.

No obstante, según mi opinión, no se busco respeto alguno, distinción ni consideración hacia los caudillos comuneros. Todo lo contrario, se pretendía un exhibicionismo de la implacable autoridad del emperador frente a su pueblo. Por otra parte, el hacha tenía una connotación bárbara y poco cristiana, no era del agrado de los tribunales de justicia de entonces.

Consumada la ejecución, las cabezas fueron clavadas en picas y expuestas en los garfios en la punta del rollo de justicia de Villalar. Previamente, fueron expuestas en la picota, en el mismo lugar de la ejecución. Primero fue ajusticiado el valeroso Juan Bravo, que no quiso asistir a la decapitación de su amigo y compañero Juan de Padilla. A continuación corrió la misma suerte Padilla y, finalmente, se procedió a dar suerte a Francisco Maldonado.

El verdugo encargado de segar la vida de los líderes comuneros no recibió compensación alguna por el desempeño, terriblemente eficaz, no recibió compensación económica alguna por desempeñar su sanguinario oficio, tan sólo recibió la prebenda de poder disponer del vestido de los desafortunados ajusticiados.

Hoy, quinientos años después de tan trágica jornada, en la actual villa de Villalar de los Comuneros, pequeña localidad vallisoletana, a modo de homenaje, se recuerda a los capitanes de la comunidad con un monumento, un obelisco situado en la plaza de España. Se trata de un monolito de piedra, construido en 1889 y restaurado en 1992, a iniciativa del entonces alcalde de la pequeña población castellana, Fermín Vidal Rodríguez. En uno de sus lados tiene una inscripción que reza: «A la memoria de doña María Pacheco, Padilla, Bravo y Maldonado [...]». Un sentido recuerdo para quienes encabezaron el levantamiento de una Castilla maltratada y ultrajada por sus señores y por la desidia y el abandono de un joven rey proclamado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Carlos I de España y V de Alemania.

Castilla se vestía íntimamente de luto, puesto que oficialmente se engalanaba el todopoderoso reino del todavía joven rey. La sangre derramada en el patíbulo y en el campo de batalla cubrían con su triste y fúnebre crespón las ansias de libertad, los deseos de un pueblo necesitado del buen gobierno real y, de manera leal a la verdad, de quienes sintieron su tierra como propia. Los ecos de lo ocurrido no quedarán mudos con el discurrir de los tiempos, más al contrario, serán un ejemplo de lealtad, honor y dignidad de una Castilla, orgullosa y a la vez necesitada, de grandes hombres como los que allí entregaron sus vidas.

Desde entonces «Castilla no se ha vuelto a levantar» como queda recogido en el *Canto de Esperanza*, obra del poeta leonés Luis López Álvarez, laureado escritor que obtuvo el Premio de Castilla y León de las Letras en el 2015, cantado y versionado por el Nuevo Mester de Juglaría, allá por los años setenta. La letra de esta hermosísima composición lírica es la siguiente:

Mil quinientos veintiuno,  
Y en Abril para más señas,  
En Villalar ajustician  
A quienes justicia pidieran

En Villalar ajustician  
A quienes justicia pidieran.

Malditos todos aquellos  
Que firmaron la sentencia,  
Malditos todos aquellos  
Los que ajusticiar quisieran  
Al que luchó por el pueblo  
Y perdió tan justa guerra.

Desde entonces ya Castilla  
No se ha vuelto a levantar (bis)  
En manos de rey bastardo  
O de regente falaz (bis)  
Siempre añorando una Junta  
O esperando un capitán (bis).

Quién sabe si las cigüeñas  
Han de volver por San Blas,  
Si las heladas de Marzo  
Los brotes se han de llevar,  
Si las llamas comuneras  
Otra vez crepitarán.

Cuanto más vieja la yesca  
Más fácil se prenderá.  
Y más duro el pedernal,  
Si los pinares ardieron  
nos queda el encinar.

A fe que lo dicho es cierto, hoy Castilla es menos Castilla que nunca, más pequeña geográficamente que entonces, más humilde que en 1521, más discreta políticamente que nunca. Cinco siglos transcurridos han sido los vividos y sufridos desde aquel comienzo de la Edad Moderna, fin de la Edad Media. Largas décadas de prolongada agonía histórica la sitúan en la periferia del actual Reino de España. La despoblación, el envejecimiento, la dispersión demográfica y una pertinaz emigración, descapitaliza de recursos humanos el territorio. No hay sentimiento de región, apenas existe apego a una identidad perdida y secuestrada por la mediocridad de tantos desgobiernos. Un ignoto futuro se cierne, un porvenir de negros augurios, un mañana de aciagos presagios hace necesaria la reivindicación identitaria que, por orgullo y distinción pretérita, nos hace acreedores de la esperanza de un despertar, de un levantamiento, no ya militar, pero sí social y económico, y político por descontado.

Hoy, quinientos años después, la memoria de nuestros comuneros, por su ejemplo y entrega generosa, nos debe recordar la deuda que tenemos con nuestra tierra y con sus gentes. Castilla debe despertar de ese profundo y abúlico letargo, dirigida –eso sí– por políticos comprometidos, no por representantes ausentes ni ociosos, por gobernantes entregados y por gentes esperanzadas desde su quehacer diario. El futuro está llegando, pronto será presente, y no debemos esperar a que pase de largo. ●

# ORFANDAD

**MANUEL PARRA CELAYA**

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía).

**1.** Esta palabra define con bastante exactitud la sensación que tienen muchos catalanes no nacionalistas, esto es, quienes *solo siendo muy catalanes pueden ser plena y holgadamente españoles*, según dejó escrito Julián Marías en su genial *Consideración de Cataluña*. Otros catalanes, como el que suscribe –que no es ni por asomo nacionalista–, gracias a la formación recibida en la juventud, queremos sentirnos con amplia comodidad, además, europeos e hispanos, pero tampoco hemos dejado de experimentar esa *orfandad* en muchas ocasiones.

¿En qué momentos y lugares nos hemos sentido *huérfanos*? Por ejemplo, cuando al recorrer otras regiones españolas e informar de nuestra procedencia (o detectarnos un acento imperceptible en la nuestra) se nos mira con suspicacia o nos vemos obligados a discutir nuestra indudable españolidad ante el *separador* de turno; o cuando, en nuestra propia Cataluña, hemos de bregar continuamente con un ambiente enrarecido (y a veces ponzoñoso) creado por los separatistas.

En términos generales, muchos sentimos esa orfandad en la Cataluña en manos nacionalistas y ante la *España oficial*, que ha prescindido totalmente de nosotros y solo atiende al sector más insolidario y *particularista*, que es el que proporciona los votos en la Carrera de San Jerónimo o amaga con nuevos alborotos y actos de sedición cada día.

También sentimos la orfandad cuando, desde la otra orilla del Ebro, se generaliza el topónimo de *los catalanes* para designar, en puridad, al separatismo existente *en Cataluña*; y ya advierto que no empleo el *de Cataluña* porque, entre los del lazo amarillo y la *estelada*, hay andaluces, madrileños, extremeños, marroquíes o argentinos, como sabe cualquier persona medianamente informada.

Sentada la explicación de la *orfandad*, no creo ocioso repetir, si bien de forma sucinta, qué es en realidad el llamado *problema catalán*, partiendo de sus inmediatos antecedentes para no alargarme, hasta desembocar en la situación actual. Empiezo por afirmar que sigo defendiendo que este *problema* es un reflejo y una consecuencia del *problema español*, ese que obsesionó a tantos pensadores y que hoy parece haber desaparecido, como por ensalmo, de las preocupaciones intelectuales.

Da la impresión de que el Covid 19 ha orillado el tema, delegándolo a las páginas interiores de la prensa y apeándolo de las primeras páginas; antes de que estallara el dramatismo de la pandemia, muchos ciudadanos se quejaban del presunto monopolio y atención informativa de los medios sobre Cataluña; y no pocos eran los que llegaban a proferir la barbaridad, la blasfemia política, del *si no quieren ser españoles, que les den la independencia de una vez*, equivalente en la historia a aquel titular de ABC en la época republicana de *¡hermanos o extranjeros!*

No hay ni que decir que el sentimiento de orfandad mencionado se multiplicaba entonces ponencialmente entre los catalanes no nacionalistas; el *dolor de España* unamuniano se entremezclaba con un tremendo *dolor de Cataluña*, como no podía ser

menos: era un constante *dolorido sentir*, unido a la preocupación por la sociedad que íbamos a legar a nuestros hijos y nietos.

El separatismo en Cataluña (y en Vascongadas, y, de forma más larvada y menos extendida y explosiva en otros territorios y grupos sociales) no es algo nuevo, ni siquiera algo que haya nacido como producto exclusivo del Estado de las Autonomías, si bien esta estructura ha contribuido poderosamente a exacerbarlo y ponerlo de actualidad; la torpe política que ha presidido la estructuración territorial de España ha llevado a convertir una serie de trágicos sucesos de la historia moderna en una dramática y preocupante realidad actual de la que no se vislumbra el final; además del constante desafío al Estado y del fraccionamiento profundo de los catalanes en las esferas familiares y sociales, amenaza con cuestionar la propia existencia de España, como Nación histórica y como Estado moderno consolidado.

**2.** Veamos cuál fue el diagnóstico y análisis agudo de José Ortega y Gasset en las Cortes de la II República, con ocasión del debate sobre el Estatuto catalán el 13 de mayo de 1932, y recordemos algunas de sus palabras:

El problema catalán es un caso corriente de lo que se llama nacionalismo particularista [...]. Es un sentimiento de dintorno vago, de intensidad variable, pero de tendencia sumamente clara, que se apodera de un pueblo o colectividad y le hace desear ardientemente vivir aparte de los demás pueblos o colectividades [...]. Esos pueblos sienten, por una misteriosa y fatal predisposición, el afán de quedar fuera, exentos, señeros, intactos de toda fusión, reclusos y absortos dentro de sí mismos.

Centró Ortega el debate en el concepto de soberanía: «*Es absolutamente necesario que quede deslindado de este proyecto de Estatuto todo cuanto pueda parecer amago de la soberanía unida*»; y sus palabras nos llevan, irremediablemente, a la situación presente, casi 90 años después: «*Por ese camino iríamos derechos y rápidos a la catástrofe nacional*». Se apresuraba también a definir lo que era verdaderamente una «*autonomía: cesión de poderes; en principio, no importa ni cuáles ni cuántos, con tal de que quede sentado de la manera más clara e inequívoca que ninguno de esos poderes es espontáneo, nacido de sí mismo, que en suma, soberano, sino que el Estado lo otorga y el Estado lo retrae y a él reviene*».

Varias veces he leído referencias sobre este clarificador discurso de Ortega, y en todas ellas se pone énfasis en la palabra *conllevancia*, que pronunció a modo de paliativo o de consolación, pero suelen omitirse dos aspectos: que habló de *conllevarnos dolidamente*, esto es, con dolor, y que erró en cuanto a la posible solución: ampliar la autonomía a todas las comarcas y regiones de España, con el fin de crear una «*nación vigorosa, para obligar a esos provinciales a que afronten por sí mismos sus inmediatos y propios problemas*»; claro que lo enmarcaba en la necesidad de envolver a los nacionalismos y otras formas de particularismo «*en un gran movimiento ascensional de todo el país, ya que un Estado en decadencia fomenta los nacionalismos: un Estado en buena ventura los desnubre y los reabsorbe*».

No fue capaz la República de convertirse en ese *Estado de buena ventura* (no es esto, no es esto, diría el propio Ortega) y se demostró, por ejemplo, el 6 de octubre de 1934, cuando Companys llamaba a las armas, al alimón del golpe de estado perpetrado por los socialistas.

Un par de meses antes de que estallara aquella asonada, un joven orteguiano

llamado José Antonio Primo de Rivera había analizado también el *problema catalán* (28-II-34):

En Cataluña hay ya un separatismo rencoroso de muy difícil remedio, y creo que ha sido, en parte, culpable de ese separatismo el no haber sabido entender pronto lo que era Cataluña verdaderamente [...]. A Cataluña no se la puede tratar con miras prácticas, y teniendo en cuenta que es así, por eso se ha envenenado el problema, del cual solo espero una salida si una nueva poesía española sabe suscitar en el alma de Cataluña el interés por la empresa total, de la desvió a Cataluña un movimiento, también patriótico, nacionalista.

Y, frente al *hermanos o extranjeros* del ABC y frente a los cálculos electoralistas de conseguir mayorías de entonces, sentenciaba:

España es irrevocable. Los españoles podrán decidir acerca de las cosas secundarias; pero acerca de la esencia misma de España no tienen nada que decidir. España no es «nuestra», como objeto patrimonial; nuestra generación no es dueña absoluta de España; la ha recibido del esfuerzo de generaciones y generaciones anteriores y ha de entregarla, como depósito sagrado, a las que la sucedan.

Nos da la impresión de que no ha pasado el tiempo, tanto sobre las palabras de Ortega, como sobre las de Primo de Rivera, a poco que atendamos a la situación de estos momentos actuales.

**3.** Aterricemos, ahora, en nuestros días. Decíamos que la construcción del Estado de las Autonomías, aunque no ha creado el problema, sí lo ha reverdecido y lo ha llevado a extremos de paroxismo. El retornar de los nacionalismos –de todos ellos– arranca sin duda de la apresurada redacción del texto constitucional de 1978, donde, junto a la rotunda afirmación, en el artículo II del Título Preliminar, de que la Constitución se fundamentaba «en la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles», se introducía de rondón la dualidad de «nacionalidades y regiones», quizás por las prisas de alcanzar el ansiado consenso.

Ya hubo voces que se levantaron para denunciar el dislate, como la de Julián Marías –nada sospechoso de veleidades franquistas– que, en enero de 1978, decía en *La Vanguardia*: «No hay nacionalidades –ni en España ni en parte alguna–, porque nacionalidad no es el nombre de ninguna unidad social o política, sino un nombre abstracto, que significa una propiedad, afición o condición», y advertía que, con este término, se quería decir algo así como una *sub-nación*; en el mismo medio, insistía en mayo del mismo año: reconocía que con la palabra *nacionalidad* se había introducido una «equivalente al significado de nación para sostener que la idea de España era una nación de naciones, como una realidad plurinacional». Y otros pensadores insistieron entonces y después en el tema, como Antonio Álvarez Osés, que, en la revista de *Enseñanzas Medias* en 1982, diagnosticaba: «Se tiene la impresión de estar inmenso en un tremendo diálogo de sordos que únicamente puede conducir a una grave crisis de identidad». Ya tenemos, en el siglo XXI, el diálogo de sordos y la crisis de identidad en todo su apogeo.

De *nacionalidad* a *nación*, palabra ya introducida en algunos estatutos; y todo *nacionalismo* deviene, por lógica, en *separatismo*, al considerar que el Estado ahoga a esas pretendidas naciones y conviene alejarse de él, mediante el *derecho a decidir* de los pueblos *oprimidos*. Y por sí mismo, todo sentimiento nacionalista, como romántico que es ideológicamente, tiende a enardecer a las masas, léanse votantes o manifes-

tantes; si examinamos el número de catalanes que votaban a los partidos separatistas al principio de la Transición y lo comparamos con los seguidores de ahora, veremos claramente como *la sentimentalidad de un pueblo* ha sido objeto de especulación por parte de las oligarquías instaladas en poder autonómico y más o menos aliadas con las del poder central.

Junto a las celadas conceptuales (*Estado plurinacional, nación de naciones, derecho a decidir*), se impuso también la lógica partidista para asegurarse apoyos parlamentarios, y, así, los diferentes gobiernos de UCD, del PSOE, del PP, compitieron en una política de concesiones a los separatismos, de silencios y omisiones ante fragrantísimos incumplimientos de sentencias judiciales, cuando no de complicidades con los nacionalismos, que se fueron aupando en sus diferentes demarcaciones al modo y manera de un neocaciquismo; como dice Javier Barrycoa en *La Constitución incumplida*, existió un pacto tácito entre los gobiernos nacionales y las fuerzas nacionalistas.

Ahorremos al lector el detalle bien conocido de las ambigüedades y contradicciones contenidas en el Título VIII de la Constitución, especialmente en sus artículos 148, 149 y 150.2; todo ello llevó a la aplicación meliflua del artículo 155 en Cataluña hace un par de años, que no remedió absolutamente nada al dejar todos los resortes e instrumentos de penetración social a los separatistas. El Estado actual es más débil que el de la II República. Vayamos a las evidencias, y estas nos demuestran que, cada día, aun distraídos por la crisis de la pandemia, se pone en entredicho la integridad de España, en el Parlamento de Cataluña y en el Parlamento nacional, y que la política de concesiones del actual gobierno de Pedro Sánchez parece no tener fin.

**4.** Pero, ¿qué opinan muchos españoles de a pie no nacionalistas, esos que, sin quererlo, nos acrecientan la sensación de orfandad? Aunque sea triste reconocerlo, priva la indiferencia, como si se tratara de un problema ajeno; esto es producto de la constante tarea que ha venido llevando a cabo el Régimen de la Primera Transición, anulando o enfriando cualquier referencia al patriotismo. Otros se limitan a considerarlo en su superficialidad, sea achacándolo a intereses económicos *de los catalanes* (y no de la oligarquía nacionalista) o *reputándolo de artificial*.

Con relación a estas posturas, podemos volver a un texto clásico del orteguiano José Antonio (30-XI-34):

Yo no conozco manera más candorosa y aun *más estúpida de ocultar la cabeza bajo el ala, que la de sostener, como hay quienes sostienen, que ni Cataluña tiene lengua propia, ni tiene costumbres propias, ni tiene historia propia, ni tiene nada [...]*. Cataluña existe con toda su individualidad, y muchas regiones de España existen con su individualidad, y si queremos conocer cómo es España y si queremos dar una estructura a España, tenemos que arrancar de lo que España en realidad nos ofrece, y precisamente el negarlo, además de la torpeza que antes os decía, envuelve la de plantear el problema en el terreno más desfavorable para quienes pretenden defender la unidad de España, porque si nos obstinamos en negar que Cataluña y otras regiones tienen características propias, es porque tácitamente reconocen que esas características justifican la nacionalidad [...]. La justificación de España es cosa distinta, España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal.

También advirtió del peligro de conceder Estatutos de autonomía cuando no esta-

ba bien arraigado el sentido de la unidad española en esos territorios; si, por el contrario, estaba arraigado, podían existir cuantas autonomías fueran necesarias. Y en este punto fue donde empezó a fallar el planteamiento nacido en el 78: además del agravio contenido en la idea de los *derechos históricos* y de la división entre *nacionalidades* y *regiones*, el Régimen, carente también de ese *movimiento ascensional* que pedía Ortega, priorizó lo localista sobre lo general, fue vaciando de contenido al Estado y entregó las nuevas administraciones territoriales a las oligarquías de signo separatista; estas fueron creando, a su vez, una red de clientelismo (la *España subvencionada*), usaron los *hechos diferenciales* como ariete político y, en definitiva, *especularon con la sentimentalidad del pueblo*, del que ha «picado» en estos momentos un 52% de los votantes.

**5.** No busquemos, pues, las razones de insolidaridad y *apartismo* (Ortega de nuevo) en las características propias de cada territorio español; no son culpables ni la lengua catalana, ni el euskera, ni los restos venerables de la *fabla* o del *bable*, ni los usos y costumbres de cada lugar. Por el contrario, las hallaremos fácilmente en la irresponsabilidad de los partidos del Régimen y en la ausencia en este de un proyecto ilusionante de vida en común; estos partidos, además, se han ido encargando de decapitar a aquellas cabezas que mostraban firmeza en caminos de rectificación y denunciaban los abusos separatistas.

Podemos nosotros tener claros los medios que deberían emplearse: redefinición de las competencias otorgadas a las CC.AA., revisión a fondo del Título VIII de la Constitución, firmeza ante los excesos de las oligarquías gobernantes, aplicación de las leyes y comprensión ante los *hechos diferenciales*....: aquel *ni secar las fuentes ni dejarse arrastrar por los torrentes*, del catalán Eugenio d'Ors.

También podemos nosotros tener claros los objetivos o ideales: que las autonomías no se opongan a la unidad de España, que lo nacional prevalezca sobre lo localista, que se instale la solidaridad entre las regiones, que se respete íntegramente la igualdad de derechos y deberes ante la ley de todos los españoles, que no existan privilegios para ninguna Comunidad Autónoma, que se disuelva el nuevo centralismo burocrático de las regiones en favor de verdaderas autonomías de las comarcas y municipios... No obstante, vista la situación, todo esto no deja de ser un brindis al sol, máxime cuando estamos inmersos en el proceso imparable de una *Segunda* (o *tercera*) *transición*, que pone en entredicho al propio Estado y a sus instituciones.

Debemos –eso sí está en nuestras manos– profundizar en las causas del problema y llevar a cabo una paciente tarea de educación en nuestros entornos más próximos, tanto si estamos inmersos en territorios donde predomina el sentimiento nacionalista como si consideramos que el nuestro está limpio de esas formas de abducción.

El objetivo de esta paciente y laboriosa misión es que vaya desapareciendo el sentimiento de *orfandad*, no solo de nosotros los catalanes, sino de todos los españoles que van advirtiendo como en sus respectivos lugares se extiende la desafección por la patria común, aumentan los síntomas de indiferencia y de dejadez, crecen *los genios de la disgregación*, que se esconden bajo los hongos de cada aldea y, en suma, se deja de pensar y de sentir esa realidad irrevocable que se llama España.

Quizás no podamos cambiar con nuestras fuerzas la orientación de un Régimen, pero sí la de una sociedad. ●



# EL TOTALITARISMO EN ORWELL

**RICARDO MARTÍNEZ CAÑAS**

Doctor en Geografía e Historia y ex profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

La deriva totalitaria implícita en algunas disposiciones de nuestros actuales gobernantes presenta, aunque en grado incipiente, tales analogías con la acción que Orwell desarrolló en su novela titulada *1984* que, algo alarmado, he decidido escribir este artículo para mostrar, por una parte, el depurado concepto y terribles caracteres que de un régimen totalitario maduro presenta Orwell en dicha novela y, por otra, a la vista de sus imágenes, señalar dichas analogías para que cada lector juzgue sobre ellas.

George Orwell es el seudónimo asumido por el escritor y periodista Eric Arthur Blair (Motihari, India, 1903/Londres, 1950), que ocultó así, desde su primer libro, titulado *Sin blanca en París y Londres* (1933), el carácter autobiográfico propio de gran parte de sus obras<sup>1</sup>. Según él mismo cuenta en su *Homenaje a Cataluña*, vino a España a finales de diciembre de 1936 «con el proyecto de escribir artículos periodísticos», pero, llegado a Barcelona, se alistó en el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) para luchar en aquella guerra civil española. Fue destinado al frente de Huesca, donde estuvo hasta que, en mayo de 1937, regresó con un tiempo de permiso a Barcelona, donde participó en las luchas intestinas promovidas por el Gobierno y el PSUC contra el POUM y la CNT. Volvió después al frente y fue herido de gravedad en el cuello, lo cual le llevó, convaleciente, de nuevo a Barcelona, de donde hubo de huir para evitar ser apresado por las citadas luchas<sup>2</sup>. Este conjunto de vivencias parecen reflejarse en varias de sus publicaciones posteriores como, por ejemplo, dicho *Homenaje a Cataluña*, publicada en el año 1938; *Recuerdos de la guerra de España*, en 1942; *Rebelión en la granja*, en 1945; y en 1949, tras su actividad periodística durante la Segunda Guerra Mundial, pocos meses antes de morir, la novela titulada *1984*, su última y más prestigiosa obra, en cuyo contenido me voy a centrar especialmente aquí.

Pero antes quiero señalar, por considerarlo relevante para su formación y ulteriores preocupaciones antitotalitarias, que Orwell, durante sus estudios en la universidad de Eton, tuvo como profesor de idioma francés a Aldous Huxley<sup>3</sup>. Escritor éste que, ya en el año 1932 publicó su *Un mundo feliz*, obra en la que desarrollaba una imagen del antihumano totalitarismo a que algún día podría llegarse si los futuros gobernantes aplicaban el previsible progreso tecnológico a potenciar los indeseables regímenes políticos que entonces representaban Stalin, Mussolini y, en ciernes, Hitler. Su influencia en Orwell se hace evidente al ver que si Huxley había presentado en su *Un mundo feliz* una especie de granja de seres humanos, cultivados y condicionados por procedimientos bioquímicos y psicológicos hasta determinarles conductas semejantes a las

<sup>1</sup> Biografía accesible en <https://www.fnac.es/George-Orwell/ia91986/biografia>.

<sup>2</sup> Texto accesible en [https://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/libros/George%20Orwell%20-%20Homenaje%20a%20Catalu%c3%b1a.pdf](https://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/libros/George%20Orwell%20-%20Homenaje%20a%20Catalu%c3%b1a.pdf). ORWELL, GEORGE: *Homenaje a Cataluña*. Cap. I.

<sup>3</sup> En <https://www.fnac.es/George-Orwell/ia91986/biografia>.

de un instinto animal, Orwell presentaría en su *Rebelión en la granja* un mundo de animales que se comportaban de modo similar a los humanos. Por otra parte, así como Huxley deja en su *Un mundo feliz* una *reserva* en la que los humanos siguen viviendo de modo natural, Orwell, análogamente, deja menos controlado el bajo estrato social de los *proles*, señalando en ellos una misma esperanza de conservación de la naturalidad y valores humanos.

Dicho esto, y centrándonos ya en *1984*, es notable que Orwell llamó al protagonista Winston Smit, nombre muy presente en su coetánea Inglaterra y apellido muy común en la sociedad inglesa, que se supone evolucionada e integrada en el llamado INGSOC («socialismo inglés») de *1984*. Este protagonista se ve sometido a *los principios* de dicho *socialismo*, cuyo desarrollo genera una asfixiante vigilancia e intervención totalitaria entre cuyos ingredientes señala Orwell: unos omnipresentes cartelones, en los que se veía la enorme «cara de un hombre [...] con un gran bigote y facciones hermosas y endurecidas» (evocadores del bigote y facciones de Stalin), a cuyo pie se leía: «EL GRAN HERMANO TE VIGILA»; unas *tele-pantallas* que por todas partes vigilaban a la vez que incansablemente emitían propaganda del Partido, pues «La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente»; unos *autogiros* portadores de policías que (cual si Orwell previera los actuales y versátiles *drones*) vigilaban a la gente por sus ventanas y balcones, en relación con los cuales, y con los demás medios, se hallaba la temible *Policía del Pensamiento*, que perseguía los crímenes mentales, pues «a los ojos del Partido no había distinción alguna entre los pensamientos y los actos»; había también una discrecional intervención telefónica, en cualquier momento; y, además de abundantes micrófonos ocultos, un ubicuo espionaje personal (organizado en expresas y *educadoras* asociaciones, que incluían niños), cuya función podía ser ejercida por quienes los espías consideraban más fiables, incluso los hijos, educados por el Estado y concedores de lo que ocurriera en la intimidad familiar. En fin, medios que son reflejo, en sí mismos, de que, según resume Orwell, «Tenía usted que vivir –y en esto el hábito se convertía en instinto– con la seguridad de que cualquier sonido emitido por usted sería registrado y escuchado por alguien y que, excepto en la oscuridad, todos sus movimientos serían observados»<sup>4</sup>. Es decir, unos medios de propaganda, vigilancia y control que inducen a pensar lo que, dados los medios hoy existentes, podría realizarse si continúa aumentando la tendencia a intervenir que, especialmente en el ámbito electrónico y en los controles anti-pandemia, empieza a manifestarse.

Aquel asfixiante ambiente se complementa con las referencias a las sórdidas imágenes de un Londres supuestamente empobrecido por aquel régimen, con chozas o casuchas *decrépit*as, calles sucias y desahuciables, y carencia de casi todo. Sus imágenes contrastan con las de los ministerios de la *Verdad*, de la *Paz*, del *Amor* y de la *Abundancia*, que en la *neolengua* de aquel supuesto *superestado* llamado *Oceanía* se conocían, respectivamente, con los nombres de *Miniver*, *Minipax*, *Minimor* y *Minindancia*, cuyos gigantescos edificios *aplastaban* a todas las casas de sus alrededores. Por otra parte, el *doblepensar* habitual se reflejaba en «las tres consignas del Partido», que se veían desde lejos en la enorme y maciza pared de «cemento armado blanco y reluciente» de El Ministerio de la Verdad: «LA GUERRA ES LA PAZ / LA LIBERTAD ES LA EXCLAVITUD / LA IGNORANCIA ES LA FUERZA». A todo lo cual se unía la difícil entrada en aquellos

<sup>4</sup> ORWELL, GEORGE: *1984*. Salvat, Estella, 1970, pp. 11-12 y 185.

ministerios, rodeados con alambre de espino, puertas de acero y ocultos nidos de ametralladoras, con pasillos intrincados e inacabables, llenos de vigilantes y controles policiales... (1984, Cit., pp. 11-12. En adelante, cuando sólo se trate de esta obra, no anotaré más que el número de la página en que se halla el texto citado).

El contexto geopolítico en que se desarrolla tal régimen lo indica Orwell diciendo que, según se había «previsto [...] antes de mediar el siglo xx» (recordemos que su novela es de 1949), el mundo se había organizado en *tres grandes superestados*: *Eurasia*, que comprendía «toda la parte norte de la masa terrestre europea y asiática, desde Portugal hasta el Estrecho de Bering»; *Oceanía*, que estaba integrada por «las Américas, las islas del Atlántico, incluyendo a las Islas Británicas, Australasia y África meridional»; y *Asia Oriental*, que incluía «China y los países que se hallan al sur de ella, las islas del Japón y una amplia y fluctuante porción de Manchuria, Mongolia y el Tibet» (pp. 143-144). Es decir, un trío (con EE.UU., Rusia y China) no muy distinto del actual, cuando tanto se habla de la conveniencia o no de la globalización.

Orwell da por supuesta la significativa e importante circunstancia de que, en 1984, estos «tres superestados, en una combinación o en otra, están en guerra permanente y llevan así veinticinco años». Pero esta guerra continua no pretendía aniquilar al enemigo de turno, ni cambiar el orden mundial, pues tales superestados «no se hallan divididos por diferencias ideológicas claras». Además, «el equilibrio de poder no se altera apenas». Lo cual no obstaba para que «el histerismo bélico» fuera «continuo y universal», con saqueos, matanzas, etc. Los tres guerreaban constantemente por los valiosos minerales y mano de obra barata existentes [escribe Orwell] en un territorio que no pertenecía «de un modo permanente a ninguno de ellos» y se extendía dentro de «un cuadrilátero, con sus ángulos en Tánger, Brazzaville, Darwin y Hong-Kong, que contiene casi una quinta parte de la población de la Tierra», así como por «las zonas polares» (pp. 144-146).

Esto no obstante, lo destacado es que los objetivos de aquella guerra se orientaban sobre todo a la conservación del orden interno en cada Estado. El estado de guerra, como el de alarma ocasionado por una pandemia (sea ésta por Covid-19 o por otra enfermedad), permite muchas más acciones e intervención social a los gobernantes y muchas menos rebeldías y resistencias a los gobernados. Las analogías entre los efectos de una guerra y los de una pandemia son tales que pueden inducir a pensar que, según dicen algunos por ahí, lo que estamos sufriendo tiene algo de *plandemia*. Según Orwell, aquella guerra carecía de objetivos de conquista o derrota, y aquellos superestados, más que combatirse, procuraban con ella mantener sus sociedades jerarquizadas y sumisas. Se trataba de evitar un general enriquecimiento que permitiera a los más pobres estudiar, educarse y, tras ello, intentar, y quizás lograr, sustituir a los que se hallaban arriba: «El problema [explica] era mantener en marcha las ruedas de la industria sin aumentar la riqueza real del mundo. Los bienes habían de ser producidos [para mantener el dinamismo], pero no distribuidos. Y, en la práctica, la única manera de lograr esto era la guerra continua». Ella permitiría consumir todo lo que sobrase «después de haber cubierto unas mínimas necesidades de la población». Además «un estado general de escasez aumenta la importancia de los pequeños privilegios y hace que la distinción entre un grupo y otro resulte más evidente». Es decir, se refuerza la jerarquización. Y, con ello, «La atmósfera social es la de una ciudad sitiada, donde la posesión de un trozo de carne de caballo establece la diferencia entre la riqueza y la

pobreza. Y, al mismo tiempo, la idea de que se está en guerra, y por tanto en peligro, hace que la entrega de todo el poder a una reducida casta parezca la condición natural e inevitable para sobrevivir» (p 148). Pero, ¿acaso no se produce análogo empobrecimiento y peligro, y la consiguiente entrega de poderes especiales al Gobierno, con la pandemia, o *plandemia*, que sufrimos?

En cuanto a la concreta estructura social de aquel superestado llamado Oceanía, señala Orwell que: «En el vértice de la pirámide está el Gran Hermano», que «es infalible y todopoderoso». Es «la concreción con que el Partido se presenta al mundo. Su función es actuar como punto de mira para todo amor, miedo o respeto, emociones que se sienten con mucha mayor facilidad hacia un individuo que hacia una organi-



*El mundo feliz*

zación. Detrás del Gran Hermano se halla el Partido Interior», que es *el cerebro del Estado* e integra a «menos del seis por ciento de la población de Oceanía». Después «tenemos el Partido Exterior», que, análogamente, puede considerarse *las manos* del Estado. «Más abajo se encuentra la masa amorfa de los proles, que constituyen quizá el 85 por ciento de la población» (p 159). Y, según señala Orwell, esa estructura social y «las condiciones de vida de los tres superestados son casi las mismas» (p 152). Observemos que esa concentración de todo el poder político en el Partido se produciría también en España si el partido gobernante, que en nuestro régimen parlamentario reúne los poderes Legislativo y Ejecutivo, consiguiera, como parece pretender, controlar también el Judicial.

La situación sociopolítica de 1984 se había producido tras sucesivas revoluciones en que los Medianos desplazaban a los Altos, llevando consigo a los Bajos mediante promesas de libertad y justicia, pero en ninguna se había «conseguido acercarse ni un milímetro a la igualdad humana». Con esa experiencia, en el siglo xx se acabó aceptando que los hombres no eran ni serían nunca iguales y que las sociedades habían de ser

jerárquicas, para que cada cual desempeñase en ellas las funciones adecuadas a sus capacidades. Así, «los nuevos grupos de Medianos proclamaron de antemano su tiranía», propugnaran en su asalto al poder la dictadura del proletariado o cualquier otra. Desacreditada la ya vieja idea de un *paraíso* terrenal por las prácticas represoras de quienes, antes de alcanzar el poder, la defendían, en «cada variante de socialismo aparecida a partir de 1900 se abandonaba más abiertamente la pretensión de establecer la libertad y la igualdad» (pp. 155-156). Resultó así que, «hacia la década cuarta del siglo xx [según dice Orwell, refiriéndose al parecer a la llamada *era de las dictaduras*], todas las corrientes de pensamiento político eran autoritarias»<sup>5</sup>. Años después, tras algunas guerras y cambios, el Ingsoc y sus rivales surgieron «cómo teorías políticas inconmovibles» e hicieron más eficaces los anteriores sistemas *llamados totalitarios*, a los que superaban en la «consciencia de lo que estaban haciendo» y en la mayor intensidad con que se dedicaban «a aplastar a la oposición. Esta última diferencia [destaca Orwell, y algunos parecen querer imitarlo] era esencial. Comparadas con la que hoy existe [escribe Orwell, refiriéndose a 1984], todas las tiranías del pasado fueron débiles e ineficaces». Dados los medios técnicos que prevé disponibles, el Estado, dice, podía tener vigilados a sus ciudadanos las 24 horas del día, a la vez que «rodeados sin cesar por la propaganda oficial. [...] Por primera vez en la Historia existía la posibilidad de forzar a los gobernados, no sólo a una completa obediencia a la voluntad del Estado, sino a la completa uniformidad de opinión» (p 157). El hecho de que la tendencia a ese control se entrevea y sea técnicamente posible también hoy, 2021, hace necesarios, a mi ver, contrapesos e instituciones sociales que le impidan prosperar.

En la previsión de Orwell, el nuevo grupo de Altos que habría surgido del «período revolucionario entre los años cincuenta y tantos y setenta [...] sabía lo que necesitaba hacer para salvaguardar su posición». Era ya conocido, dice Orwell, que «la base más segura para la oligarquía es el colectivismo. La riqueza y los privilegios se defienden más fácilmente cuando se poseen conjuntamente. La llamada *abolición de la propiedad privada*, [...] quería decir que la propiedad iba a concentrarse en un número mucho menor de manos que anteriormente, pero con esta diferencia: que los nuevos dueños constituirían un grupo en vez de una masa de individuos. Individualmente, ningún miembro del Partido posee nada, excepto insignificantes objetos de uso personal. Colectivamente, el Partido es el dueño de todo lo que hay en Oceanía, porque lo controla todo y dispone de los productos como mejor se le antoja». Expropiados los capitalistas en el inicial «acto de colectivización», todo sus bienes habían pasado a ser propiedad pública y, por tanto, a manos del Partido (p 158).

Tenemos, pues, que el Partido, encabezado por El Gran Hermano, concentraba todo el poder político del Estado, lo cual se aceptaba mejor por el estado de guerra; tenía también el control de toda la propiedad, antes privada y ahora pública; y todos los medios de vigilancia, propaganda y manipulación, cuyo alcance se muestra terrible. Es una casi plenitud de la idea totalitaria, que alcanza su cenit en la intervención que ahora veremos.

Aunque, según dice Orwell, «El mundo de hoy [1984], si lo comparamos con el anterior a 1914, está desnudo, hambriento y lleno de desolación» (p 146), y en aquel Londres empobrecido se carecía de alimentos, bebidas y otros productos de uso coti-

<sup>5</sup> ORWELL, GEORGE: 1984. Cap. IX. Accesible en <https://freeditorial.com/es/books/1984>. Tomo de esta Ed. el texto que entrecomillo porque no se halla en el mismo párrafo (p 156) de la edición que vengo citando.

diano, que a veces se podían adquirir clandestinamente, exponiéndose al castigo, en el *mercado negro*, eran constantes las referencias *informativas* oficiales a la creciente abundancia de todo. Pero nadie podía contradecir esas referencias, puesto que los medios de comunicación estaban en manos del Gobierno. Además, no cabía comparación, pues todo escrito, documento, monumento o cualquier otra huella anterior a la Revolución iban siendo sistemáticamente borrados y reelaborados. Así, si alguien conocía o recordaba todavía algo disconforme con la *información* oficial procuraba que no se le notase, pues ese algo sólo tenía existencia en su mente, sería indemostrable, y se enjuiciaría por el Partido como *crimen mental* o falsa acusación, lo cual conllevaba interrogatorio, tormento y muerte (pp. 84-85).

De ahí las angustias atribuidas al protagonista, Winston Smit, cuyo trabajo en el Ministerio de la Verdad consistía en modificar todo tipo de documentos con arreglo a las nuevas indicaciones que se le hacían y que, como tenía edad para recordar vagamente algunos hechos de su niñez, iba conociendo aquella constante falsificación, aunque la seguía practicando aterrado ante la idea de que algún error reflejase su crimen mental (*crimental* en *neolengua*). Él sabía que toda huella o referencia a un hecho histórico había de ser actualizada de acuerdo con lo que el Partido diera por cierto en la nueva situación, y la actualización había de hacerse tantas veces como la situación cambiase, ya que el Partido se decía infalible y tenía que demostrar que lo era. Según dice Orwell (con algún eco práctico en nuestro presente), «Este proceso de continua alteración no se aplicaba sólo a los periódicos, sino a los libros, revistas, folletos, carteles, programas, películas, bandas sonoras, historietas para niños, fotografías, es decir, a toda clase de documentación o literatura que pudiera tener algún significado político o ideológico. Diariamente y casi minuto por minuto, *el pasado era puesto al día* [cursiva mía]. De este modo, todas las predicciones hechas por el Partido resultaban acertadas según prueba documental. Toda la historia se convertía así en un palimpsesto, raspado y vuelto a escribir con toda la frecuencia necesaria. En ningún caso habría sido posible demostrar la existencia de una falsificación» (p 41).

En esta tarea no había órdenes de falsificación, sino de rectificación o corrección de supuestos errores. Cada cual hacía su trabajo por separado, sin reunirse en grupo o equipo, lo cual habría evidenciado el fraude. Pero, «Muy probablemente [pensaba Winston], una docena de personas trabajaban al mismo tiempo en distintas versiones rivales para inventar lo que el Gran Hermano había dicho *efectivamente*». Después, algún cerebro superior elegiría y retocaría «esta o aquella versión» y, al fin, «la mentira elegida pasaría a los registros permanentes y se convertiría en la verdad» (p 44).

Este borrado y falsificación de la historia se extendía a todo tipo de productos pretéritos. Cualquier construcción importante se decía automáticamente que había sido construida después de la Revolución, mientras que «Los siglos de capitalismo no habían producido nada de valor». De ahí que, «Era imposible aprender historia a través de los monumentos y de la arquitectura. Las estatuas, inscripciones, lápidas, los nombres de las calles, todo lo que pudiera arrojar alguna luz sobre el pasado, había sido alterado sistemáticamente» (pp. 81-82). Es inevitable relacionar esto con la posible intención de lo que actualmente se está haciendo en España con los nombres de las calles y con tantas otras cosas. Supongamos, por ejemplo, que se empieza a decir que *las casas baratas*, los pantanos, la seguridad social, etc. etc., etc., son realizaciones recientes, posteriores desde luego a la época del general Franco. Quienes tenemos

más de 80 años sabemos, porque lo hemos visto y vivido, que dichas casas y pantanos se construyeron bajo aquel régimen y que nuestros mayores, incluso los trabajadores del campo, cobraban ya entonces sus pensiones de jubilación, sus indemnizaciones por accidentes de trabajo, etc. etc. Por muy grave *crimental* que fuera en el totalitario ambiente del INGSOC nos sería imposible evitar este pensamiento, al igual que nos lo es en la España actual, aunque no falten quienes oculten estas verdades y/o las asocien a connotaciones de grave disconformidad con *lo políticamente correcto*.

Hoy todo eso es demostrable, y sabiéndolo debemos reconocerlo. Pero, con el tiempo, nada se podría demostrar, pues «cuando la memoria fallaba y los testimonios escritos eran falsificados [escribe Orwell], las pretensiones del Partido de haber mejorado las condiciones de la vida humana tenían que ser aceptadas necesariamente porque no existía ni volvería nunca a existir un nivel de vida con el cual pudieran ser comparadas». Sólo por casualidad se hallaba a veces en *Oceanía* algún objeto, ya extraño, cuyo origen se desconocía y cuya calidad y/o belleza llamaban la atención, pero interesarse por ellos generaba graves sospechas y vigilancia de la Policía del Pensamiento, pues ello sugería la creencia de que el capitalismo había ocasionado algo bueno (pp. 78 y 79-82).

Mas tal vigilancia y control no bastaba al totalitarismo que Orwell denuncia y teme. En aquel proceso no sólo se destruían los objetos materiales. Se destruía y alteraba todo lo relativo al pretérito: objetos e instituciones, gentes, personas, hechos, ideas y sentimientos. Se aspiraba a eliminar toda relación interpersonal humana y a que sólo perviviese la adhesión al Partido. No se exigía sólo la obligada sumisión pública, sino el amor y leal adhesión privada. De ahí su manipulación y empleo del *instinto sexual y familiar* para espiar la intimidad. Pero la disensión, mayor o menor, se muestra inevitable en la diversidad social. Winston recordaba con añoranza los sentimientos humanos de su madre. Veía en ellos «una especie de nobleza, de pureza, sólo por el hecho de regirse por normas privadas. Los sentimientos de ella eran realmente suyos y no los que el Estado le mandaba». De acuerdo con ellos, cuando se quería a alguien, «si no había nada más que darle, siempre se le podía dar amor». En las relaciones humanas, «un abrazo, una lágrima, una palabra cariñosa dirigida a un moribundo, poseían un valor en sí». Quizás por eso, el Orwell/Winston no da todavía por irremisiblemente perdidos esos valores, ya que añade: «De pronto pensó Winston que los proles seguían con sus sentimientos y emociones. No eran leales a un Partido, a un país ni a un ideal, sino que se guardaban mutua lealtad unos a otros. Por primera vez en su vida, Winston no despreció a los proles ni los creyó sólo una fuerza inerte. Algún día muy remoto [y aquí muestra Orwell su antes aludida esperanza análoga a la de Huxley] recobrarían sus fuerzas y se lanzarían a la regeneración del mundo. [...] Los proles son humanos. [...]. Nosotros, en cambio, [dice pensar Winston, refiriéndose a los miembros del Partido], no somos humanos» (pp. 106 y 129).

Con esta sensación, Winston vivía en un continuo y cauteloso fingimiento, sin dejar, en una especie de *sin vivir*, que su pensamiento fluyera libremente por miedo a que, en algún descuido, se descubriera su mental rechazo hacia aquel régimen político. Su continuo fingir incluía, además de su trabajo, sus forzada asistencia a centros y reuniones como buen y entusiasta ciudadano del INGSOC, manifestar colectivamente su odio al enemigo durante los reglamentados minutos diarios dedicados a ese fin, y especialmente en la preparación y celebración de las llamadas *Semana del Odio*.

Una de estas *Semanas del Odio* contra *Eurasia*, sirve de ejemplo para mostrar otro aspecto de la falsificación de la historia: hecha la paz con ella, se pasa a la guerra contra *Asia Oriental*, con lo que todas las manifestaciones de la *Semana del Odio* (insultos, carteles, documentos y demás alusiones) deben cambiarse hacia ésta, afirmando todos que la guerra y la alianza siempre habían sido así. Tras el trabajo de Winston y de sus compañeros en el Ministerio de la Verdad no queda «en toda Oceanía ni una sola referencia a la guerra con Eurasia ni a la alianza con Asia Oriental». Según señala Orwell, aquella auto-aniquilante ficción tenía a Winston agotado. Pero «Es curioso



*Guardadores de la libertad*

[observa, destacando el envilecedor efecto del mentir] que no le preocupara el hecho de que todas las palabras que iba murmurando en el *hablescribe*, así como cada línea escrita con su *lápizpluma*, era una mentira deliberada. Lo único que le angustiaba era el temor de que la falsificación no fuera perfecta, y esto mismo les ocurría a todos sus compañeros». Realizaban así «una hazaña que nadie podría mencionar nunca». Y con ella, «Era imposible ya que ningún ser humano pudiera probar documentalmente que la guerra con Eurasia había sucedido» (pp. 142 y 143). Este afán de falsificar la historia, tan reiteradamente denunciado por Orwell, parece no haberse extinguido, y sigue siendo hoy tan preocupante y lesivo para la verdad como entonces.

Pero todo tiene un límite. Winston, que estaba casado y sin esposa, porque ésta huyó de él, dominada por el desamor y la frigidéz exigida por el Partido, que prohibía el placer incluso en la procreación, se topa con el amor que Julia, en forma arriesgada y sofisticadamente oculta le manifiesta. Enamorado, aunque su condición de casado lo hacía punible, intercambia sus ideas con Julia, que coincide con él en lo sustancial, tiene varios encuentros clandestinos con ella y, fortalecido así su ánimo y su modo de pensar, empujado hacia el natural vivir humano, arriesga más y más, hasta llegar



a entrevistarse con el político O'Brien, que es miembro del Partido Interior y parece ocultar ideas y actitudes semejantes a las suyas. Le manifiestan su deseo de afiliarse a la *Hermandad* de resistencia en que le suponen influyente, comprometiéndose, un tanto irreflexiva y desesperadamente, a realizar cualquier acto, por vil y cruento que fuese, para liberarse del totalitarismo que sufrían.

Winston confirma y refuerza todavía más su actitud crítica mediante la lectura de un libro prohibido de Historia (prestado ladinamente por O'Brien) en el que, junto a gran parte de sus anteriores observaciones, se hacen notar abundantes contradicciones en la conducta de aquel Partido colectivista que, sin embargo, rechaza y envilece los anteriores principios del movimiento socialista; «Predica el desprecio de las clases trabajadoras» (los proles), pero *uniforma* a sus miembros con el *mono azul*; «socava la solidaridad de la familia y al mismo tiempo llama a su jefe supremo» El Gran Hermano; y semejante contradicción hay entre los nombres de sus ministerios y lo que producen: el de la Paz-guerra, el de la Verdad-mentira, el del Amor-tortura, y el de la Abundancia-hambre. Pero estas contradicciones «no son accidentales», sino «ejercicios de doblepensar» tendentes a que «el estado mental predominante sea la locura controlada», ya que «sólo mediante la reconciliación de las contradicciones [propia de ese doblepensar o locura] es posible retener el mando indefinidamente» (p 165).

Con estas lecturas, Winston se reafirma en su idea de que la verdad existe. Ya no se siente un loco, aunque la tenga que defender él solo. *La cordura*, piensa, *no depende de la estadística*. Pero entonces resulta que O'Brien pertenecía a la Policía del Pensamiento, los estaba vigilando, y pocos días después los apresa e inicia su terrible interrogatorio y tormento.

Orwell, que había dedicado la *parte primera* de *1984* a la presentación del ambiente totalitario, de los personajes y de las dificultades de cualquier atisbo de vida humana en él, y la *segunda* a la agravación de dichas dificultades en las relaciones amorosas, más vigiladas por el temor totalitario al personal refuerzo o sinergia mental y anímica que a dichas relaciones se atribuye, inicia entonces su *parte tercera*, dedicada al análisis de distintos modos, aspectos y fines del tormento durante el interrogatorio.

Tras unas cuantas sesiones en que se describen terribles imágenes de tormento físico y mental, Winston, como solía ocurrir a todos, «se había convertido en un muñeco: una boca que afirmaba lo que le pedían y una mano que firmaba todo lo que le ponían delante. Su única preocupación consistía en descubrir qué deseaban hacerle declarar para confesarlo inmediatamente antes de que empezaran a insultarlo y a amenazarlo» (pp. 184-185). O'Brien, que es su antagonista y quien dirigía todo, se le mostraba «su atormentador, su protector, su inquisidor y su amigo» (p 186). Las conversaciones que entre uno y otro se suponen durante el interrogatorio y tormento sirven a Orwell para perfeccionar su expresión de la idea de totalitarismo. Señala que todo miembro del Partido, como lo era Winston, había de ser creyente de su doctrina. Si recordaba, pensaba o veía algo que era contrario a ella o a lo dicho por el Partido era porque estaba enfermo, y esto es lo que le pasaba a Winston: recordaba guerras y documentos que, según el Partido/O'Brien, nunca habían existido. Recordaba personas inocentes de las que, tras ser condenadas y *vaporizadas*, no se sabía que hubieran existido. Winston tenía que *aprender* a practicar el *doblepensar*: decir, pensar y *saber* que la misma cuestión era *sí* o *no*, según lo que dijera el Partido en cada momento. La realidad sólo existía en la mente del Partido. Esto era así porque, destruidos los docu-

mentos, el pasado sólo existía en la mente humana; pero «No en la mente individual, que [le dice O'Brien] puede cometer errores y que, en todo caso, perece pronto. Sólo la mente del Partido, que es colectiva e inmortal, puede captar la realidad. Lo que el Partido sostiene que es verdad es efectivamente verdad. Es imposible ver la realidad sino a través de los ojos del Partido. Este es el hecho que tienes que volver a aprender, Winston. Para ello [le explica O'Brien, reflejando la ironía y repulsa de Orwell] se necesita un acto de autodestrucción, un esfuerzo de la voluntad. Tienes que humillarte si quieres volverte cuerdo» (pp. 187-189). ¿Verdad que cuando uno oye afirmar tantas veces una cosa y su contraria se siente solidario con Winston? Pues bien, ya tenemos la *posverdad*.

Y como el ser humano Winston se resiste a su *autodestrucción*, se hace necesario el tormento. Viendo el fanatismo y seguridad con que hablaba su, pese a todo, admirado O'Brien, llegaba a dudar Winston de si realmente existiría *aquella demencial dislocación de los pensamientos*. En todo caso, con ella se cumplía la consigna del Partido, que, según le hace recordar O'Brien, decía: «El que controla el pasado controla el futuro; y el que controla el presente controla el pasado». Así, pues, como el Partido controlaba el *presente* (con todo el poder político estatal, su exhaustiva vigilancia, propaganda, etc.), controlaba también el *pasado* (del que sólo dejaba o construía los documentos y huellas que deseaba), y, por tanto, controlaba igualmente el *futuro* (que sería función de sus acciones). ¿Verdad que esta actitud parece tener ecos alarmantes?

Winston, desfallecido, dudaba, no sabía si veía cuatro dedos o cinco, pero no podía renunciar a su razón, no aprendía ni aceptaba la práctica del *doblepensar*. De ahí la continuidad del tormento que, de acuerdo con las irónicas *contradicciones* señaladas por Orwell, recibía en el Ministerio del Amor, al que lo habían llevado, le dice O'Brien, «¡¡Para curarte!! ¡¡Para volverte cuerdo!!» (pp. 88 y 191-192).

Tal tratamiento era indispensable para asegurar la perpetuación de aquel régimen, según explica O'Brien a Winston: «Lo primero que debes comprender [le dice] es que éste no es un lugar de martirio». Se trata de no cometer los errores de las persecuciones antiguas ni de la Inquisición medieval, con las que «por cada hereje quemado han surgido otros miles de ellos». Esto ocurría, dice, porque los mataban cuando aún no se habían arrepentido ni abandonado sus creencias heréticas, y «así toda la gloria pertenecía a la víctima y la vergüenza al inquisidor que la quemaba. Más tarde, en el siglo xx, han existido los totalitarios, como los llamaban: los nazis alemanes y los comunistas rusos. Los rusos persiguieron a los herejes con mucha más crueldad que ninguna otra inquisición». Pensaban, añade, «que habían aprendido de los errores del pasado», y «sabían que no se deben hacer mártires». De ahí que «Antes de llevar a sus víctimas a un juicio público, se dedicaban a destruirles la dignidad. Los deshacían moralmente y físicamente»; y todos se acusaban entre sí y a sí mismos de lo que fuera para evitar el tormento. Pero aquello no fue eficaz, «porque las confesiones que habían hecho eran forzadas y falsas». En cambio, afirma O'Brien, «Todas las confesiones que salen de aquí son verdaderas. Nosotros hacemos [afirma] que sean verdaderas». Además, nadie podría reivindicar las huellas de Winston. «La posteridad [le espeta O'Brien] no sabrá nada de ti. [...] No habrás existido»<sup>6</sup>. Este borrado o *vaporización* de la vida

<sup>6</sup> ORWELL, GEORGE: 1984., Cit., p 192. La falsedad de las declaraciones de los rusos represaliados por Stalin es también acreditada por CARR: EDWARD H.: *La Revolución rusa. De Lenin a Stalin, 1917-1929*. Barcelona, Altaya, 1996, pp. 220-221, donde, refiriéndolas, dice que dieron lugar a «procesos teatrales».

histórica, particular o general, para sustituirla por una versión inventada, es central, como vamos viendo, en la idea que Orwell da del régimen que dice prever para 1984. Es una forma de evitar, tanto hoy como entonces, críticas documentadas y el posible debilitamiento y caída de regímenes como aquel.

Pero hay, además, otro motivo por el que *corregir* a quien se considera que comete una *crimental*. Así lo ironiza Orwell, por boca de O'Brien: «Te explicaré por qué nos molestamos en curarte. Tú, Winston, eres una mancha en el tejido; una mancha que debemos borrar. [...] No nos contentamos con una obediencia negativa, ni siquiera con la sumisión más abyecta. Cuando por fin te rindas a nosotros, tendrá que impulsarte a ello tu libre voluntad». Esta idea se reitera una y otra vez: «Al hereje político le quitamos [dice O'Brien] todo el mal y todas las ilusiones engañosas que lleva dentro; lo traemos a nuestro lado, no en apariencia, sino verdaderamente, en cuerpo y alma. Lo hacemos uno de nosotros antes de matarlo». Esa es la diferencia con todo lo anterior: «Incluso la víctima de las purgas rusas [explica de nuevo O'Brien/Orwell, insistiendo en la acción comunista estaliniana] se llevaba su rebelión encerrada en el cráneo cuando avanzaba por un pasillo de la prisión en espera del tiro en la nuca. Nosotros, en cambio, hacemos perfecto el cerebro que vamos a destruir. La consigna de todos los despotismos era: *No harás esto o lo otro*. La voz de mando de los totalitarios era: *Harás esto o aquello*. Nuestra orden es: *Eres*. Ninguno de los que traemos aquí puede volverse contra nosotros. Les lavamos el cerebro» (p 193). ¿No hay cierta similitud con esto en la tendencia adoctrinadora de ciertas actividades, regionales y no regionales, que se dicen educativas, y en la propaganda y manipulación de las noticias y mensajes emitidos por algunos medios de comunicación? Y hasta es posible que quienes esto hacen lo hagan creyéndolo bueno, sin ánimo de engañar, según señala Orwell diciendo que Winston, viendo el fanático aspecto de la cara de O'Brien, pensó: «No está mintiendo, [...] no es un hipócrita; cree todo lo que dice» (p 193).

El objetivo de aquel régimen no era un supuesto bienestar general u otro ideal presente o futuro: «...el Partido quiere tener el poder por amor al poder mismo. No nos interesa [afirma O'Brien] el bienestar de los demás [...]. Todos los demás, incluso los que se parecían a nosotros, eran cobardes o hipócritas. Los nazis alemanes y los comunistas rusos se acercaban mucho a nosotros por sus métodos, pero nunca tuvieron el valor de reconocer sus propios motivos. Pretendían, y quizá lo creían sinceramente, [...] que a la vuelta de la esquina, como quien dice, había un paraíso donde todos los seres humanos serían libres e iguales. Nosotros no somos así. Sabemos que nadie se apodera del mando con la intención de dejarlo. El poder no es un medio, sino un fin en sí mismo. No se establece una dictadura para salvaguardar una revolución; se hace la revolución para establecer una dictadura». Es decir, se pretende un poder perpetuo y total. Los gobernantes «Somos [dice O'Brien] los sacerdotes del poder. [...] El poder es Dios». Esta idea se dice fundamentada en que «el poder es colectivo». De ahí la consigna de que *La libertad es la esclavitud*, puesto que, según explica O'Brien/Orwell, con ecos de *El Contrato Social* de Rousseau, el individuo puede salvaguardar cierta libertad haciéndose esclavo del Partido. Si es capaz de anular su identidad y de «fundirse con el Partido, de modo que él es el Partido, entonces será todopoderoso e inmortal» (pp. 198-199).

Esa fusión encierra la aniquilación del individuo: el poder del Partido se ejerce sobre el cuerpo y espíritu humanos. Se manifiesta viendo obedientes y sumisos a

quienes hace sufrir, pues *lo placentero puede obedecerse por voluntad propia* y no por ser la del Partido: «El poder radica en infligir dolor y humillación. [...] en la facultad de hacer pedazos los espíritus y volverlos a construir dándoles nuevas formas elegidas por ti». No se trata, pues, de producir amor ni bienestar general, sino dolor. Un mundo en el que la vigencia del poder se note en que persiste pese a que las únicas emociones serán «el miedo, la rabia, el triunfo y el auto-rebajamiento. Todo lo demás [dice O'Brien] lo destruiremos, todo». Y añade: «Ya estamos suprimiendo los hábitos mentales que han sobrevivido de antes de la Revolución. Hemos cortado los vínculos que unían al hijo con el padre, un hombre con otro y al hombre con la mujer. Nadie se fía ya de su esposa, de su hijo ni de un amigo. Pero en el futuro no habrá ya esposas ni amigos. Los niños se les quitarán a las madres al nacer, como se les quitan los huevos a la gallina cuando los pone. El instinto sexual será arrancado donde persista. La procreación consistirá en una formalidad anual como la renovación de la cartilla de racionamiento. Suprimiremos el orgasmo. Nuestros neurólogos trabajan en ello. No habrá lealtad; no existirá más fidelidad que la que se debe al Partido, ni más amor que el amor al Gran Hermano» (p 201. Ver también pp. 106 y 129).

¿No resuena esto con estruendo hoy, cuando, tras las diversas prédicas feministas y de LGTBI, cualquier mujer puede sentir miedo de que se le acerque un hombre, dada la difundida idea de que suele ser un violador, maltratador y asesino? ¿Y no puede cualquier hombre sentir reparo al acercarse a una mujer, dado que una simple denuncia, por falsa que sea, puede trastornar su vida gravemente? ¿Y qué decir sobre la eliminación del instinto sexual, atropellado ya por toda una gama de *géneros* adoptables *a la carta*? ¿Y qué, respecto a la deriva de la idea de matrimonio (*inter pares*), familia (*monoparental*), divorcio (*exprés*), etc. etc.? No parece ir desencaminado Orwell tampoco en la tendencia a quitarles los hijos a las madres, cuando ya se advierte, especialmente en la educación, algo parecido. La intervención estatal que imaginó no reglamentaba, todavía, el aborto del comienzo de la vida, ni el de su final, como se pretende hoy, con la eutanasia. No se refiere tampoco a la transexualidad, ni a su reglamentación. Todo se puede *mejorar* con el tiempo.

Pero con lo dicho parece expresar Orwell la idea de que esa estatalización de la vida social impediría la libertad y creatividad individual y desnaturalizaría la vida humana: «No habrá risa, excepto la risa triunfal cuando se derrota a un enemigo. No habrá arte, ni literatura, ni ciencia. No habrá ya distinción entre la belleza y la fealdad. Todos los placeres serán destruidos». Sólo quedará, dice O'Brien, «el afán de poder, la sed de dominio», representados en «una bota aplastando un rostro humano... incesantemente» (pp.201-202).

Al final, el recurso en el tormento a la fobia que Winston tenía a las ratas acaba con sus últimas resistencias humanas y, anulados sus sentimientos, aceptada esa *bota*, «todo alcanzaba la perfección». Winston «Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano» (pp. 202-224, especialmente ésta última).

Sólo añadiré, para concluir, que las analogías señaladas son, a mi ver, incompatibles con el progreso y deseable perfeccionamiento humano, cuyo logro exige un libre y responsable desarrollo individual y social que, conociendo lo estimado verdad histórica, libremente investigada y revisada, posibilite la generación y aporte de ideas nuevas que, partiendo de la verdadera situación anterior, la vayan superando. ●

# LO TENEMOS CRUDO

**AUGUSTO BRUYEL**

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación

Puede que sea por culpa de un tiempo tan negativo como el que estamos sufriendo, con restricciones, deterioro económico y muerte por todas partes, pero el caso es que siento la desesperanza aleteando alrededor. Quizás siempre ha estado ahí; sin embargo, hoy percibo con mayor fuerza el pesimismo que me invade respecto a la situación española en general. Situación que no tiene que ver, precisamente, con la actual pandemia. Se trata de otra enfermedad que nos carcome y va destruyendo el legítimo y justificado agrado de ser españoles. Pienso que el incremento de los nacionalismos, cuando no separatismos, en Cataluña, País Vasco, Baleares, País Valenciano, Navarra... -todo ello alentado o, cuanto menos, permitido desde el mismísimo gobierno- debe de tener una base que hace consistente su mantenimiento, por muy irregular, absurdo y delirante que este sea. Si no, no se entiende.

Como se suele decir que un pesimista no es más que un optimista bien informado, he procurado ponerme a pensar un poco en qué puede estar ocurriendo dentro de esa intrahistoria a la que tanta importancia daba, con muchísima razón, don Miguel de Unamuno.

Advierto, como resultado, que tanto acomplejamiento negrolegendario (que otros, entonces muy hostiles con nosotros, nos indujeron desde fuera), tanto ocultamiento vergonzoso de nuestros símbolos, tanto nombrar a *este país* ocultando su verdadero nombre, tanto -en fin- masoquismo generalizado... pueden tener su base en, al menos, dos elementos que me han parecido muy significativos: nuestra economía y nuestra forma de ser.

Me explico.

## ¡(Es) la economía, estúpido!

La conocida frase que James Carville, asesor de Bill Clinton, le aconsejó emplear contra George Bush (padre) durante su exitosa campaña electoral de 1992, intentaba dejar bien claro que lo importante no eran tanto los éxitos en política exterior -el fin de la Guerra Fría o la Guerra del Golfo Pérsico- como las cuentas particulares de los ciudadanos y el devenir económico general de la nación. Al principio la famosa frase ni siquiera tenía verbo. Luego, con este añadido, se ha ido generalizando su uso para casi cualquier análisis o debate que tenga que ver con la economía.

Esto es, justamente, lo que ocurre en lo que voy a decir.

Si comparamos las posibilidades económicas de España con las de otros países europeos -Alemania, Francia, Gran Bretaña, Dinamarca, Noruega, Holanda...- comprobaremos que nuestro país no es precisamente rico. Es cierto que gozamos de un sector turístico poderoso y que también tenemos industria, agricultura, pesca... Pero ni la industria de que disponemos llega al nivel de la alemana, la francesa, la italiana...; ni nuestros recursos agrícola-ganaderos o turísticos superan, por ejemplo, a los de Francia. De ahí que, mientras en nuestras provincias Vascongadas se hayan venido

desarrollando desde el siglo XIX las ideas separatistas, en la zona vasco-francesa ni se les ocurre a sus habitantes pensar en separarse de Francia. Fenómeno parecido se da con Cataluña: a buenas horas en el territorio donde sobresale Perpiñán querían abandonar el país francés, por muchas concentraciones y mítines que los de Puigdemont y compañía organicen allí.

Como el País Vasco y Cataluña se engancharon a tiempo a la revolución industrial, acabaron contando con una mayor fuente de ingresos y un consiguiente desarrollo económico superior al del resto de las regiones españolas. Así, por sorprendente que pueda parecer, pronto aparecerían las ideas supremacistas en una región como la vascongada, hasta entonces tierra más apta para el pastoreo (como se aprecia en su misma lengua) que para la agricultura extensiva, muy imposibilitada en terrenos tan quebrados. En cambio, ya que también daba al mar, había podido engendrar un buen número de marinos ilustres, bastantes de cuyos nombres han jalonado la Historia de España por América y el mundo entero durante los siglos que duró el imperio. Entonces no se querían separar de España.

Y es que siempre son las zonas más enriquecidas las que desean desmarcarse del resto.

¿Recuerdan por dónde empezó la descomposición de Yugoslavia? La primera en separarse fue Eslovenia, la región más industrializada y rica de todas, la cual recibió enseguida el apoyo de Alemania, pues tenía con ella grandes similitudes. La segunda fue Croacia; ¡qué casualidad!, precisamente la segunda región más desarrollada industrial y económicamente de aquella Yugoslavia cuya desintegración apoyaron las mismas poderosas naciones que estaban desarrollando la *Unión Europea*.

En Italia es la norteña, industrializada y de mentalidad más centroeuropea extensión conocida como la Padania (Milán, Turín, Venecia...) donde anida esa conciencia separatista respecto a un sur (Nápoles, Calabria, Sicilia...) hoy empobrecido y con sensibilidades bastante distintas. Pero lo que de verdad subyace es el fuerte contraste entre un norte italiano rico y un sur que está muy lejos de parecerse a lo que significó en siglos pasados.

Es tan habitual ese distanciamiento entre los territorios más y menos boyantes, que podríamos citar incluso el caso de la aún más rica Baviera en la desde luego no pobre Alemania, de cuyo gobierno central recibió no hace mucho tiempo una escueta pero contundente contestación sobre determinadas pretensiones de significación respecto a los otros *Länder*. O el de la difícil relación entre Flandes y Valonia en Bélgica. Y no es una cuestión lingüística por hablarse dentro la lengua neerlandesa o la francesa, respectivamente; sino que hoy la flamenca Amberes, con su pujante puerto, queda a bastante distancia (económica) de Namur, la capital valona. Compárenlo con la espléndida Suiza: es un estado federal organizado en cantones, pero formado por cuatro territorios con otras tantas lenguas (alemán, francés, italiano y romanche); en cambio, no se conocen delirios separatistas entre sus ciudadanos. ¿Por qué iban a querer marcharse de un país considerado el cuarto más rico del mundo?

Parecería un caso completamente distinto el de una Checoslovaquia partiéndose en dos, pues ahí fue la zona menos desarrollada –Eslovaquia– la que se quiso separar. Sin embargo, lo que ocurrió en realidad fue que la parte más próspera –la República Checa, o Chequia– alentó, propició que se marchara la parte más débil. Así que el resultado fue el mismo: la región más floreciente se apartaba de la que lo era menos.

Que los territorios más ricos, por la razón que sea, quieran abandonar los menos desarrollados porque consideran a estos un lastre es una situación tan general que, alejándonos por un momento de nuestro continente, podemos observar, por ejemplo, en América el caso de Bolivia: su Departamento de Santa Cruz –el más extenso y poblado, y auténtico motor económico del país– es el que muestra las querencias separatistas. ¿Por qué, sin embargo, en Estados Unidos ni uno de esos estados desérticos piensa en abandonar el gran país al que pertenece? Pues porque, al menos de momento, EE.UU. es la primera potencia mundial.

Todo este largo exordio es para que podamos apreciar con mayor claridad el error mayúsculo que supone para España estar de continuo proporcionando a Cataluña y al País Vasco ventajas económicas, políticas y de gestión. Cuanta más diferencia vayan teniendo a su favor respecto al resto, más supremacistas se harán y más querrán marcharse de un país al que no paran de ver cada vez más empobrecido que ellos.

Así que lo estamos haciendo justamente al revés de lo que debería ser. Tal como ocurre con el País Vasco francés (Iparralde) o con el Rosellón y la Cerdeña, cuyos habitantes preferirán siempre pertenecer a una Francia que continúe estando más desarrollada que España, si nuestro País Vasco y Cataluña tuviesen menos progreso que la mayoría de las regiones españolas, no se querrían marchar. Así ha ocurrido históricamente... hasta que se sumaron a la revolución industrial, bien avanzado el siglo XIX. Pensémoslo. ¿Por qué en Galicia, con también otra lengua, no acaba de cuajar el separatismo? ¿Por qué tampoco en Canarias, al contrario de lo que vemos en las Baleares? ¿Seguirían aquellas considerándose islas *afortunadas* cuando pertenecieran a Marruecos?; porque esto es lo que acabaría ocurriendo en cuanto las Islas Canarias no contasen con la protección de España.

Obviamente, no estoy preconizando que se lleve a vascos y catalanes a ser más pobres que el resto de españoles (aunque esto sería mano de santo). Se trata de que debemos ayudar a que avancen las regiones menos desarrolladas. Es lo justo, humano y solidario. Si, por ejemplo, en Extremadura hay litio de sobra para ser empleado en las baterías de los venideros coches eléctricos, ¿por qué ha de ponerse la fábrica de ellas en Martorell? Lo justo, además de solidario, es instalarla en la región extremeña. Daría puestos de trabajo, aportaría ingresos a esta Comunidad y elevaría la renta per cápita de sus habitantes, acercándola a las de regiones más favorecidas. Si no se hace así, estaremos actuando como se viene practicando con África y sus recursos naturales, lo cual ha venido impidiendo el progreso del continente por innumerables que sean sus posibilidades. Favorézcase, por tanto, que avancen *todas* las regiones; no solo las habituales. Mientras sigamos ofreciendo más y más posibilidades de distanciamiento a unas Comunidades que ya están económicamente por encima del resto, menos se sentirán ellas vinculadas a un proyecto común.

¡Es la economía, estúpido; gobernante, es la economía!

## Dos caras de la misma moneda

Cuando, hablando coloquialmente, oímos decir algo así como que los ingleses van siempre a la suya, lo cual se acaba de demostrar con su salida de la Unión Europea o con su nula reciprocidad en el reparto de vacunas contra el covid-19; o que los franceses son unos chauvinistas; o que la inflexibilidad innata de los alemanes les impide

permitir alterar los límites marcados para controlar el déficit de los países de la UE; o que los japoneses son muy estrictos cumplidores con aquello a lo que se comprometen, tanto que algún alto dirigente se ha llegado a suicidar por haber defraudado las esperanzas que los ciudadanos habían depositado en él; o que los americanos (los estadounidenses), o que los suecos, o que los italianos... son esto o lo otro. Cuando, en fin, se escuchan ciertos tópicos generalistas respecto a determinadas características conductuales de algunos pueblos, es porque algo de eso puede haber. No será, desde luego, al cien por cien ni en ese grado supremo que determinadas ideas extendidas parecen indicar. Pero sí que debe de existir algo que ha dado soporte a que se hayan podido extender esos lugares comunes.



*Francisco Vázquez de Coronado descubre el Cañón del Colorado*

Resulta, por otra parte, curioso que las particularidades de esas tipologías pueden resultar negativas o positivas según como se miren o según sean las circunstancias en que son aplicadas. Por ejemplo, el criticado egoísmo de ciertas actuaciones británicas puede tener el lado positivo de que son capaces de mantener sus tradiciones –véase el régimen monárquico– independientemente de lo que hagan los demás. A lo mejor algún país de la vieja Europa no debería tender a abandonar con tanta ligereza tradiciones, costumbres o rasgos culturales –¿los símbolos de la religión cristiana o la fiesta de los toros, quizá?– que tan propios le han sido. De la misma manera, la que nos parece poca cintura germana para avenirse a mitigar elementos aprobados en su momento sobre política económica europea muestra en la otra cara el aspecto tan positivo de negarse tajantemente a considerar siquiera que el rico *Land* de Baviera



tenga alguna posibilidad de desmarcarse *un poco* de lo que están obligados a cumplir todos los *Länder* alemanes.

Si continuáramos analizando cada una de esas tipologías tópicas, podríamos ir comprobando como todos sus elementos no son, en realidad, sino dos caras distintas de la misma moneda: la forma de ser o de actuar en general de algunos pueblos.

## A lo que voy

España se ha significado ante el mundo en dos realidades en verdad únicas. La primera fue que, contra todo lo que su situación pronosticaba, ella quiso ser cristiana; otras naciones no pudieron no serlo: les vino dado. Poco a poco, de manera constante y tenaz, fue recuperando todo el territorio propio del que el islam se había apropiado. Después, una vez llegada a América, España no sólo llegó a dominar el espacio más extenso hasta entonces conocido, sino que lo mantuvo durante tres siglos, habiendo levantado en él ciudades y hospitales, fundado universidades, desarrollado el derecho internacional de gentes, facilitado la comunicación lingüística y viaria...

Pero, claro, cuando he escrito *España*, me estaba, en realidad, refiriendo a *los españoles*. Quienes han llevado a cabo todos esos hechos históricos han sido las personas. Y en estas se dieron con frecuencia unas características individuales que las podríamos identificar con el arrojo, la osadía, el entusiasmo, el temple, la alegría de vivir, la sociabilidad... También el humanitarismo. Además de la protección otorgada al nativo mediante las Leyes de Indias, inmejorables como legislación social, españoles e indígenas se cruzaron sin reparos; lo que no era, en absoluto, lo que sucedía en territorios dominados por otros europeos, los cuales propugnaban justamente lo contrario: de ninguna manera había que mezclarse, eso debilitaría la raza. Adolfo Hitler escribirá en *Mi lucha*:

La América del Norte, cuya población está formada en su mayor parte por elementos germánicos que apenas si llegaron a confundirse con las razas inferiores de color; exhibe una cultura y una humanidad muy diferentes de las que exhiben la América Central y del Sur, pues allí los colonizadores, principalmente de origen latino, mezclaron con mucha liberalidad su sangre con la de los aborígenes.

Al igual que la indígena, la población mestiza resultante fue protegida desde el principio. En una cédula del 3 de octubre de 1533 la Corona ya ordenaba a los progenitores españoles el ejercicio de la patria potestad y no abandonar a los hijos mestizos ni a sus madres indígenas. El resultado lo expone sucinta, pero muy claramente, Venancio Diego Carro, teólogo e historiador del Derecho:

Ahí está la misma permanencia de los indígenas de Hispanoamérica, que superan en mucho a los existentes en los países civilizados por otras naciones europeas.

Además de su espíritu humanitario, los españoles manifestaron otras cualidades por sus hechos. Tal como el historiador estadounidense Lummis reconoció y dejó escrito a principios del siglo xx, en *América los exploradores españoles del siglo xvi*:

Construyeron las primeras ciudades, las primeras iglesias, escuelas y universidades, montaron las primeras imprentas y publicaron los primeros libros; escribieron los primeros diccionarios, historias y geografías...

Todas esas maneras apuntadas –arroyo, osadía, entusiasmo, temple, alegría de vivir, humanitarismo, creatividad...– constituyen, evidentemente, actitudes positivas de lo que podríamos considerar propias del carácter español. Pero –y es a lo que voy– existen otros procederes que también parecen formar parte de nuestra idiosincrasia, los cuales no serían sino la otra cara de la misma moneda. Me parece, así, que en la parte opuesta al entusiasmo o a la alegría de vivir podrían estar incluidas la permisividad exagerada, la dejadez, la indiferencia o la incuria.

¿A qué se deben, si no, hechos vividos como el de que unos cinco minutos antes de dar comienzo la misa en una de nuestras grandes iglesias se oiga por los altavoces el aviso de ir abandonando el templo quienes no vayan a participar en ella, observemos a continuación que se marcha gente y, sin embargo, veamos después que durante toda la celebración eucarística no han parado de pasear por las naves laterales individuos, parejas, familias con niños...? Los mismos que habían llamado a abandonar el templo ¡fueron después dejando entrar a cuantos se iban acercando a él! Intenten ustedes hacer lo mismo en el Reino Unido. ¿Por qué cuando nos paramos a tomar un tentempié en lo que parece un sitio ideal al borde de una cualquiera de nuestras carreteras, comprobamos con fastidio que hay por allí tirados cascos vacíos de cerveza, botellas de agua, arrugados envoltorios de bollería...? No veremos tal cosa en Francia, en Alemania, en Suiza, en Reino Unido...

Venimos siendo el segundo o tercer país del mundo con mayor esperanza de vida. Un dato positivo, sin duda, el cual parece significar que no sólo contamos con un amparo sanitario excelente, sino que también sentimos la alegría de vivir y sabemos disfrutar de lo que es la vida. Pero me parece que demasiadas veces este disfrute viene acompañado por la inconsciencia, el descuido o la falta absoluta de preocupación.

Es muy bueno que nos mostremos humanos, flexibles, sociables...: la *cara* de la moneda. Pero pueden resultar muy negativos el descuido, la incuria o el no cumplimiento de normas...: la *cruz* de la misma moneda. En España todo es posible. Somos tan humanos, tan elásticos y tolerantes (actitudes positivas: una cara de la moneda) que los dirigentes rebeldes de una Comunidad Autónoma se permiten decir, tras haber sido condenados, que lo volverán a hacer; y, sin embargo, desde el Gobierno de la nación se está viendo la posibilidad de indultarlos (la otra cara –la cruz– de esa moneda).

Así que, y en conclusión, si España no es un país especialmente rico y existen dentro de él algunas regiones que desean marcharse porque se ven bastante más desarrolladas económicamente que las demás. Y si parece que los españoles estamos dotados de unas cualidades que, dada su liberalidad y falta de cuidado, pueden hacer que esa marcha sea posible, mi opinión durante estos momentos duros que vivimos es que lo tenemos muy crudo para que podamos continuar existiendo durante mucho más tiempo como aquella nación que llegó a constituirse en el primer estado de Europa. ●

# MULTICULTURALISMO O INTERCULTURALISMO

**ALBERTO BUELA**

Filósofo

Hace ya bastantes años que venimos combatiendo la idea del multiculturalismo como una categoría ideológica de dominación nacida desde los antropólogos culturales usamericanos por la cual se exalta a las minorías por el hecho de ser minorías en desmedro de las mayorías populares. Y de dominación porque lo que se busca con su utilización política es quebrar la idea de comunidad nacional en una multitud de minorías o grupos minoritarios, políticamente de más fácil manejo que un poder nacional centralizado.

Este multiculturalismo es el que tiene vigencia política en Bolivia, en estos últimos tiempos, con la sanción de una constitución con 36 naciones aborígenes. Así bajo la mascarada y el simulacro de defender los intereses postergados históricamente de los «originarios» se quiebra desde el ejecutivo la comunidad nacional boliviana. El Estado-nación creado por Sucre corre el riesgo de dejar de existir. A decir verdad tampoco les sirvió de mucho su existencia pues estos últimos doscientos años fueron de mayor explotación que los del período hispánico. Pero al menos, gracias al Estado-nación fueron reconocidos como tales, como bolivianos, en el orden internacional, que no es poco. ¿Cuál es la ventaja para Bolivia que le traen las tesis multiculturalistas? Ninguna, sino por el contrario, será mucho mejor manejada por los intereses brasileños, chilenos, argentinos y de yanquilandia en la región al no existir un poder central de decisión nacional sino 36 «decisiones nacionales». Un verdadero disparate.

Las tesis multiculturalistas también son aplicadas en Chile con la exaltación del pueblo mapuche con sus oficinas en Londres (siempre detrás Inca-laperra como dice el Martín Fierro). Algo también en Argentina y Colombia. Mucho más en Ecuador y Venezuela.

En el fondo el multiculturalismo es una trampa, porque no consiste en un respeto verdadero por el otro. Hace como si lo respetara pero en realidad no lo tiene en cuenta tal como es, sino más bien lo toma al otro por la caricatura de lo que es. Que el multiculturalismo es un instrumento del imperialismo lo pone de manifiesto Rodrigo Argulló cuando afirma: «En realidad el multiculturalismo apunta en su estadio final no a la coexistencia de culturas sino a su fusión en el seno de un Mercado global»<sup>1</sup>.

Esta parodia respecto a la valoración del otro solo a través de su pintoresquismo y no en lo que verdaderamente es o existe, nos ha llevado a plantear la teoría del disenso<sup>2</sup> según la cual proponemos «otro sentido» al actualmente vigente sobre las cosas y las acciones de los hombres. El disenso se torna peligroso para el pensamiento único y políticamente correcto, una de cuyas categorías es el multiculturalismo, dado que per-

<sup>1</sup> ARGULLÓ, RODRIGO: «El progresismo, enfermedad terminal del izquierdismo» en revista *El Manifiesto* N° 10, Barcelona, junio 2008.

<sup>2</sup> BUELA, ALBERTO: *Teoría del disenso*, Bs.As., Ed. Cultura et Labor, 2004.

mite crear teoría crítica. Pues como afirmara ese gran filósofo suramericano que fue Alberto Wagner de Reyna: «Detrás del contenido lógico del disenso siempre hay una necesidad –axiológicamnete fundada en lo insobornable– de hacer vencer la verdad. Nada más lejos de él, que el parloteo –hablar por hablar y discutir por discutir– que la jovial disposición a un compromiso que no compromete a nada. Tal suele ser el tan celebrado consenso»<sup>3</sup>.

El consenso y sus famosas «mesas de consenso» como instrumentos del multiculturalismo fundan lo que hemos denominado «falso diálogo», es decir, un diálogo que comienza con el consenso como petición de principio, escondiendo de entrada nomás, las diferencias de las partes y de los intérpretes. Este disimulo, esta parodia ha malogrado las mejores iniciativas, porque ha partido siempre de «la parodia del otro» como lo es tomar «al otro» antes que nada como un igual. Ignorando que la única igualdad posible en un diálogo abierto y franco es la diferencia. Y esta se manifiesta siempre y de entrada en el disenso. Pretender definir «al otro» bajo el apotegma de «todos por igual» es ocultar su identidad en la categoría ideológico política del igualitarismo. Falsedad que se viene repitiendo desde la Revolución Francesa para acá en todos «los ismos».

Al ser el consenso entendido por el progresismo como razón de causa eficiente y no como causa final a la cual llegar, se establece entonces por acuerdo de los grupos de poder o minorías. Es sabido que los pueblos no consensuan, ellos simplemente dicen qué y quiénes son en la historia del mundo. Y la lógica interna de las minorías es que la decisión se toma siempre antes que la deliberación, con lo que esta última se transforma en un simulacro más. Con justa razón ha afirmado ese gran pensador de la política que es Dalmacio Negro Pavón: «El consenso, como mito político, está al servicio de las oligarquías que se presentan como representantes de la sociedad»<sup>4</sup>.

El multiculturalismo se presenta como una idea fuerza para preservar la diversidad y la pluralidad del mundo bajo los principios de igualdad, tolerancia y democracia cuando en realidad lo que produce es algo totalmente distinto. Viene como caballo de Troya del imperialismo a quebrar las comunidades nacionales en múltiples tribus urbanas o rurales (Maffesoli dixit) que ya no serán contenidas por la pertenencia al Estado-nación sino sólo por el dios monoteísta del Mercado Global.

Así extraña a los pueblos de sus propias raíces pues entiende la identidad como la de todos por igual y la tolerancia no para evitar un mal mayor sino como «la demorada negación del otro» a través de la retórica del consenso (habla, habla que yo ya tomé la decisión) y la democracia como respeto al procedimiento jurídico político y no como poder al pueblo.

La mejor, mayor y más profunda respuesta al multiculturalismo ha nacido del filósofo cubano Raúl Fonet Betancourt, radicado hace muchos años en Alemania, con su trabajo *Filosofía intercultural* (México, 1994).

Allí nace por así decir el concepto de interculturalidad no tanto como oposición a multiculturalidad sino como afirmación del mestizaje hispanocriollo de lo que es América. Nosotros, los americanos, que somos muchas culturas al mismo tiempo no nos podemos identificar con una sola como pretende el multiculturalismo sino que

<sup>3</sup> WAGNER DE REYNA, ALBERTO: Prólogo a *Ensayos de Disenso*, Barcelona, Ed. Nueva República, 1999, p. 5.

<sup>4</sup> NEGRO PAVÓN, DALMACIO: «Desmitificación del consenso político» en revista *Razón Española* N° 145, Madrid, sept.-oct. 2007, p.152.

vivimos varias culturas al mismo tiempo. De modo tal que nosotros vivimos entre culturas, una interculturalidad raigal. Pretender desgajarnos de estas muchas culturas que somos para exaltar una de entre ellas, como pretende el indigenismo multiculturalista, es extrañarnos de nosotros mismos. Así el interculturalismo encarna y representa al pluralismo cultural genuino porque muestra y respeta los múltiples aspectos que viven en nosotros mismos. A diferencia del multiculturalismo que nace y depende de un centro cultural interpretativo: Usamérica y el pensamiento único, «El interculturalismo, afirma Fonet, desecha y renuncia a operar con un solo modelo teórico-conceptual que sirva de paradigma interpretativo»<sup>5</sup>.

Ya el término inter-culturalismo nos indica que nosotros vivimos –entre– culturas», entre varias culturas y pretender definarnos o comprendernos por una sola de entre ellas es, en definitiva, no entendernos en lo que somos.

Pero también es cierto que nosotros, los americanos, no somos todas esas culturas acabadamente, no somos la «raza cósmica» como ingenuamente pretendía el gran Vasconcelos, somos o tenemos, análogamente, parte de esas culturas, de algunas más y de otras menos. Todo ello se plasmó luego de quinientos años en un tipo humano: el criollo, que no es ni tan español ni tan indio, según afirmaba Bolívar. El criollo bajo la forma del huaso, el gaucho, el llanero, el cholo, el colla, el montubio, el ladino, el boricua, el charro es la encarnación de este mundo intercultural de que hablamos aquí. Él es en sí mismo la encarnación de una pluralidad cultural viviente. Es una cultura de síntesis que nos habla de un tipo humano de lo mejor que América ha dado.

Poéticamente esto lo expresaron Darío y Hernández cada uno a su modo:

Hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, oh Roosevelt, ser, Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenernos en vuestras férreas garras.  
Y, pues contáis con todo, os falta una cosa: ¡Dios!

Tiene el gaucho que aguantar  
Hasta que lo trague el hoyo,  
O hasta que venga un criollo  
En esta tierra a mandar.

Y políticamente se ha encarnado el interculturalismo en hombres gobernantes como Eloy Alfaro (Ecuador), Juan José Arévalo (Guatemala), Getulio Vargas (Brasil), Perón (Argentina) Ovando y Candía (Bolivia), Natalicio González (Paraguay), Herrera (Uruguay), Balmaceda (Chile), López Michelsen (Colombia), Belaúnde (Perú), Cárdenas (México), Caraso (Costa Rica), Arnulfo Arias (Panamá) y hoy día Chávez (Venezuela) y Uribe (Colombia) más allá de sus diferencias ideológicas. Todos ellos, cada uno a su tiempo, han sabido responder desde el poder qué son ellos y los pueblos que gobiernan. Es que el ejercicio de la interculturalidad es una vivencia, no crea dudas, éstas nacen cuando se aplican modelos ideológico-políticos como sucede con el multiculturalismo para entender una realidad, la realidad nuestra y de nuestros pueblos, que escapa a sus categorías de interpretación. ●

<sup>5</sup> FONET BETANCOURT, RAÚL: *Filosofía intercultural*, México, Univ. Pontificia, 1994, p. 10.

# ELOGIO AL TRANSFUGUISMO

**JOSÉ MARÍA MÉNDEZ**

Presidente de la Asociación Estudios de Axiología

---

Lo ocurrido con la moción de censura en Murcia invita a reflexionar sobre una cuestión teórica de gran calado. La conciencia moral de un diputado honesto percibe el dilema entre respetar la voluntad de quienes le eligieron u obedecer al aparato de su partido. Este le ordena ahora lo contrario del programa electoral, creído y aceptado por quienes le dieron el voto. En su interior luchan dos lealtades. ¿Qué lealtad debe prevalecer, la debida a quienes le votaron en la pasada elección, o la exigida ahora por el partido?

En el sistema español el votante coge de un mostrador la lista de su partido preferido y la mete en la urna. En la lista figura el nombre del diputado en cuestión. Pero el votante no se ha fijado siquiera en el nombre de ese diputado. Sólo cuenta que está en la lista. Tampoco sería capaz de identificarle, si es que lo ve en una fotografía. Simplemente supone que los que figuran en la lista cumplirán con las promesas electorales que ha hecho el partido. Lo que aprueba y apoya es justo el programa electoral que ha proclamado en público ese partido.

En el sistema inglés el votante conoce bien a quien vota. Sabe cómo se llama y lo reconoce en una fotografía. Hay una relación directa entre el elector y el diputado al que vota. En el sistema español la relación es indirecta. El nombre de un diputado que sale elegido figura en la lista que el ciudadano ha votado. Eso es todo.

Pero es suficiente. En ambos sistemas se da la misma responsabilidad del diputado elegido respecto a los votantes. En ambos casos el diputado elegido está obligado a respetar el programa electoral por el que ha sido votado. Si luego el partido cambia de idea y se aparta de ese programa, hay un claro engaño a los votantes. Y todo diputado que figura en la lista se hace corresponsable de ese fraude a los electores. Si es honesto, debe ser fiel a lo que decía el programa electoral. La objeción de conciencia es aquí pertinente.

En efecto, aparece en la conciencia del diputado honrado un conflicto moral. Si obedece a las nuevas consignas del partido, traiciona la lealtad debida a quienes le eligieron, aunque fuese sólo porque su nombre figuraba en una lista. Por el contrario, si quiere ser fiel a quienes le eligieron, tiene que enfrentarse a los dirigentes del partido, que exigen ciega obediencia y le amenazan con diferentes represalias y castigos.

En este conflicto debe prevalecer la lealtad a los electores frente a la obediencia al aparato del partido. Eso es una democracia sana y no enferma. Los partidos políticos están para servir al ciudadano. Cuando ocurre lo contrario, estamos ante la enfermedad de la política que se suele denominar «partitocracia». Los partidos políticos dejan de ser un medio o instrumento adecuado para vivir en libertad democrática. Más bien se convierten en un nuevo tirano, disfrazado además de demócrata. El nuevo déspota es la casta política, el conjunto de los partidos, los que viven de la política. No buscan el bien común, sino servir a los intereses de su partido, y con frecuencia también a los suyos propios. La partitocracia es una patología o degeneración del verdadero ideal

democrático. Y siempre tiende a la corrupción, al robo descarado del dinero de los ciudadanos. Bien lo estamos comprobado en España.

Digamos lo mismo de otra manera. En el interior de los partidos políticos también debe existir democracia. Tendría que haber elecciones internas con suficientes garantías de libertad. Los cargos internos no pueden darse a dedo. La lacra de la partidocracia se impone al entero país en la misma medida en que no hay democracia interna dentro de los partidos políticos.

Por eso es tan antidemocrática la excesiva coacción que actualmente ejercen los partidos políticos sobre sus respectivos diputados en el Parlamento. Los diputados dejan incluso de ser ciudadanos con su propia responsabilidad personal. Degeneran en autómatas o robots, que obedecen sin rechistar.

El ejemplo máximo de esta aberración fue el miedo fríamente empleado por el partido comunista soviético. Stalin hacía sus purgas justo para eso, para intimidar y hacer automática la obediencia. Es patética la carta que le escribió Bujarin, uno de los purgados y compañero suyo cuando ambos se jugaban la vida como jóvenes revolucionarios. «Acepto que decidas mi muerte. Tienes derecho a hacerlo. Sólo te pido que me digas qué he hecho mal. Porque no logro entender cuál ha sido mi falta». Obviamente Stalin no le contestó. Hasta ese grado extremo de abyecta humillación llega la mentalidad comunista. El lavado de cerebro es tal que el militante reconoce a sus jefes el derecho a matarlo. Se enviaba este siniestro mensaje: si alguien es condenado a muerte sin motivo alguno, ya saben todos lo que le espera a quien se atreva a la más mínima desobediencia.



Sin duda los aparatos de los partidos políticos actuales en España no llegan a tanto. Aunque no por falta de ganas. Pero lo que está claro es que miedo lo hay, y mucho. Y es eficiente. De hecho son muy pocos los que se arriesgan a desobedecer por motivos de conciencia a lo que manda el aparato del partido, da igual si de derechas o de izquierdas. Hemos tenido que esperar hasta el disparate de Murcia para ver que un diputado se atreve a desobedecer a su partido.

Las palabras «tránsfuga» y «transfuguismo» tienen un sentido peyorativo en lenguaje ordinario. Se comprende que sea así, si pensamos en el ideal de una democracia sana, en que los programas electorales son cumplidos habitualmente y en un grado aceptable.

Pero, por desgracia, nuestra actual democracia no está sana. Padece la enfermedad de la partidocracia. Que los partidos políticos se pongan de acuerdo en un pacto anti-transfuguismo es la mejor prueba de lo que estamos diciendo. Por eso surge en la conciencia de los diputados honrados el dilema señalado al principio. Y por eso también en nuestra partidocracia actual la desobediencia y el transfuguismo, se han convertido en gestos honorables y dignos de todo elogio. Tras lo ocurrido en Murcia, un diputado

de Ciudadanos que se pasa al PP sólo merece aplausos, por ser fiel a su conciencia. Su acción es noble y debe ser alabada. Y hasta suscita admiración en la medida en que se expone a las represalias antes aludidas. La desobediencia, y el transfugismo se convierten en lo verdaderamente democrático, cuando el sistema político ha degenerado en una tiranía de la casta política, como la que ahora padecemos en España.

Ciertamente la transitoria y accidental bondad ética de los rebeldes y tránsfugas de nuestros días se afea en la medida en que haya alguna compensación o ventaja material por lo que hacen. Pero si actúan exclusivamente por lealtad a lo que prometieron a sus votantes, su gesto adquiere una elevada altura moral. Es justo lo que esperamos en estos momentos de los políticos honrados.

Lo innoble e indigno es el fraude hacia los electores que cometen los dirigentes de un partido que traiciona su programa electoral. De esa traición se hace corresponsable el diputado que no planta cara a sus jefes en esas precisas circunstancias.

Lo mismo cabría decir de la moción de censura con la que Sánchez desbancó a Rajoy, aunque en este caso nadie se atrevió a desobedecer. Sin duda la mayoría de los votantes socialistas desean la unidad de España. Pero Sánchez salió adelante gracias al voto de los que quieren destruir España. Todo diputado socialista honrado debió entonces sentir en su conciencia el dilema entre las dos lealtades de que hablábamos al principio. Quizá lo sigue sintiendo todavía en estos momentos, con lo que ha llovido después y continúa lloviendo.

En resumen, en la actual situación de la política en España eliminar el sentido peyorativo que ahora tienen las palabras «tránsfuga» y «transfugismo» sería una formidable victoria contra la odiosa partitocracia que sufrimos. Y darles un sentido elogioso y laudatorio, cuando se traicionan las promesas electorales, sería un gran paso hacia la genuina y sana democracia que deseamos. Por de pronto, se crearía una inédita presión social para que los políticos sean fieles a sus programas electorales y dejen de engañar a los ciudadanos que les votan. Solo eso sería ya un gran paso hacia la verdadera y sana democracia.

El ideal es, por supuesto, que todas las personas que se dedican a la política fueran honestas y limpias en sus intenciones. Que no vayan a la política sólo para vivir de ella. Que busquen lo que siempre se ha entendido por la expresión «bien común». Que pongan el interés de los ciudadanos por encima de sus intereses personales y los del partido en que militan. Que los políticos sean para los ciudadanos, y no al revés. Que la sociedad sirva a la persona, y no al revés. Ese es el ideal de una democracia sana.

Si ese ideal se diese en la realidad, al menos en un nivel aceptable, entonces el sentido peyorativo de las palabras «tránsfuga» y «transfugismo» estaría justificado. A menos que demuestren lo contrario, la presunción sería entonces que el desobediente o el tránsfuga han actuado por motivos interesados e innobles. Pero tan hermoso ideal no es precisamente el caso de España en el año 2021. ●



# LA DISCRECIÓN DE LOS BUENOS

**ANTONIO FLORES**

Ingeniero agrónomo

En la primavera de 1641, una fuerte expedición formada por 450 *bandeirantes* de la colonia portuguesa de Sao Paulo y varios miles de indios salvajes, adiestrados para el saqueo, atacó por enésima vez la zona comprendida entre el río Uruguay y el alto Paraná, donde se asentaban las más importantes de las misiones jesuíticas del Paraguay.

En 1604 se había fundado la Provincia Jesuítica del Paraguay, que había conseguido un inusitado éxito entre los guaraníes, hasta el punto de que en 1628 existían 13 grandes reducciones en las que vivían más de cien mil indios.

Los *bandeirantes* paulistas, que en sus correrías por el interior brasileño cautivaban indígenas para venderlos como esclavos, pronto pusieron en peligro estas misiones. Las incursiones contra las mismas eran particularmente rentables ya que los *bandeirantes* podían capturar de una sola vez grandes cantidades de esclavos y obtener por esos indios, habituados al trabajo, y civilizados por los jesuitas, un precio mucho mayor que por los salvajes de las selvas.

Entre 1628 y 1631 deben haber sido aproximadamente 60.000 los indios de las reducciones, ya convertidos al cristianismo, que fueron cautivados y luego vendidos en los mercados brasileños de esclavos. Se saqueaba y se reducía a cenizas las misiones. Solo las de Loreto y San Ignacio, favorablemente situadas, pudieron mantenerse.

A la larga iba a ser imposible conservar los puestos avanzados, por lo que los jesuitas decidieron evacuarlos. Lo que siguió fue un éxodo de proporciones bíblicas. Más de 10.000 indios navegaron por el Paraná hacia el sur en botes y almadías de troncos. Sufrieron duras privaciones y grandes pérdidas, pero marcharon hacia la libertad que les ofrecían más al sur, las reducciones jesuíticas situadas en la actual provincia argentina de Misiones.

Con esta retirada, la monarquía española perdió un dilatado territorio a manos de los portugueses. Pero estos no cesaron en su acoso a las misiones, que tenían escaso respaldo de los colonos españoles, poco abundantes en aquellos territorios.

Ante aquella situación, los jesuitas decidieron organizar ellos mismos su propia defensa. Pidieron autorización a la Corona para armar a los guaraníes y cuando les fue concedido procedieron a instruirles militarmente. No eran escasos entre ellos los veteranos de las guerras de Flandes. En aquellos siglos, de intensa vivencia religiosa, fue bastante habitual que personas que brillaban en la milicia, la política, o la cultura experimentaran a lo largo de su vida una intensa conmoción que les condujo a tomar los hábitos, renunciando al éxito de la vida pública. Destacados fueron, entre otros muchos, el del Duque de Gandía, convertido en humilde jesuita, y el de Andrés de Urdaneta, el mejor navegante de la historia, profeso en el convento agustino de Ciudad de México.

Varios de estos antiguos militares, entre ellos Domingo de Torres, Juan Cárdenas

y Antonio Bernal, legos de la Orden, dirigieron la instrucción y prepararon al contingente guaraní. Desde Buenos Aires fueron enviados 11 hombres de armas españoles (nada menos) con algunos centenares de mosquetes y arcabuces que contribuyeron al encuadramiento de los indígenas.

Sin embargo el mando directo de las operaciones correspondió a los propios guaraníes, que organizados en compañías bajo la dirección de sus propios caciques, convertidos en oficiales para la ocasión, esperaron esta vez, a pié firme, a los bandeirantes y a sus auxiliares indígenas.

Los confiados invasores se encontraron con una resistencia encarnizada en un lugar remoto llamado Mbororé. Armadas poco más que con arcos, hondas y piedras, garrotes y macanas las milicias guaraníes consiguieron aplastar drásticamente a los bandeirantes después de varias jornadas de lucha sin cuartel. Las Misiones se habían salvado y no volverían a ser atacadas en muchos años.

Aquella batalla olvidada, consolidó una experiencia que venía de lejos y que constituye una de las más valiosas aportaciones españolas a la evolución de la conciencia de los hombres: Los indios eran seres humanos libres, como había proclamado la corona española. Nadie tenía derecho a esclavizarles ni a despojarles de su humanidad y por esa convicción merecía la pena luchar y morir, incluso si el agresor pertenecía, como en este caso, al mismo universo cultural, desgraciadamente también de raíz cristiana.

Pero la experiencia había comenzado mucho antes, casi en los albores del descubrimiento y llevaba, como otros muchos aspectos de nuestra historia, la impronta de aquella gran mujer que fue la Reina Isabel de Castilla.

Para la mentalidad de la época, la esclavitud no planteaba excesivos dilemas morales. Se aceptaba su existencia y se justificaba en determinadas circunstancias. El descubrimiento de América colocó a los españoles ante una realidad nueva: La existencia



*Restos de la misión guaraní de San Ignacio Miní, Argentina*

de grandes masas humanas, que pertenecían a un universo cultural diferente, pero que no eran hostiles en principio y cuyo atraso tecnológico y social les hacía susceptibles de ser dominados con relativa facilidad.

La tentación de la esclavitud surgió por ello de manera inmediata. Ya Colón tuvo que ser reprendido por los Reyes por traer cargamentos de indios caribeños para ser vendidos como esclavos. La disculpa de que se trataba de salvajes antropófagos, inicialmente aceptada, fue posteriormente rechazada cuando gracias a la denuncia de los frailes de La Española se descubrió su falsedad. Por ello en 1500, la Corona prohibió la esclavitud de los indios, proclamando su inalienable derecho a ser libres.

Este reconocimiento general del derecho a la libertad de un colectivo humano tan amplio como el de los indios de América, supone un paso fundamental en el avance moral de la humanidad hacia el reconocimiento intrínseco de la libertad como valor indisociablemente ligado a la condición humana y extensible por ello a todos los hombres. De ahí la impresionante modernidad de la política respecto a los indios iniciada por los Reyes Católicos y continuada por sus sucesores, que contrasta intensamente con la desarrollada por el resto de las naciones europeas que intervinieron en América.

Una política que se plasmó en las Nuevas Leyes de Indias, en las que se prohibió la esclavitud de los indios, incluso en guerras justas y que influyó decisivamente en la Bula Papal de 1639 que amenazó con la pena de excomunión a los esclavizadores.

Los debates sobre la libertad los indios presentaron una hondura moral extraordinaria y afectaron desde el principio a todos los estamentos de la sociedad castellana. Fray Bartolomé de las Casas no clamó en el desierto sobre el mal trato a los indios. Fue recibido por Cisneros y por Carlos V que ordenó su participación en las Juntas creadas para corregir los abusos denunciados, que, nunca corregidos del todo, fueron combatidos sin descanso por las autoridades y especialmente por la Iglesia española.

Estos debates no quedaron en el limbo de la teoría, sino que se luchó por su aplicación práctica: Se prohibió imponer la conversión a los indios, Felipe II ordenó por Ley que la prédica del Evangelio y los Sacramentos debía realizarse en su propia lengua. Las Leyes nuevas prohibieron las prestaciones personales incluso si los indios las aceptaban libremente y se crearon cátedras en las universidades para estudiar las lenguas nativas más extendidas.

Los tremendos abusos e injusticias cometidos constituyen un baldón irreparable que no pueden disculparse con el argumento de que otros lo hicieron peor. Pero tampoco puede hacerse una valoración objetiva si se olvida el tremendo combate por la justicia que ennobleció el proceso de la conquista y que llevó a la conversión duradera de grandes masas humanas. Un proceso que tendió más a las relaciones comunitarias étnicas que a la segregación racial. Y que en los espíritus más generosos llegó hasta al reconocimiento admirado de la humanidad del adversario, como en el caso de Ercilla, que en uno de los más importantes poemas de la literatura española, *La Araucana*, elogia el valor y la decisión de sus enemigos indígenas en la defensa de su independencia y de su forma de vida.

Resulta cuando menos curioso, que para ilustrar este debate, y ponerlo en sus justos términos, haya que acudir a estudiosos extranjeros. Mientras que se han vertido ríos de tinta para poner de relieve los aspectos más oscuros de la acción española,



*Los jesuitas enseñan a los guaraníes*

no son demasiados los intelectuales de nuestra Patria que han dedicado esfuerzos a ilustrar las hermosas páginas que llenan nuestra historia.

Mbororé me parece un monumento a la humanidad y a la justicia, pero su nombre es desconocido entre nosotros y sus protagonistas han pasado a un inmerecido y cruel olvido. Espero que estas humildes líneas puedan haber transmitido algo de mi conmoción, cuando descubrí, en un autor extranjero, las hazañas de aquellos hombres humildes, legos jesuitas, indios cristianizados, pobres soldados desterrados a las colonias. Hombres que combatieron con honor en la eterna lucha por la justicia, hombres de apellidos familiares en los que reconocemos nuestra forma de ser y nuestras motivaciones. Que alentaron la esperanza y se sacrificaron sin esperar nada terrenal a cambio. Y que pasaron al olvido con la discreción de los buenos. ●

# ANCIANIDAD, DEPENDENCIA Y SISTEMA FAMILIAR DE CUIDADOS

**ANA BELÉN DÍAZ CORTÉS**

Socióloga. Grupo hospitalario interdisciplinar de apoyo al cuidador-Hospital Clínico Universitario de Santiago

## 1.- Importancia social del sistema familiar de cuidados

En este último año y medio, con motivo de la irrupción en nuestras sociedades y en nuestras vidas del coronavirus, han vuelto a estar en primera línea de atención los mayores y las personas dependientes.

Lo han estado por el número de estas personas que se han visto afectadas por el virus, por el elevado número de ellas que han fallecido en las residencias de mayores, en hospitales o en sus domicilios. También por las prioridades establecidas para ser vacunados. Finalmente, lo han estado por la atención o los fallos en esta de los cuales han podido ser objeto por parte de las políticas públicas desde los diversos niveles de las administraciones, ya sean estatales, autonómicas o municipales.

Pero casi siempre, cerca de los ancianos y de las personas dependientes existe la figura del cuidador, en unos casos profesional pero la mayoría de las veces familiar que lleva sobre sus espaldas la responsabilidad y experimenta las consecuencias de esa dedicación y que no siempre recibe la atención ni el reconocimiento que merece. Es en esa figura en la vamos a centrarnos en este trabajo.

El peso que tienen hoy en día las políticas dirigidas a los mayores en nuestro país no es el mismo que hace décadas. Hasta 1993, cuando se presentó el Plan Gerontológico Nacional del, por entonces, INSERSO, apenas se habían dedicado recursos a este sector. Es precisamente en este Plan cuando se habla del cuidado informal de las familias, pues durante su elaboración se detectó una gran laguna de conocimiento de este fenómeno. La presentación de este documento fue el punto de inflexión a partir del cual el cuidado informal empezó a ser objeto de análisis y atención.

A pesar de que en España tenemos la Ley 39/2006 de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de Dependencia como máximo exponente legal, el eje del cuidado sigue teniendo su pilar más sólido en la familia.

El incremento de servicios públicos asistenciales no ha desplazado el cuidado familiar, más aún cuando los expedientes de dependientes se acumulan y tardan en resolverse y es la familia la que ha de proporcionar atención y hacer frente al nuevo escenario, en ocasiones, con limitación de recursos. Una familia proveedora de cuidados que están invisibilizados y que, de alguna manera, están siendo afectados por diferentes fenómenos como la disminución del número de miembros en el hogar, lo que limita el número de cuidadores disponibles, longevidad de nuestros ancianos que deriva en nuevas necesidades, movilidad geográfica que dificulta las labores de cuida-

do o el incremento del rol profesional de la mujer. Fenómenos todos ellos que acarrear dificultades y tensiones que afectan a la calidad y a la continuidad del cuidado. Alteraciones físicas, psicológicas o sociales y también sentimientos y emociones que van a condicionar el afrontamiento de la enfermedad.

Diferentes estudios han demostrado la existencia de estrés en los cuidadores informales. Existe un modelo de 1984 formulado por Lazarus y Folkman<sup>1</sup> que ha sido ampliamente utilizado para investigar el estrés en el cuidado informal. Se trata de un modelo que analiza las demandas que recibe un individuo y la valoración que hace de las mismas, de cara a determinar si es una situación amenazante que deriva en estrés. Durante años ha proliferado la investigación en torno a este fenómeno que ha determinado que cuidar a un enfermo dependiente es una tarea estresante.

Poco a poco se ha ido refinando un poco más este escenario y comenzó a investigarse los efectos que deja el estrés en la salud, concluyendo que al cuidador informal le sobrevienen multitud de patologías de diferente etiología de las cuales, en muchas ocasiones, ha de ser tratado. Llegados a este punto, estaríamos hablando de un segundo enfermo desde el punto más purista de la medicina, una segunda víctima de la enfermedad que, en ocasiones, asume el cuidado por entero.

Es importante señalar que muchas veces las familias se encuentran con una dependencia en el seno del hogar de manera repentina, sin que les haya dado tiempo a establecer una estrategia de primeros cuidados que les dé un margen de adaptabilidad al nuevo escenario. Si nos referimos al cuidado de personas con demencias, patología que se incrementa y cambia de características con el paso del tiempo<sup>2</sup>, la tensión aumenta en los cuidadores: no están preparados para asumir sus funciones, se frustran al no poder hacerlo, tienen que hacer de enlace con los servicios médicos o sanitarios, etc... Esta invasión en la vida diaria, que a veces es gestionada con improvisación y rapidez, hace que se designe a un cuidador principal, que asume el encargo bien por voluntad propia bien por imposición. Así, el cuidador principal sería aquella persona que dedicara la mayor parte de su tiempo a cuidar a un anciano o enfermo dependiente y que realiza las tareas de manera continuada, con frecuencia sin remuneración económica y por un tiempo indeterminado.

Y es el cuidador principal el que va a ser el primer afectado de las situaciones descritas en párrafos anteriores. Esta afectación del cuidador, pone de manifiesto no solo la importancia social que tienen en el sistema, sino la conveniencia de que el Estado de Bienestar genere actuaciones que protejan y refuercen el sistema familiar de cuidados que tanto peso tiene en nuestra sociedad y ponga a las familias cuidadoras en el eje de los programas de intervención.

Además, hay que tener en cuenta que los propios mayores y los dependientes muestran preferencia por el cuidado familiar. Según el estudio de 2015 sobre Cuidados realizado por Obra Social La Caixa y la Fundación Matía, sobre una muestra total de 3.696 personas, la preferencia de recibir cuidado por parte de la familia alcanza una puntuación de 8,6, en una escala de 1 a 10 –aunque se observa preferencia por la

<sup>1</sup> LAZARUS, R. S., y FOLKMAN, S. (1984 / 1986): *Stress, appraisal and coping / Estrés y procesos cognitivos*. Nueva York / Barcelona: Springer / Martínez Roca.

<sup>2</sup> PÍAS-PELETEIRO, J.M., ALDREY, J.M., FERNÁNDEZ-PAJARÍN, G., ARES-PENSADO, B., JIMÉNEZ-MARTÍN, I., SESAR, Á., PÍAS-PELETEIRO, L., CASTRO (2015): «A. Delusional parasitosis associated to mild cognitive impairment of vascular causation. Good response to low doses of quetiapine». *Rev Neurol*. Oct 1;61(7):334-5.

corresponsabilidad con los servicios públicos- y, a poder ser, dentro del hogar en el que residen, en un 42% de los casos.

Un año antes, en 2014, el CIS realizó el estudio sobre Cuidados a dependientes sobre una muestra de 2.473 personas. En él, más de un 53% de los encuestados manifestaron que «vivir con una persona de la familia» es la opción preferente para organizar el cuidado diario de los dependientes.

Centrándonos en la enfermedad de Alzheimer (EA), la causa más frecuente globalmente de demencia neurodegenerativa, esta afecta a un número notable de personas mayores que devienen en dependientes. Según la Confederación Española de Asociaciones de Familiares de Enfermos de Alzheimer (CEAFA) en un estudio del año 2016, en uno de cada cuatro hogares españoles hay una persona que padece enfermedad de Alzheimer. Esto supone más de 1.000.000 de familias en las que los afectados no son solo los pacientes. Se trata de una patología que aglutina el 60% de las dependencias en nuestro país y que en el 94% de los casos están atendidos principalmente por la familia. Los problemas laborales y sociales de los cuidadores generan a veces un desarraigo social que cuesta reconducir.

Actualmente, el cuidador informal sigue siendo el principal responsable de las personas dependientes y teniendo en cuenta los efectos derivados de ejercer el cuidado, se hace necesario saber también hasta qué punto estos efectos repercuten en la evolución de la patología del dependiente, algo que otorga al cuidado informal gran importancia y peso en el sistema.

## **2.- Una aproximación a los efectos de cuidar a una persona dependiente**

De sobra es sabido que cuidar a una persona dependiente acarrea efectos considerables sobre el cuidador. Son situaciones inherentes a todo tipo de patologías y edades, puesto que cuando una persona tiene que ejercer labores de cuidado, lo lógico es que esta ocupación vaya en detrimento de otras parcelas de su vida social, laboral, afectiva o familiar. Da igual que se trate de dependientes jóvenes o mayores, patologías físicas, neurológicas o emocionales. El cuidador ha de hacer renuncias, muchas veces, en contra de su voluntad y replantearse una vida caracterizada por la entrega continua y la asunción de nuevas responsabilidades. De ahí que, en estos casos, siempre se plantee la misma cuestión al constatarse las repercusiones en estas personas de estos cuidados: «¿quién cuida al cuidador?».

Cuidar de una persona mayor dependiente supone hacerse responsable de innumerables tareas «extra», que desbordan con frecuencia las posibilidades reales de la persona cuidadora.

Uno de los conceptos que más se han analizado es el concepto de «carga», al referirnos al impacto que produce en sus cuidadores tener que cuidar a familiares mayores enfermos.

Un buen número de autores coinciden en la multidimensionalidad de esta carga, clasificando los efectos en cuanto a su etiología, teniendo así afectación a la salud, estado de ánimo, problemas familiares, sociales o incluso de índole laboral. Tales efectos irán regulados en función del tipo de cuidado, del tipo de enfermedad, su evolución, las necesidades del enfermo, los costes económicos, el apoyo externo o de otros

miembros del entorno familiar, etc... La depresión y la ansiedad son manifestaciones frecuentes en este tipo de situaciones.

El cuidado afecta a la vida familiar, a las relaciones sociales, a los recursos económicos, al trabajo y a las carreras profesionales, en ocasiones frustradas, y un largo etcétera. Pero las consecuencias del cuidado, que siempre se han contemplado como algo negativo, tienen también connotaciones positivas y pueden ayudar a crear un clima que incremente la cohesión.

Porque el hecho de cuidar no siempre tiene que generar situaciones negativas, también hay que destacar las repercusiones positivas, como pueden ser las ganancias subjetivas percibidas, el crecimiento personal experimentado, la satisfacción personal por ayudar a sus familiares y la proximidad con ellos, el incremento de la autoestima, el dotar de un mayor sentido a sus vidas, el obtener aprendizajes vitales y la sensación de sentir que el momento placentero de su familiar les producen también a ellos placer.

En general, podemos concluir que el trabajo de cuidar, especialmente los cuidados que se dispensan a un familiar directo en el domicilio, acarrean todo tipo de efectos, tradicionalmente catalogados como negativos, pero que también están empezando a contemplarse como algo positivo, enriquecedor y funcional.

### **3.- Repercusiones del cuidado sobre las personas cuidadoras familiares de mayores con demencia / enfermedad de Alzheimer**

Como anteriormente hemos comentado, cuidar es una experiencia estresante por numerosos motivos. Cuando hablamos de consecuencias relacionadas con el cuidado, la literatura pone el acento en las consecuencias derivadas de cuidar a pacientes con Enfermedad de Alzheimer o bien demencia genéricamente hablando, quizás porque son las patologías que generan más dependencia y porque su manejo es complejo. El conjunto de síntomas unido a la inexistencia de un tratamiento curativo hace que sea demoledor tanto para el enfermo como para sus familiares. Además de los problemas de memoria, de lenguaje y de la función ejecutiva derivados de la propia patología, la demencia tiene asociados numerosos problemas de conducta y de comportamiento que dificultan la interacción diaria entre cuidador y enfermo y las relaciones sociales. Otra característica a tener en consideración es que las demencias necesitan un cuidado de manera continuada que, lejos de ir a menos, aumenta con el avance de la enfermedad. Además, la funcionalidad del paciente se va deteriorando, incrementando la presión sobre el cuidador con la aparición de sobrecarga en el mismo. Esta sobrecarga está estrechamente relacionada con el estado de salud del cuidador.

Por otro lado, la evolución de la demencia, no siempre es previsible y dista mucho de obedecer a un mismo patrón en todos los enfermos. Esto hace que el cuidado tenga que ser dinámico, lo cual obliga a hacer adaptación de las rutinas habida cuenta de que las necesidades de los enfermos van variando.

Según uno de los últimos informes de la Confederación Española de Familiares de Enfermos de Alzheimer (CEAFA), «Consecuencias de la enfermedad de Alzheimer y otras Demencias en los Cuidadores familiares» realizado en 2017, el cuidador familiar no asume su necesidad de autocuidado. Normalmente, cuando los síntomas de agotamiento físico y mental son muy evidentes, recurren a tratamientos médicos, como



fármacos para dormir o para tratar la ansiedad, la depresión, la fatiga, la cefalea, síntomas gastrointestinales, musculares, etc. Además, poco a poco, los cuidadores van recurriendo a las terapias psicológicas o Grupos de Ayuda mutua, pero normalmente son también a modo paliativo y no preventivo. La falta de tiempo libre y de intimidad del cuidador, el deterioro de su vida social, la sensación de pérdida de control sobre su vida, los síntomas arriba mencionados y deterioro neto sobre su salud constituyen el conocido «síndrome del cuidador quemado».

A modo genérico podríamos estructurar las consecuencias en cuatro epígrafes:

- Consecuencias físicas y psíquicas, relacionadas con la salud:
  - dolencias físicas.
  - estrés.
- Consecuencias sociales, relacionadas con el ocio y tiempo libre:
  - menos tiempo para relaciones sociales.
  - aislamiento familiar.
- Consecuencias relacionadas con la economía y el trabajo:
  - mayor gasto.
  - reducción de jornadas laborales.
- Consecuencias familiares:
  - deterioro de las relaciones dentro de la familia.
  - cambio de roles.

Las demencias, más concretamente la enfermedad de Alzheimer, como avanzábamos líneas atrás, se acompañan de unos síntomas que complican más aún el cuidado. Hablamos especialmente de síntomas neuropsiquiátricos, que aparecen a la vez que los síntomas cognitivos que definen la enfermedad y que causan una gran repercusión en la calidad de vida tanto de paciente como de cuidador. Los trastornos del sueño, que se dan en el 75% de los casos; la depresión; la apatía como síntoma con frecuencia persistente a lo largo de todas las fases de la EA; la agitación y/o agresividad, que se da entre un 20% y un 50%; o la psicosis, que puede ser desde leve sin apenas causar distrés a grave, que puede ocasionar peligros al propio paciente o a su entorno.

Hablando de consecuencias relacionadas con la salud psíquica, los factores del paciente que más contribuyen a la sobrecarga, tanto inicialmente como a los dos años, fueron precisamente los síntomas neuropsiquiátricos y también la dependencia funcional. Los trastornos del sueño, la incontinencia, el vagabundeo y las conductas peligrosas que aparecen al avanzar la demencia, se han relacionado con una mayor inquietud en el cuidador; la apatía se ha asociado con un mayor malestar psicológico y físico; las conductas disruptivas y la desinhibición se han relacionado con la presencia de sintomatología depresiva y la presencia de síntomas depresivos en el paciente, con mayor carga subjetiva.

A lo largo de diferentes estudios se comprueba que los cuidadores familiares están expuestos a situaciones que incrementan el estrés, la ansiedad y que, por tanto, configuran un colectivo a tener en cuenta a la hora de establecer políticas de intervención que deriven en una mejora de la calidad de vida del enfermo. En cualquier caso, la

irrupción de la EA en la familia implica a todos sus miembros en mayor o menor medida, tanto para los que colaboran cuidando como para los que optan por alejarse, algo que hace que esta enfermedad podamos calificarla como «enfermedad familiar».

Según CEAFA, la sociedad desconoce la enfermedad de Alzheimer y la dimensión real del trabajo que realiza un cuidador familiar con la persona afectada. El cuidado, generalmente, no está valorado, generalmente, ni dentro del núcleo familiar ni en la sociedad debido precisamente a ese desconocimiento de lo que supone una atención continuada 24 horas. Y tal y como se desprende de este informe de CEAFA, el cuidador evita dar explicaciones sobre las conductas del enfermo y prefiere no socializar y mantenerse en su casa aislado del entorno o simplemente socializar con personas de su familia conocedoras de la situación. Este sentimiento de vergüenza conlleva un aislamiento social.

El impacto económico del Alzheimer es difícil de cuantificar, ya que implica tanto costes económicos directos, cuantificables derivados de la atención al paciente (gasto sanitario, atención domiciliaria...), como costes indirectos, derivados de los cuidados informales. Los costes directos sanitarios aumentan según progresa la enfermedad, ya que los pacientes van a urgencias con más frecuencia, sus estancias hospitalarias son más largas y necesitan más cuidados médicos domiciliarios.

Según un estudio llevado a cabo por González y Pardo<sup>3</sup>, las familias soportaban hace siete años, por término medio, el 68% de los costes directos (6.094 euros/año) y el total de los indirectos (20.055 euros/año, en el caso de servicios no profesionales, y 41.737 euros/año, si son servicios profesionales), tanto los costes directos como los indirectos se incrementan con el avance de la enfermedad existiendo una correlación positiva entre los costes y la gravedad de la misma.

En cuanto a las relaciones familiares, el manejo de la enfermedad de Alzheimer, con independencia de que esté centralizado en un cuidador principal, afecta en mayor o menor medida a todos los miembros de la unidad familiar. Empezando por la relación con el enfermo que se va a ver alterada y modificada conforme avanza el deterioro, las relaciones entre el resto de miembros, que se tienen que enfrentar a una situación hasta cierto punto hostil, crea tensión y desencuentros en el día a día. Lo normal es que los roles familiares se redefinan en función de las nuevas responsabilidades y fruto de la interpretación, interiorización de la enfermedad y estilos de afrontamiento a la misma. Conviene resaltar que el que decide no cuidar o alejarse del núcleo, no está exento de sufrir otro tipo de consecuencias como sentimientos de culpabilidad o angustia por no ser capaz de sobrellevar la situación. ●

<sup>3</sup> GONZÁLEZ CAMACHO, M. CARMEN y PARDO FANJUL, ANA (2014): «Estimación del coste para las familias de la enfermedad de Alzheimer y otras demencias» en *Humanismo y Trabajo Social*. Vol. 12, 2013. [55-68].

# MÁRTIRES

**ENRIQUE DEL PINO**

---

En el nº 144 (p. 26-34) de *Cuadernos de Encuentro* correspondiente al primer trimestre del año en curso, se ha publicado un interesante artículo acerca de las catástrofes que vivimos, en el cual hace un somero repaso de personas, hombres y mujeres, que dieron su vida en aras de ideas y conceptos. Son casi todas españolas y estremece leer sus nombres. Especialmente el que alude al fraile franciscano Maximilian Kolbe, un intelectual polaco que cayó bajo el terror nazi y acabó en el campo de Auschwitz en calidad de prisionero. No me es posible en este artículo relatar la historia de su vida, por otra parte más que divulgada, pero sí destacar que fue muerto en ese lugar al ofrecerse a ocupar voluntariamente el puesto de otro preso, que iba a ser diezmado. La Iglesia lo ha santificado no hace muchos años.

Se cuentan por miles los hombres y mujeres que durante su paso por el mundo dejaron huellas imborrables, que la Historia recoge como ejemplares, pero son muchos más los que en el silencio de cada día ofrecen lo mejor que tienen, que es la vida, como ofrenda personal. Kolbe es un exponente. El profesor Hernández lo ha elegido para recordar cuán grande es el espíritu humano en tiempos de dificultad, cuando no de tiranía y sinrazón. Como era de esperar, no ha abundado en su biografía, y se comprende dada la naturaleza de la publicación, pero estimo que me permitirá hacer unas cuantas glosas a su escrito.

Kolbe no murió exactamente por una idea sino por la Vida, que es la realidad radical, la Verdad en estado puro. Otros mártires entregan la propia a cambio de nada, por salvar al naufrago, confiado a que de su acción se desprenda la salvación de los condenados, incluida la suya. Es una apuesta infinita, que pone en las manos de Dios, del Dios que sea, que no le resta un ápice de heroísmo. Kolbe, que en sus tratos místicos se extasiaba, da un paso más y ve que en el anónimo compañero de fatigas que los verdugos van a diezmar, que no conoce de nada, late una vida hogareña, sostiene hijos, y entiende que puede ofrecer la suya para salvarla. Y sabe que es su condena. Y hace el gesto. Y abre una página nueva en el martirologio universal. La Vida se ha impuesto, una vez más, sobre la Muerte.

Cuando Alemania quedó dividida en dos después de la II Guerra, la Federal y la autollamada democrática, se verificaron muchos crímenes, otros quedaron en el olvido. Y ahí siguen. En la parte tenida por buena, se miró hacia atrás y se quiso hacer justicia a los ojos del mundo. Una fútil prueba de ello le dieron en 1973 editando un sello de correos, que circuló ampliamente por el país, dando a conocer a las nuevas generaciones el gran tesoro que sus compatriotas perversos sometieron al frío y al hambre, hasta la consumación. Precisamente un polaco, aunque de padre alemán, la tierra que fue masacrada por el lunático asesino de masas que fue Hitler. Hubo muchos casos más. Desde Ana Frank hasta Lidice, desde niñas con la voz enterrada en el ático hasta pueblos enteros. ¿Y todo por qué? Porque eran tiempos donde la Vida estaba en almoneda. Donde unos pocos, endemoniados y en estado de enajenación incomprensible, disponían de las personas a su antojo, sin darles opción ni réplica, idiotizando

a poblaciones normales, engañándolas con falsas promesas, mintiendo, robando, obcecados con una luctuosa manera de entender que el paso por este mundo es arena movediza.

Maximilian Kolbe ha merecido críticas de las izquierdas de todo el mundo. Se ha dicho de él que estaba tuberculoso y que dio ese paso porque «sabía» que estaba condenado a muerte, luego que no era un acto de piedad sino de suicidio. Que la propaganda obraría a su favor. Que, puestos a dar la vida más pronto que tarde, ¿qué más le

daba adelantarla un poquito? ¡Mezquinos comunistas! No han entendido nada del cocido que está sobre la mesa. No han aprendido a valorar no ya la Vida en sí sino un aliento, una bocanada de aire, un suspiro, una brizna de paja en el mosaico universal que es este tablero en el que jugamos. En su devenir llevan la penitencia. Kolbe fue, y será pese a su mala prensa, un ejemplo de caridad que, a mitad del siglo pasado, cuando los nubarrones tapaban los destellos solares, apostó por la Vida. Un dato: el hombre que salvó sobrevivió a la guerra.

Muchos años después, cuando un escritor saca su nombre a escena, en España, un arrogante político de tres al cuarto organiza «su» Parlamento para aprobar una ley que garantiza la eutanasia. Con otras palabras, que la gente se mate entre sí. Desde luego, con todas las garantías. ●

**MAXIMILIANO KOLBE**  
El sacerdote héroe de Auschwitz

- En la II Guerra Mundial fue llevado al campo de concentración de Auschwitz.
- Durante su encierro se dedicó a brindar auxilio espiritual a sus compañeros.
- Un día, los nazis eligieron a diez presos para dejarlos morir de hambre.
- Uno de los elegidos suplicó por su vida y el padre Kolbe pidió tomar su lugar.
- "Maximiliano Kolbe hizo como Jesús, no sufrió la muerte, sino que donó su vida". San Paulo VI.

Desde la fe

## Algunos hitos ilustres que señalaron

# CAMINOS HACIA LA MONTAÑA

**DIEGO FERNANDO CÁMARA LÓPEZ**

---

*Hay que sentir el pensamiento  
y pensar el sentimiento.*

*Miguel de Unamuno*

La tarde empezaba a caer en la *Laguna Grande*, en pleno *Circo de Gredos*. Yo estaba allí junto con un grupo de amigos para dormir en el *Refugio Elola*<sup>1</sup>, pues teníamos pensado seguir haciendo esquí de travesía al día siguiente en la zona del *Almanzor* para bajar esquiando por *el Gargantón*. De pronto, empezamos a oír el ruido de un helicóptero que se acercaba, lo que presagiaba un accidente, porque lo de los móviles sólo eran piezas aptas para novelas de Julio Verne en caso de tener que pedir un rescate, si bien al refugio no había llegado ningún aviso de alarma. Prestamos por tanto la debida atención.

El helicóptero se acercó, tomó tierra y de él descendió un hombre que desde luego no parecía ser montañero, tanto por la vestimenta que llevaba como por su redondeada figura. Cuando estuvo a unos pasos ya pudimos reconocer al Premio Nobel de Literatura Don Camilo José Cela. Estuvo un buen rato charlando con varios montañeros que parecían conocerlo personalmente, aunque de todas formas se le notaba como fuera de sitio, algo incómodo, deduzco que por el evidente contraste que hacía su perfil nada atlético y su muy arreglada persona con la pinta del común denominador de los presentes, pues es necesario advertir que la moda «pirata arriscado» era la que triunfaba entonces por aquellos lares, y además me temo que también alertado por algunos olores que llegaban del entorno y del interior del refugio, entonces bastante descuidado, en el que tenía pensado cenar y pasar la noche. Por lo que hablaron, o la forma en la que se expresaron, o por lo que sintió, dijo con tono y palabras contundentes, pues así era Don Camilo: «Sí, desde luego la montaña tiene que ver muy poco con la aristocracia», por otro lado algo en consonancia con su forma de pensar, y es que a los caminantes de montaña nos consideraba como sus «*vagabundos hijos*». Como yo no estaba en el corro de los contertulios tuve que callarme, pero me sorprendió tal aserto, si es que lo decía con sinceridad, pues era de suponer que el autor de *Judíos, moros y cristianos*, que demostró con esta obra tanta curiosidad por Gredos precisamente y máxime con su extraordinaria cultura, no supiera algo más sobre la historia del macizo, (al que Unamuno llamó *espalda de Castilla*), porque había estado muy vinculado al Rey Alfonso XIII, ya que por su enorme afición a la actividad cinegética se declaró *Coto Real*<sup>2</sup> lo que vino a facilitar en gran medida el descubrimiento y acercamiento de sus

<sup>1</sup> Al menos así se llamaba antes de que se abatiera la epidemia de origen ancestral, que fue incubada en el Lazio italiano con el nombre de «*Damnatio memoriae*».

<sup>2</sup> La caza, se quiera o no reconocer hoy, de forma objetiva ha sido protectora de la naturaleza en España, al imponer acotamientos a la actividad económica para usos distintos y evitándose así la sobreexplotación.

rincones a la gente de ciudad, gracias a la apertura de variadas rutas para permitirle disfrutar de su afición, y basta citar el nombre de *Senda Real* como botón de muestra, que permite un cómodo acceso a *Cinco Lagunas* desde el mismo *Circo*.

La vinculación aristocrática, ahora ya considerada en sentido amplio, tiene su origen desde el mismo inicio de la aventura montañera, entendiendo como tal la historia del encuentro físico o sentimental entre las montañas y las personas ajenas a su entorno, no vinculadas con ellas por obligación, como sería el caso de pastores, cazadores y campesinos en la búsqueda de su sustento cotidiano.

Sabemos que Petrarca, que además de poeta era geógrafo, subió al *Mont Ventoux* en 1336 para emular a Filipo V de Macedonia en su aventura del monte *Hermo*, y que Leonardo da Vinci quedó prendado por el paisaje en el monte *Bó* a comienzos del siglo XVI. En el Renacimiento el hombre se acerca a la naturaleza con un interés exclusivamente científico, siendo ejemplos de ello el estudio topográfico de los Alpes realizado por Aegidius Techudi o la *Cosmografía* de Sebastián Munster. Hay que esperar hasta mediados del siglo XVIII para que con el Romanticismo, la mirada de la persona se vuelva hacia sí misma y junto con el racionalismo científico de una pléyade de escritores, pintores, físicos y científicos de todos los ámbitos aparezca en el orbe del pensamiento humano el sentimiento por la montaña, otra perspectiva original para ser considerada. Uno de sus grandes precursores fue Rousseau y precisamente su novela *La Nouvelle Héloïse* incitó a Goethe a recorrer sus escenarios alpinos y le empujó a llegar a la cima del *Vesubio*.

Si bien todos estos nombres representan ya una verdadera aristocracia en cuan-



Refugio Elola

to al saber de su tiempo, existe una histórica y asombrosa ascensión, que se conecta directamente no sólo con la estricta aristocracia devenida por los genes, que no forzosamente como bien se conoce conlleva nobleza de carácter, sino con una decisión desinteresada, que incluso se podría calificar de caprichosa, por conseguir una cumbre: nada menos que en 1492, el Rey francés Carlos VIII ordenó al capitán Antoine de Ville, señor de Dompulión que subiera a la cima del *Mont Aiguille*, una torre de 2.097 metros de altitud, que a simple vista parece inexpugnable e impresiona por su verticalidad. Como nobleza obliga y más le obligaba



*Las primeras escaladas al Naranjo de Bulnes o Pico Urriellu*

la orden de su rey, acometió el citado capitán tal empresa ayudado por algunos acompañantes, y ante la sorpresa de todos, el día 7 de junio de 1492 consiguieron llegar a la cima en la que permanecieron varios días, construyendo con los restos de una escalera 3 cruces de madera que quedaron allí plantadas, y descendiendo al valle sin ningún contratiempo. Una aventura ciertamente singular para la época.

No quiero dejar de mencionar por su interés, y dando un salto al nuevo mundo, la expedición de Hernán Cortés a México, en la que ascendió al volcán *Popocatepétl* (5.400 mts) el capitán *Diego de Ordás* en 1519, y la más pacífica del sabio francés La Condamine que llegó en 1736 a la cumbre del *Ruscu Pichincha* en Ecuador, con una altitud de 4.640 metros.

Retomando nuestra anterior exposición de hace un par de párrafos, en 1760 llegó a Chamonix desde Ginebra el ilustrado Horace-Benedict de Saussure, y se topó casi literamente con la enorme mole del *Mont-Blanc*, la cima más alta de Europa con sus 4.809 metros y sus nieves eternas. Comienza con él la verdadera etapa de pasión por la montaña, que no dejará ya de penetrar en todas las capas sociales, pues antes sólo habían ido llegando unos pocos privilegiados<sup>3</sup> que podían permitirse viajar hasta ellas casi siempre para «tomar aguas» por prescripción médica. Con Saussure, un acomodado profesor, se alza el telón para que el burgués vaya del burgo a la conquista de una forma espectacular de la naturaleza, tan espectacular y desconocida que parece que le supera. El proceso de conquista del *Mont Blanc* que culmina en 1786, es el

<sup>3</sup> De todas formas, una expedición a cualquier gran cumbre europea siguió teniendo un alto coste durante mucho tiempo. Cuando se hizo más habitual el alpinismo, los lugareños, que como es natural comenzaron a ejercer de «guías» en sus cercanas montañas, se organizaron eficazmente. Por ejemplo en Chamonix, era exigencia legal para el advenedizo montañero, ir acompañado de al menos 4 guías de la localidad, con sus correspondientes porteadores, y entre otros bártulos ir bien provistos de «coñac, vino y carne».

referente del montañismo tal como se entiende hoy en día, y puede considerarse su partida de nacimiento. Con sus luces y sus sombras aparecen allí en escena el médico Michel-Gabriel Paccard, el cristalero Jacques Balmat, y quizás el contrapunto teatral que representa el cantor de la catedral de Ginebra Marc-Theódore Bourrit. Si nos fijamos al conocer sus motivaciones, aunque sin poner en duda que la principal consistía en su afán de subir a la cumbre, de superar por honor el reto llegando el primero, no cabe duda que también había un «interés» más pegado a lo prosaico (fama, dinero, envidia,..), y lo que resulta por otro lado de forma indiscutible y novedosa es que comienza el movimiento de la iniciativa privada, pues ya desde entonces son los particulares los que por sí mismos organizan las ascensiones, y en gran medida se deja a un lado el impulso de los gobiernos o de las altas esferas de poder que han promovido hasta entonces prácticamente todas las actuaciones de alto nivel, si bien al socaire de motivaciones políticas se retomaría, aunque es cierto que mucho después, la intervención «oficial» fundamentalmente en la conquista del *Himalaya*. En Europa tras el Mont Blanc, llegaría la conquista del piramidal *Matterhorn* o *Cervino* (4.478 mts), conseguida en el año 1865 por la cordada liderada por Edward Whimper, si bien a partir ya de 1800 se habían ido consiguiendo, una tras otra, todas las demás cimas alpinas de menor dificultad y se fueron haciendo habituales nombres como Grindelwald, Zermatt, Cervinia, Courmayer, Breuil... Vendrían también, con eco mundial, las expediciones de *Luis de Saboya*, Conde de los Abruzzos, para pasar posteriormente a los *Andes* y al *Himalaya*. Al día de hoy el telón sigue sin caer. Con razón, en su obra *La montaña y el hombre*, dejó escrito Pierre Dalloz: «Como todas las necesidades profundas del hombre, la altitud es universal».

A otra escala y con retraso, en España el proceso más o menos se repite, aunque esto ya sea otra historia, y por tanto sólo quiero dejar aquí constancia de que nuestro Mont Blanc, el *Pico Aneto* (3.404 mts) con su menguante glaciar, no se asciende hasta 1842 por un grupo de franceses comandados por Platon de Tchihatcheff y Albert de Franqueville, y lo que se había considerado históricamente por su dificultad, al menos aparente, como nuestro Cervino, el *Naranjo de Bulnes* o *Pico Urriellu* se escala en 1904 por Don Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias y Gregorio Pérez «el cainejo». Mientras en Londres el Alpine Club se funda en 1857, en España citando los de mayor relevancia, se fundaron el *Centro Excursionista de Cataluña* (CEC) en 1891, el *Club Alpino Español* (CAE) en 1906 y la *Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara* (RSEAP) en el año 1913, pero como he dicho, esto ya pertenece a otra historia. ●



# EL EVANGELIO DE TOMÁS

**JOAQUÍN ALBAICÍN**

Escritor, periodista

De dónde vino y adónde fue tras su muerte Jesús de Nazareth es la gran pregunta que se formula todo estudioso, a cualquier nivel y desde cualquier punto de vista, de la figura del maestro espiritual crucificado en Jerusalén en los días de Poncio Pilatos. Se trata de un interrogante emanado fundamentalmente del incontestable hecho de que Jesús nunca fue cristiano, siendo el judaísmo la única religión que practicó, y nunca –que sepamos– expresó inclinación alguna a convertirse en el fundador de una nueva.

A nuestro modo de ver, continúa vigente la apreciación de René Guénon en el sentido de que: *«Lejos de ser la religión o la tradición exotérica que conocemos actualmente bajo este término, en sus orígenes el cristianismo tenía, tanto en sus ritos como en su doctrina, un carácter fundamentalmente esotérico y, por consiguiente, iniciático»*. Constituía, pues, una vía iniciática, un camino de ascensión espiritual destinado a unos pocos, operante en el seno de la tradición judía y que, por su propio carácter, no aspiraba ni podía aspirar en principio a convertirse en otra cosa. Ese clima y propósito habrían perdurado hasta que se extinguieron primero la comunidad cristiana de Jerusalén agrupada en torno a Santiago, hermano de Jesús, que nunca abandonó los lindes del judaísmo, y, después, los ebionitas, pasando el liderazgo espiritual a ser detentado por judíos de la diáspora, poco observantes de sus tradiciones y que permitieron y fomentaron la incorporación de gentiles a sus filas.

El esclarecimiento de qué pudo ser el cristianismo original es asunto para el que resulta menester no reducir las fuentes de estudio a los libros que hoy conforman el *Nuevo Testamento*, pues ahí están también los *Evangelios Apócrifos* y otros escritos que, a lo largo del siglo XX, vieron la luz tras permanecer largo tiempo ocultos bajo las arenas del desierto. Uno de ellos es el *Evangelio de Tomás*, editado por *Obelisco* y que fue descubierto en 1945 en Kenoboskión, el enclave egipcio donde fundó en 320 d. C. San Pacomio el primer monasterio cristiano. Es un texto anterior a los Evangelios canónicos, cuyos contenidos pueden encontrarse en gran medida en estos y que, como señala en el prólogo Julio Peradejordi, no se trata tanto de un Evangelio propiamente dicho como de *«la más amplia colección de dichos de Jesús o de Palabras atribuidas a Jesús que se nos haya transmitido nunca»*. Y siempre, debe decirse, desprende atractivo la asociación de un manuscrito a Tomás, el más enigmático –junto a Juan– de los Apóstoles y cuya figura nos remite, en las leyendas posteriores, al Reino del Preste Juan, Buddha, Enrique *El Navegante*, los Reyes Magos y una India que no figura en los mapas.

En lo que se refiere a esta índole de obras, subraya acertadamente Peradejordi, es usual que se proceda a *«extrapolación de datos históricos a partir de un texto esencialmente simbólico, lo cual resulta tan absurdo como, por ejemplo, pretender explicar desde la óptica de las ciencias naturales o la biología un haiku japonés que tratara de la caída de las hojas en otoño»*. Y muy pertinente resulta también su comentario acerca de la confusión sufrida por muchos comentaristas entre gnosis y gnosticismo, debiendo en propiedad traducirse gnosis como la sabiduría insuflada por el espíritu y dejar el

término gnosticismo para designar a «las distintas corrientes o sectas más o menos heréticas que en la época pretendía acceder a la gnosis», recordándonos que: «El término que muchas versiones modernas de los Evangelios traducen como sabiduría o ciencia, en el texto original griego es gnosis».

Viene a propósito, en este sentido, traer a colación cómo, en su a nuestro juicio esencial ensayo *El diagrama del Primer Evangelio*<sup>1</sup>, Javier Gómez de Liaño explica del más elocuente modo cómo los cuatro evangelistas canónicos, lejos de relatar hechos históricos de los que no habían sido testigos, trasladaron al papel los «hechos» por ellos presenciados en estado visionario o de éxtasis. Los Evangelios no serían pues, tanto textos históricos en el sentido más literal de la palabra como «escenas» transmisoras de una enseñanza. En cuanto a este *Evangelio de Tomás* que comienza: «He aquí las palabras secretas que ha dicho Jesús el viviente»... se inclina Peradejordi por interpretar esta afirmación no tanto en la dirección de que esas enseñanzas estén destinadas sólo a unos pocos iniciados o elegidos como en la de que fueron pronunciadas con la intención de ser interpretadas por la inteligencia del espíritu, y no por la inteligencia de la carne. Nosotros creemos que se trata de las dos cosas.

Completa esta edición del *Evangelio de Tomás* una reflexión de Peradejordi sobre *El Canto de la Perla*, esa parábola esencial incluida en los *Actos de Tomás* que no sabemos por qué no se decide ya a publicar y que en el pasado comentó de magistral y más extenso modo en *Esperando el Milenio*<sup>2</sup>, volumen que en 1985 agrupó las conferencias pronunciadas por los distintos ponentes –además de él: Daniel Bonet, Jaime Cobreros, Luis Miguel Martínez Otero y Jean Phaure– en la *II Semana de Estudios sobre el Pensamiento Heterodoxo* de San Sebastián.

Hasta aquí estos apuntes a vuelapluma acerca de un escrito atribuido a la mano de un Apóstol a quien siempre, como a los peregrinos de la Ruta de la Seda, como más gusto de imaginar es en calidad de arquitecto del palacio del Rey Gundafor de India... donde ambos, a buen seguro, siguen morando a día de hoy. ●



<sup>1</sup> Siruela, Madrid 2003.

<sup>2</sup> Ediciones 29, Barcelona 1985.

# LOS NIÑOS Y LA MÚSICA MARCIAL (2)

**ANTONIO MENA CALVO**

Comandante de Infantería (R). Profesor de Historia y Estética de la música Marcial del IHCM

## Batallones Infantiles

Como vimos en nuestro artículo anterior, del nº 144 de esta revista, cornetas, trompetas y tambores menores de edad de los Ejércitos, han realizado actos heroicos en los campos de batalla. Este hecho determinó que los gobernantes de diversos países, incluida España, propiciasen la creación de asociaciones civiles, aunque dirigidas en parte por militares, diesen una formación castrense a los niños y adolescentes que voluntariamente lo deseasen. En nuestra Nación la idea fructificó y se extendió a las escuelas públicas donde se formaron los denominados Batallones Infantiles Escolares.

La instrucción, digamos Premilitar, solía correr a cargo de un oficial del Ejército retirado por la edad reglamentaria y que residiera en la localidad del centro de enseñanza<sup>1</sup>. El primer Batallón infantil español se creó en 1897, no sabemos con certeza si esta idea nació en nuestra Patria o en Alemania, Gran Bretaña o Francia. En el libro *Juventudes de vida española: El Frente de Juventudes Historia de un proyecto pedagógico*, de Manuel Parra Celaya se nos dice que en 1883 se crearon en Francia Batallones Escolares.

En España el número de batallones infantiles e incluso regimientos fue multiplicándose tanto en las ciudades como en los pueblos. La Fundación Joaquín Díaz con sede en Ureña (Valladolid), nos ha facilitado documentación sobre los Batallones Infantiles, entre la información gráfica figura una fotografía del 1<sup>er</sup> Batallón del Regimiento Infantil de Sabiñán, pueblo de la provincia de Zaragoza en la comarca de Calatayud. Este hallazgo documental nos indica la existencia en el Reinado de Alfonso XIII de organizaciones cívico-militares de cierta entidad en nuestra Nación.

La citada fotografía no tiene fecha pero por los uniformes que llevan los alumnos de esta unidad parecen ser de 1898. En cuanto al repertorio musical de los Batallones Infantiles apenas tenemos noticia; en su mayor parte, como veremos más adelante, serían provenientes del Ejército aunque también los compositores civiles y militares escribieron obras para dichos batallones. El primer ejemplo de estas realizaciones lo tenemos en la «Marcha de la alegría», del Músico Mayor (director) Pascual Marquina (1873-1948), pieza dedicada al Batallón Infantil de Calatayud (Zaragoza), su ciudad natal. El segundo ejemplo corresponde al célebre compositor de zarzuelas y revistas musicales Francisco Alonso, autor de muchas páginas musicales castrenses; nació en Granada en 1887 y fallece en 1948.

En 1947 el cine español produce la película «Forje de almas» basada en la vida ejemplar de un insigne burgalés, el Padre Andrés Manjón fundador de las Escuelas del

<sup>1</sup> El tema de los Batallones Infantiles ha sido tratado por el historiador y comentarista Miguel Parrilla, Comandante de Infantería retirado, en la Revista *Militares* de la Asociación de Militares Españoles (A.M.E.) de octubre de 2003.

Ave María que en tierras de Granada llevó a cabo una extraordinaria labro social entre las gentes del Sacromonte, creando, entre otras obras, batallones infantiles en determinados centros de enseñanza e instituciones públicas, algunas de carácter religioso y asistencial hecho corriente en el siglo XIX y principios del XX.

«Forja de almas» retrata la creación de uno de estos batallones integrado por gitanillos del barrio del Sacromonte que con toda marcialidad desfilan alegremente y animosos a los sones de un bonito pasodoble militar. Esta composición escrita por el Maestro Alonso para la mencionada película, ha sido incluida en el repertorio de las músicas militares, especialmente del Ejército del Aire y de la Armada.

### Actividades de los Batallones Infantiles

En su mayor parte los Batallones Infantiles, especialmente y como era lógico, los escolares dedicaban al estudio de la Historia y Geografía de España una atención especial. A través de estas disciplinas se inculcaba en los alumnos un mayor conocimiento de España y por ende el amor hacia ella. Esto no quiere decir que los Batallones Escolares no prestaran la atención debida a la instrucción castrense, como lo prueba el hecho de que a partir de 1898, el año de la pérdida de nuestras tierras en Ultramar, se implantó en las escuelas públicas la asignatura denominada *Formación militar* (y patriótica) que décadas después se introdujo en los planes de estudio una asignatura análoga con el nombre de *Formación del espíritu nacional* en todos los niveles de enseñanza.

Respecto a la instrucción y actividad propiamente militares se implantó en principio la de Orden cerrado, es decir, movimientos de armas, evoluciones preparatorias para los desfiles y concentraciones, como así mismo para las procesiones religiosas y otros actos litúrgicos. El orden abierto se practicaba en los campamentos organizados por los propios batallones, con sencillos y elementales supuestos tácticos. Estas prácticas debieron hacerse con fusiles de madera parecidos a los utilizados por flechas de la O.J. (Organización Juvenil de F.E. de las JONS) en la década de los 40 del siglo XX.

De cara a la población, el principal objetivo de los desfiles, concentraciones y conciertos públicos de los Batallones Infantiles, era elevar el ánimo y la moral de la población y el amor patrio decaídos por el desastre militar y político de 1898. Todas estas manifestaciones eran armonizadas con el sonido de los cantos patrióticos y marchas militares de las bandas de cornetas y tambores de los batallones y en ocasiones especiales bandas de música del ejército. No lo sabemos con certeza pero es muy posible que algún batallón infantil tuviera este tipo de formación bandística.

Entre los cantos patrióticos cívico-militares que se escribieron a finales del siglo XIX y principios del XX el que pasó la barrera del tiempo y llegó hasta 1940 en que lo entonábamos en las escuelas fue el «Canto a la Bandera o Salutación de la Bandera». Esta magnífica composición se la debemos a Sinesio Delgado, escritor, periodista y fundador de la Sociedad General de Autores de España, la letra dice así:

¡Salve Bandera de mi Patria, salve!  
Y en alto siempre desafía al viento.  
Tal como el triunfo por la tierra toda  
Te llevaron indómitos guerreros.

Tú eres, España, en las desdichas grande,

Y en ti palpita con latido eterno  
 El aliento inmortal de los soldados  
 Que a tu sombra, adorándote murieron.

Cumbres el tiempo en que mi madre reza  
 Las chozas de los míseros labriegos  
 Las cunas donde duermen mis hermanos  
 La tierra en que descansan mis abuelos.

Por eso eres sagrada. En torno a ti,  
 A través del espacio y de los tiempos  
 El eco de las glorias españolas  
 Vibra y retumba con marcial estruendo<sup>2</sup>.

¡Salve Bandera de mi Patria, salve!  
 Y en alto siempre desafía al viento  
 Manchada por el polvo de las tumbas  
 Teñida por la sangre de los muertos.

A este poema habría que sumar «La Canción del soldado», del mismo autor que el «Canto de la Bandera», con música de José Serrano, autor de zarzuelas tan conocidas como «Moros y Cristianos», «La alegría del Batallón» y «Los de Aragón». En el 1917 se estrenó en la plaza de toros de Valencia la «Canción del soldado», con la participación de la Banda de Música Municipal de la ciudad y todas las formaciones bandísticas militares de la guarnición. El gran éxito del estreno fue inenarrable; la obra fue premiada por el Gobierno con la Gran Cruz al Mérito Militar con distintivo blanco. La «Canción del soldado», además de incluirse en los repertorios de las músicas militares, también la introdujeron en los Batallones Infantiles independientes.

Los actos de la Jura de la Bandera y de izar y arriarla con el canto de himnos patrióticos y oraciones por los Caídos, eran los más solemnes y emotivos, no olvidemos este ocurría en los años de guerra y postguerra.

### Bibliografía

- PARRA CELAYA, MANUEL: *Juventudes de vida española. El Frente de Juventudes. Historia de un proyecto pedagógico*. Edita: Fundación Editorial San Fernando. Madrid. 2001. 541 p.
- QUINTANA JATO, BEATRIZ: *Sinesio Delgado y el Madrid del 98*. Cálamo Ediciones Palencia. 1999. 190 p.
- SAGRADÍA, ÁNGEL: *El compositor José Serrano (Vida y Obra)*. Organización Sala Editorial. Madrid. 1972. 131 p.

### Documentación

- Facilitada por la Fundación Joaquín Díaz, con sede en Urueña (Valladolid), a la que agradecemos muy sinceramente su colaboración desinteresada. ●

<sup>2</sup> Recuerdo que al llegar a la estrofa “Vibra y retumba con marcial estruendo”, todos los niños levantábamos la voz en grito lo cual, como era lógico, enfurecía a los profesores.

# LIBROS

## NAVES EN LLAMAS

### Catolicismo: ¿fin de ciclo o ciclo final?

Para un creyente, la disyuntiva que encabeza este artículo apenas es relevante: tenemos la promesa de que, al final de los tiempos, Cristo triunfará; lo que no quiere decir que el discurrir de la Iglesia militante sea apacible y garantía de éxito mundano.

Pero, como propuesta de análisis y reflexión –en torno al cual giran múltiples dimensiones de la Iglesia católica europea– se despliega en esta ocasión que reseñamos, eficazmente, a modo de introspección punzante; también cuando son ojos no católicos quienes escrutan su evolución.

En esa línea, uno de los méritos de los redactores de la revista de cultura y pensamiento, impresa de San Sebastián, *Naves en Llamas*, ha sido convocar, para este número 11 monográfico, a un grupo numeroso y dispar de analistas en torno a ese dilema central: católicos tradicionalistas unos (Carmelo López Arias), parroquianos implicados otros (José Manuel Contreras Naranjo, implacable en su exposición acerca de la realidad de la catequesis pre-matrimonial); militantes de diversas sensibilidades eclesiales (Nuria Sánchez, de *Encuentro y Solidaridad* y Antonio Flores, de *Comunión y Liberación*); periodistas especializados (Francisco José Fernández de la Cigoña, acaso el bloguero más seguido en el catolicismo de habla española, Jesús Bastante, redactor jefe del progresista *Religión Digital*); un político de notoria trayectoria catalanista, como Josep Mirò i Ardévol, o un claro exponente del bisoño VOX, caso de Francisco Contreras Peláez; españoles, casi todos, un argentino (el filósofo Alberto Buela), un mexicano y dos franceses (así, Julian Langella, uno de los representantes más cualificados del novedoso neo-tradicionalismo francés, quien aborda entre otras cuestiones la recepción en la Iglesia del concepto de identidad); intelectuales de la talla del neo-derechista Alain de Benoist o Adriano Erriguel; etc., etc.

Pero no es posible aproximarse a la realidad de la Iglesia sin abordar la realidad profunda y misteriosa de su dimensión martirial, labor asumida brillantemente por el sacerdote Jorge López Teulón (postulador para las causas martiriales de la Provincia Eclesiástica de Toledo y la diócesis de Ávila).

También hay espacio para la política practicada por los católicos españoles, temática mayormente abordada por Fernando Vaquero en tres ensayos y, acaso, la sección más cuestionable para este cronista, por lo accidental de su naturaleza: Católicos en política: solos o en compañía de otros; El populismo, ¿herejía neomaurrasiana? El tercero de ellos es particularmente grato a quien suscribe esta nota, no en vano la historia que Vaquero reseña detalladamente en *Católicos y vascos* y viceversa: *Foro El Salvador*, a modo de ejemplar trinchera frente al terrorismo totalitario de ETA, me toca



muy personalmente, trayéndome a la memoria antiguas luchas, no siempre gratos recuerdos y compromisos que –en esencia– siguen plenamente vigentes.

La dimensión filosófica la cubre José Antonio Ullate con su largo y erudito ensayo intitulado *No podemos no decirnos cristianos*; la teológica, por parte de D. Ángel David Martín Rubio, aborda una actualidad tan lacerante y actual como disolvente: *Entre la protestantización y Gaia*.

En esta ocasión, la revista recupera una interesante crítica bibliográfica del ensayista navarro, prematuramente desaparecido, Pascual Tamburri, sugerentemente titulada *Cristianismo, de la «vuelta a casa» a los varios anticlericalismos*; un bonito detalle que sin duda agradecerán tantos de sus amigos.

Y, como no podía ser menos, una reciente polémica, que ha galvanizado no pocos ambientes católicos, está presente en la sección *Los hijos de la luz frente a los hijos de la oscuridad*. La controversia Viganò llega a *Naves en Llamas*. Un debate entre Carlos X Blanco y Fernando Vaquero, manteniendo, respectivamente, motivadas y razonadas posturas encontradas.

Un apéndice documental cierra el número: *Fe, razón y universidad*. Recuerdos y reflexiones, el célebre discurso del Papa Ratzinger en Ratisbona en 2006, acaso inserto para cubrir una problemática escasamente abordada en este número, que no es otra que la que plantea el Islam en nuestras sociedades posmodernas y secularizadas; y el manifiesto lanzado a la opinión pública por una de tantas entidades católicas españolas que han hecho frente a los daños desatados por el CovVid 19: *Llamados a responder*, una propuesta de la Compañía de las Obras de España.

Un número muy completo; un verdadero laboratorio de ideas; un volumen digno de tenerlo en la biblioteca, pero, sobre todo, para leerlo y meditarlo desde la esperanza cristiana.

Interesados en la revista, véase: <https://amzn.to/3c9jmgF>

**José Luis Orella**

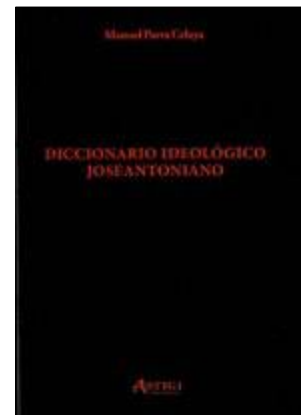
## **DICCIONARIO IDEOLÓGICO JOSEANTONIANO**

**Manuel Parra Celaya**

Editorial Astigi. Sevilla, 2021, 158 páginas,  
(ISBN 978-84-122543-7-2).

José Antonio, más vivo cada día., prestigioso escritor –por méritos propios– y cuya presencia en numerosos medios de difusión es sobradamente conocida desde hace muchos años, acaba de publicar una obra de indiscutible interés. No es la primera que da a la luz en la Editorial Astigi; con anterioridad, fue *Entraña y Estilo* y, más tarde, *Diccionario de campamentos del Frente de Juventudes*, ambas con general aceptación. La última, a la que nos referiremos en las líneas que siguen, se titula *Diccionario ideológico Joseantoniano*

De por sí, el título resulta suficientemente representati-



vo de su contenido, por lo que puede deducirse que nos encontramos ante el libro más importante de este autor. Seguramente, han sido los numerosos años dedicados a la lectura, estudio y reflexión sobre el pensamiento joseantoniano los que han permitido que Manuel Parra haya culminado con éxito la tarea. Los buenos frutos tienen su tiempo de espera y madurez. Ahora parece que había llegado el momento de plasmar por escrito lo aprendido y asumido durante décadas. Desde hace mucho tiempo, la falta de una obra con las características de la que traemos a colación constituía un motivo de lamento por parte de los que se proclaman seguidores de José Antonio.

En efecto, a lo largo de los años, han sido numerosos los trabajos de toda índole dedicados a ese arquetipo (Enrique de Aguinaga dixit), modelo de coherencia y armonía vital. Desde el mismo momento de la muerte de José Antonio, aunque no siempre con similar nivel de calidad científica, numerosas personas han dedicado su atención a la vida y obra de este pensador político (a veces, solo deteniéndose en aspectos secundarios o circunstanciales; en otras ocasiones, intentando elaborar un compendio más ambicioso y profundo).

Este fenómeno de atracción colectiva ha crecido espectacularmente en los últimos años. Parece que el paso del tiempo agiganta la figura de un personaje que, con un estilo claramente crítico, rebelde e inconformista, acompañado de una seria actitud intelectual y de la consiguiente reflexión analítica, se presentó en su momento ante los españoles con las únicas armas de la pluma y la palabra.

Pero, entre otras carencias (¡son tantas!), faltaba una obra como la que comentamos, en la que se desgranaran y sistematizaran los conceptos fundamentales del pensamiento joseantoniano, olvidados por unos, manipulados por otros y, lamentablemente, desconocidos por muchos. Ello aumenta el mérito de la publicación que nos presenta Parra Celaya quien, desde la lealtad insobornable de toda una vida dedicada a la defensa y difusión del cuerpo doctrinal de José Antonio, con una sólida formación humanística, ha trabajado sobre una serie de conceptos y términos fundamentales con la intención de ponerlos al alcance de todas las personas interesadas.

Tras una sucinta exposición de la contextualización histórica de José Antonio, en la España y Europa que le tocó vivir, se abordan cuestiones tan importantes como los valores trascendentes del ser humano (dignidad, libertad, religión...), los aspectos que afectan al hombre y a su entorno (entre otros, España, Hispanoamérica, democracia, derecho, familia, Estado, partidos políticos), los relativos al modo de ser (como estilo, juventud, violencia, muerte), sin que, obviamente, pueda faltar lo económico y social (así, capitalismo, sindicalismo, reforma agraria...) y las inevitables posiciones ideológicas (liberalismo, socialismo, anarquismo, comunismo, fascismo, nacionalsindicalismo y tradicionalismo, entre otras).

Su importancia se acentúa al contemplar la referida necesidad de formación ideológica de algunos de sus leales seguidores. Desaparecidos los fundadores del nacionalsindicalismo (en este caso, de una parcela más reducida, la que solo afecta a la doctrina de José Antonio), el futuro de esa corriente ideológica queda irreversiblemente en manos de sus continuadores. Para ello, resulta imprescindible una sólida formación doctrinal, que debe comenzar con un profundo estudio y conocimiento de los principios fundamentales. En este sentido, el *Diccionario Ideológico Joseantoniano* representa un instrumento de gran ayuda (también, para el trabajo en grupo, con recomendables debates). Por supuesto, se trata de unos apuntes y apreciaciones del



autor que en nada vinculan a los lectores, ni se pretende. Como buen intelectual, Parra Celaya es consciente de que cada uno aporta su grano de arena con la mayor ilusión y esfuerzo (en este caso, además, con calidad). Detrás pueden venir quienes mejoren los resultados. Pero, la primera piedra ya está puesta. Queda todo un camino por delante; el camino infinito de las ideas.

Este diccionario ideológico no peca de excesiva erudición, ni abundancia de citas. Su autor ha optado por la sencillez –el método de los maestros–, intentando desentrañar la oscuridad de algunos conceptos para ponerlos al alcance de todos, de forma sucinta y comprensible.

Estoy convencido de que esta obra de Manuel Parra Celaya crecerá en contenido y sus páginas se reproducirán frecuentemente. Estamos en presencia de un libro siempre abierto, pero de obligada consulta y estudio. Ahí radica su especial valor.

**José Martín Ostos**

## Tres libros

Tres libros sobre la crisis de la democracia debiera llamarse en realidad esta nota, pero la caja no lo permite y tampoco importa. Sí importa la afortunada casualidad de que en pocos meses hayan aparecido en España tres libros que desde perspectivas diferentes pero muy complementarias –el mundo hispano, el anglosajón y el centro-europeo– abordan, sin temor a lo políticamente correcto y con mucha hondura de análisis, una gran cuestión de nuestro tiempo: la degradación y agotamiento de las vetas ideológicas que han sustentado las democracias occidentales en las últimas décadas, y la incertidumbre sobre cuáles podrían ser las alternativas.

### EL RETORNO DE LOS DIOS FUERTES

**R. R. Reno**

Homo Legens, 290 pág.

R. R. Reno, editor de la influyente revista *First Things*, se enfrenta en *El regreso de los dioses fuertes* a la necesidad de rescate de los viejos fundamentos (familia, patria, moral y religión), los dioses fuertes de su título, para compensar el enloquecimiento de los dioses débiles promovidos, en Estados Unidos y luego en Europa, tras la Segunda Guerra Mundial, para hacer posible sociedades abiertas sin otro fundamento que el individuo. Aquel viejo consenso, justificado por el enorme desastre producido por los sistemas autoritarios, se ha vuelto contra nosotros. Según Reno, el enemigo interno de Occidente no es ahora el nazismo o el fascismo inexistentes, sino las nuevas ortodoxias surgidas del individualismo, el victimismo y el relativismo.



## LOS DEMONIOS DE LA DEMOCRACIA

**Ryszard Legutko**

Ediciones Encuentro, 222 pág.

Ryszard Legutko es un filósofo católico de larga biografía que lidera hoy el principal grupo polaco en el Parlamento Europeo, el del partido Ley y Justicia, gobernante en su país. En *Los demonios de la democracia* narra el asombro que le produjo a alguien como él, activo luchador contra el comunismo, conocer la realidad de las idealizadas sociedades europeas de Occidente. Ese estupor, transformado en un ensayo de rara lucidez y muy bien escrito, le lleva a la conclusión de que la democracia liberal es incapaz de frenar la deriva hacia su propia destrucción. El rebajamiento continuo y la inclinación a la connivencia con los enemigos de la libertad, opina, la han minado por completo.



## PENSAR LO QUE MÁS LES DUELE

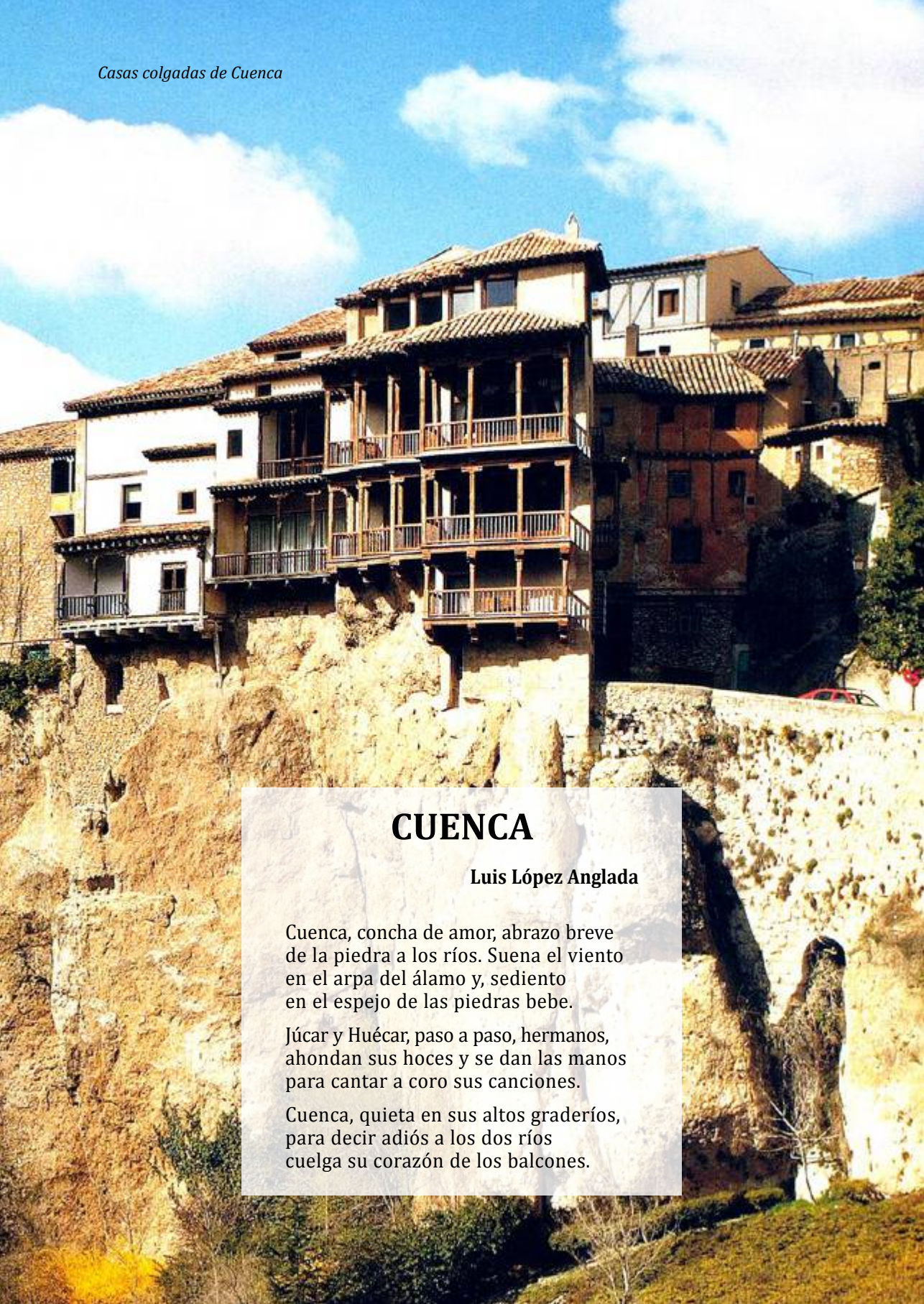
**Adriano Erriguel**

Homo Legens, 548 pág.

*Pensar lo que más les duele* es el incisivo título del libro de Adriano Erriguel, seudónimo que encubre a un enigmático jurista mexicano, buen conocedor de la realidad española. Erriguel desvela y critica lo que significó el triunfo de la versión libertaria de mayo del 68 como precursora y aliada indispensable del neoliberalismo, al que allanó el camino al facilitar el aniquilamiento de las viejas solidaridades que daban consistencia a las sociedades occidentales.



**Rafael Sánchez Saus** (*Diario de Sevilla*)



## CUENCA

Luis López Anglada

Cuenca, concha de amor, abrazo breve  
de la piedra a los ríos. Suenan el viento  
en el arpa del álamo y, sediento  
en el espejo de las piedras bebe.

Júcar y Huécar, paso a paso, hermanos,  
ahondan sus hoces y se dan las manos  
para cantar a coro sus canciones.

Cuenca, quieta en sus altos graderíos,  
para decir adiós a los dos ríos  
cuelga su corazón de los balcones.

